
3 1761 09545355 1



OBRAS DE ENCARGO.

OBRAS DE ENCARGO,

COLECCION

que comprende algunas

DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.
1864

ADVERTENCIA.

Veintiun años há que publiqué un tomo de *Ensayos poéticos y artículos literarios*, en cuya advertencia preliminar declaraba que la mayor parte de ellos habian sido escritos en virtud ya de mandato, ya de instancias ó ruegos; por lo cual el nombre de *encargos* les corresponderia mejor que el de *ensayos:* el presente volúmen forma la segunda parte de aquel. Dos loas representadas contiene, que han sido ya impresas, várias composiciones líricas, asimismo impresas ya diferentes veces, y una zarzuela, de la cual se han publicado tambien algunas escenas: todo ello escrito por encargo de superiores ó amigos, circunstancia que se debe tener muy en cuenta para no maravillarse de que valgan poco, porque los encargos literarios de cierta especie no se deben juzgar por la

regla que otros. Si á un sastre, si á un ebanista, si á un zapatero manda un buen parroquiano que le haga un frac, un mueble, un calzado cualquiera; seguro de la paga el obrero, se esmera en su labor, y hace lo que no suele cuando trabaja para un almacen, donde la venta no es más que probable, y pudiera ser poco satisfactoria: el obrero escritor que, generalmente de mala gana, se compromete á dar una composicion ó dramática ó lírica de un género especial, con asunto y para dia determinado, por más que se afane, hace ménos que suele: se asemeja su tarea bastante á la de componer un soneto de pié forzado; y sabido es que los buenos sonetos no fueron escritos con esa traba. Pedir una zarzuela á quien veia muy pocas, y no habia estudiado fundamentalmente ninguna, casi era querer que se escribiese lo que no mereciera ser visto; y algo de esto le ha debido alcanzar á *El Amor enamorado*, pieza que incluyo en este volúmen, no como zarzuela representable, sino como cuento en diálogo, únicamente destinado á la lectura.

No es esto decir que de un asunto sugerido á un autor no pueda nacer una obra buena:

tal puede ser él y venir tan á tiempo, que el autor no hubiese acertado quizas á elegir otro más á propósito; pero lo contrario es lo más frecuente: y si áun con asuntos escogidos á gusto del que los maneja suelen salir composiciones harto infelices, de temer será que la inspiracion pegadiza no dé gran resultado: las Musas aman la libertad, la necesitan, y sólo respiran á placer en sus auras generadoras de lo grande y lo bello.

Pero se acerca un dia solemne; se empeña un amigo en que se le ha de componer algo que se represente, ó se lea cuando ménos, en ese dia; son vivas y hábiles las instancias; cede uno á ellas, va la obra al teatro, se estudia aceleradamente; y si sale bien, es poco ménos que de milagro. La crítica luego, imparcial y docta (ya se supone), dice con sobrada razon que la obra no vale nada; y el autor debe quedar satisfechísimo de su trabajo: lo hizo con poco gusto y mucha prisa para cumplir, y no le dejan hueso sano por él. Aunque no sucedió por fortuna todo esto con la loa en elogio de Calderon que se reimprime aquí, ni fué tampoco mal recibida la dedicada á la memoria de Cervántes,

cualquier escritor que por sí, con movimiento espontáneo, hubiese manejado ambos asuntos, los hubiera desempeñado mejor.

Considérense, pues, como piezas de circunstancias las loas y las composiciones líricas reunidas en este tomo; considérese *El Amor enamorado* como una especie de comedia de mágia, en la cual el espectáculo y el gracioso habian de sostener lo demas, y el tomo podrá ser leido con indulgencia (1).

Siendo éste, segun queda ya dicho, la segunda parte de mis *Ensayos*, conviene rectificar aquí un error de bulto, cometido en las Noticias acerca de la vida y escritos de Don Dionisio Solís, que se leen en aquella parte primera. Dije, hablando de su tragedia titulada *Camila*, que era una obra casi ori-

(1) Con el propio título de *El Amor enamorado* escribió una comedia Lope, en la cual no es el argumento el mismo que el de la zarzuela incluida en este volúmen, y fundada en los amores de Cupido con Psíquis. Hay, sin embargo, sobre este asunto una comedia con música, ó zarzuela, de Calderon, titulada *Ni amor se libra de amor*, otra comedia de gran espectáculo con el título de *Triunfos de Amor y Fortuna*, escrita por D. Antonio Solís, y un drama de Comella en un acto: *Síquis y Cupido*.

ginal, aunque trabajada teniendo á vista el *Horacio* de Pedro Corneille; despues he visto que fué otra composicion la que Don Dionisio Solís tuvo presente. En la voluminosa coleccion titulada *Il teatro moderno applaudito*, se halla una tragedia con el título tambien de *Camilla*, obra de un señor A. L. U., impresa en Venecia el año 1799, la cual es el original de la de Solís, que la tradujo del italiano muy libremente y con mucho acierto.

Al disponer para la impresion las hojas aquí reunidas, no he podido ménos de experimentar un sentimiento doloroso leyendo los nombres de cuatro personas (un anciano, un mancebo, una jóven y una niña casi), confundidas ya en la oscuridad del sepulcro: D. Antonio de Guzmán y D. Fernando Ossorio, gloria entrambos y regocijo de la escena española; D.ª Rafaela Tirado, esperanza risueña suya, que falleció al cumplir quince años; y D.ª Athenáis Iruleta de Pastor, muerta en el Perú á los veintiuno. ¡Hayan hallado en las regiones de paz eterna la dicha que á la vida transitoria es negada, y que tres de los cuatro buscaron tan pronto!



DERECHOS PÓSTUMOS,

LOA EN PROSA

PARA SOLEMNIZAR EL NATALICIO DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Se estrenó en Madrid, en el Teatro del Príncipe, á 17 de Enero de 1856.

PERSONAS DE LA LOA.	ACTORES.
DON APOLINAR.	DON JOAQUIN ARJONA.
ROSITA, *niña de 12 años*. . . .	DOÑA RAFAELA TIRADO.
FABIAN.	DON FERNANDO OSSORIO.
DON CLETO.	DON VICTORINO TAMAYO.
UNA SEÑORA.	DOÑA CÁRMEN CARRASCO.
UNA SEÑORITA.	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.

Actrices y actores del Teatro del Príncipe.

La funcion ordenada con el objeto expresado ya, y con el de ofrecer al público una muestra de las representaciones ordinarias del Teatro español en el siglo XVII, se compuso de las piezas siguientes: La Loa. El acto primero de *La Dama Duende.* El paso de Lope de Rueda, titulado *Las aceitunas.* El acto segundo de *La Dama Duende.* El entremes de don Agustin Moreto, *La Mariquita.* Tercer acto de *La Dama Duende.* La mojiganga de Calderon, titulada *La Muerte*, que finalizaba con baile.

LOA.

—

Gabinete de un entresuelo, con puerta en el fondo, unas cortinas ó antepuertas á un lado, y una ventana al otro. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DON APOLINAR, sentado á la mesa, leyendo un tomo de Calderon.

«Florido almendro temprano (1)
Con sus nuevas galas era
Albor de la primavera
Y esperanza del verano;
Y al notar que él solo abrió
Al aire las tiernas hojas
De su flor, blancas y rojas,
De suerte se envaneció,
Que á un lirio le dijo allí:
«Planta, que lucir no quieres,
¿No te desmayas, y mueres,
De envidia de verme á mí?»
—Sopló el cierzo de una sierra,
Y el árbol á sus furores

(1) Trozo de la comedia *Hombre pobre todo es trazas*, acto primero, escena VI. Se introducen aquí estos versos con algunas variaciones.

Perdidas lloró las flores,
Que vió rodando por tierra;
Quedando así, despojado
De cuanto adornarle pudo,
Ramaje y tronco desnudo,
Yerto cadáver del prado.
Volvió al lirio, que guardaba
Aquel verdor que tenía,
Y contra la tiranía
Del viento se conservaba,
Y díjole : «¡Venturoso
Tú, que inalterable estás
En un mismo sér, jamas
Envidiado ni envidioso!
Tu vivir sólo es vivir :
No llegues á florecer;
Porque tener que perder
Sólo es tener que sentir.»

Cómo escribia este hombre! Venturoso tú! pudiéramos decir á Calderon sus discípulos : floreciste como el almendro, y conservas aún la frescura del lirio, la fuerza del roble.

ESCENA II.

ROSITA.—DON APOLINAR.

ROSITA.

(Aparte, abriendo la puerta del fondo con mucho cuidado, para no ser sentida. No tenía echada la llave ni el cerrojo : le sorprendí.) (Acercándose de puntillas á don Apolinar.) ¡Ah, señor quimerista! ya le pillamos. A la cárcel, á un calabozo!

DON APOLINAR.

Rosita! Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

ROSITA.

Nadie; pero hace dias que no se abre este gabinete; mi mamá y mi hermana cuchichean á todas horas; apartan comida, y no es para los pobres del barrio: con que por fuerza habia de maliciar que teníamos huésped.

DON APOLINAR.

Tu madre y tu hermana ¿se han vuelto contigo?

ROSITA.

No: mamá y Clarita salian á una diligencia, que se me figura ha de ser negocio de usted. Me las he encontrado en la calle, cuando volvia del colegio con la criada...

DON APOLINAR.

¿Cómo has despachado en el colegio tan pronto!

ROSITA.

Muy fácilmente: no entrando en él.

DON APOLINAR.

¿Por qué, desaplicada!

ROSITA.

Ay, don Apolinar! Ha sido por miedo.

DON APOLINAR.

De qué? De quién?

ROSITA.

Ay! de un difunto. La vista de un muerto me in-

funde un terror, que me saca de juicio. Ha fallecido en la casa misma del colegio un señor, que de vivo asustaba de feo: imagínese usted, ahora, ¡qué hermoso estará! Tenian en el portal la caja; esperé un rato á ver si le subian al carro; no llevaban prisa: con que le dije á la criada que nos volviéramos. Hallé abajo á mamá y á Clarita, que parece que iban...

DON APOLINAR.

Á casa de mi editor: sí.

ROSITA.

Ello es que se llevaron á la criada y me dieron las llaves, encargándome que me encerrara á estudiar en subiendo. He querido estudiar con usted.

DON APOLINAR.

Enhorabuena. Tus lecciones de historia últimas eran sobre el reinado de Cárlos V. ¿Qué quieres que te explique?

ROSITA.

Explíqueme usted por menor la causa de... de...

DON APOLINAR.

Del retraimiento del Emperador en Yuste?

ROSITA.

No: de su retraimiento de usted. Sé que ha mediado un desafío; pero...

DON APOLINAR.

Chiquilla! ¿Te figuras que yo...

ROSITA.

¿Se figura usted que una muchacha lista, que anda

acechando por espacio de quince dias, no ha de oir lo bastante para enterarse de cualquier secretillo?

DON APOLINAR.

Vamos, y ¿de qué te has enterado ya?

ROSITA.

De que usted y un don Cleto Chinchilla, que ha de ser un calaveron, disputaron en un café, de resultas de lo cual se desafiaron.

DON APOLINAR.

Y ¿qué más?

ROSITA.

Que tuvo usted un miedo... como el que tengo yo á los difuntos.

DON APOLINAR.

Miedo yo, picaruela!

ROSITA.

Á la justicia, señor, no al desafío; porque parece que el gobierno, cansado ya de tantos como hay, se ha propuesto castigar de firme á los primeros que se sacudan. Oh! y en eso hace perfectamente.

DON APOLINAR.

Qué entiendes tú de semejantes materias?

ROSITA.

Entienda ó no, usted trató de asegurarse la fuga; sacó un pasaporte para Francia con nombre fingido; tomó un billete en el correo; envió su maleta á la casa de postas, y el dia de los Inocentes por la tarde fué á batirse con el señor Chinchilla junto al camino de Fuencarral.

DON APOLINAR.

Todo eso has oido, bellaca?

ROSITA.

Y se entraron ustedes á reñir en una casucha desmantelada que hay por allí; tiraron los gabanes, y al estar ya con charrasca en mano, apareció la guardia civil á terciar en el lance, y hubieron ustedes de escapar corriendito.

DON APOLINAR.

No; yo me quedé oculto en la casa. Como trataban de arrestarnos, me propuse aguardar allí á que pasara el correo, hacerle que se detuviera, diciendo que tenía billete para ir en él, y subir en seguida.

ROSITA.

Sí; pero don Cleto lo arregló de otro modo.

DON APOLINAR.

¿Sabes tambien que al coger los gabanes don Cleto y yo...

ROSITA.

Con la prisa, los trocaron ustedes, y usted no lo advirtió hasta que sintió llegar el correo.

DON APOLINAR.

Eché mano al bolsillo, y me hallé sin la cartera en que tenía mi billete de berlina y el pasaporte.

ROSITA.

Y cuando, al emparejar el correo, quiso usted entrar en explicaciones con el conductor, el insigne don Cleto, que habria conocido el trueque de ropa al instante,

y hecho ánimo de aprovecharse de él, asomó la cabeza por la puertecilla del coche, y le dijo á usted riéndose: «Desde Bayona enviaré el gaban; cúideme usted el mio.»

DON APOLINAR.

Y se marchó con mi pasaporte, con mi nombre supuesto de don Lúcas Lafuente, y mi equipaje real y efectivo.

ROSITA.

Para dia de los Inocentes no fué mal chasco.

DON APOLINAR.

Como don Cleto es hombre que ni teme ni debe...

ROSITA.

Deber, sí parece que debe; pero como no teme, no paga.

DON APOLINAR.

Por eso le convenia un viaje al extranjero, sobre todo con asiento pagado.

ROSITA.

Y miéntras él iba por esos caminos echando niebla, usted andaba huyendo de los alguaciles, hasta venir á refugiarse á este nido.

DON APOLINAR.

Mi amistad con vosotras...

ROSITA.

Amistad! Si pensará usted que soy ciega? Señor don Apolinar de Aganipe, ¿no trata usted de ser mi hermano político?

DON APOLINAR.

Tambien has adivinado eso?

ROSITA.

Ya lo ve usted.

DON APOLINAR.

¡Cuidado, no tengas que arrepentirte de tus curiosidades! A los atisbadores, que andan acechando á los vivos, tal vez se les aparecen los muertos.

ROSITA.

Ay! no me diga usted eso: me moriria, si se me apareciese una persona del otro mundo. No lo haré ya más: no se sabrá por mí que se halla usted en este rincon.

DON APOLINAR.

Mira!...

ROSITA.

No, señor, no. Pero ¿por qué fué la quimera entre usted y don Cleto Chinchilla?

DON APOLINAR.

Por esa funcion que han de hacer hoy en el teatro del Príncipe á fin de solemnizar el nacimiento de Calderon. (Suena dentro una campanilla.)

ROSITA.

Llaman. Voy allá fuera; que será mi mamá.

ESCENA III.

DON APOLINAR.

Si: Clara, la amable hermana de esta graciosa niña,

me dará pronto la mano de esposa. He revisado mis escritos, publicados é inéditos; les he hecho correcciones considerables; y mi editor, que tiene interes en imprimir una coleccion de mis obras mejorada y completa, me abonará por ella 60,000 reales, cantidad con la cual podré atender á los primeros gastos, imprescindibles cuando toma uno estado. Como él no sabe que estoy aquí, mi futura suegra se entenderá con él en este negocio, mediante un poder y un recibo, firmados por mí con fecha atrasada.

ESCENA IV.

ROSITA.—DON APOLINAR.

ROSITA.

Don Apolinar, ¿sabe usted quién llamaba?

DON APOLINAR.

Quién?

ROSITA.

Fabian, el criado gallego que sirve á su editor de usted, don Remigio Durán. Dice en su lengua *que tray un mandadu para la señora mamá, de parte del señor don Ramigiu.*

DON APOLINAR.

Será sobre la edicion de mis obras. Dile que pase y te dé á tí el recado. Yo le escucharé tras estas cortinas. (Ocúltase detras de ellas.)

ROSITA.

Bueno, bueno. —Adelante, Fabian.

ESCENA V.

FABIAN, con un gran legajo de papeles debajo del brazo.—ROSITA.

FABIAN.

Dónde posaré bien estos papelorius?

ROSITA.

Ahí en la mesa. Ahora, dígame usted lo que habia de decir á mi mamá. Ea, ¿qué se ofrece?

FABIAN.

Ufrecer... mi amu, el señor don Ramigiu, ufrecióme hartare de varadas, si non daba bien el recadu que traigu. Para eso hízumelo deprendere de memoria.

ROSITA.

Vamos, pues yo le tomaré á usted la leccion, á ver si la sabe. Repásela usted un poquito, de cara á la pared. (Aparte á don Apolinar, que entreabre las cortinas.) ¿Qué le pregunto?

FABIAN. (Para sí.)

Qué fué lo que díjume el señor lo primeru?

ROSITA. (A Fabian.)

Por qué no viene su amo de usted en persona?

FABIAN.

Porque parece que los señores poeitus y las señoras poeitas se enfurruñan cuando non se ajusta con ellus, y riñen con él: por si son ustedes de esa familia, envíame á que regañen conmigu (Vuelve á otro lado la cabeza, y hace ademanes como de quien trata de recordar algo: Rosita aprovecha el instante para dirigirse á don Apolinar en secreto, lo cual se repite várias veces en esta escena.)

ROSITA.

No sabe escribir ese caballero?

FABIAN.

Es que luégu le ponen sus cartas en los periódicus para hacerle rabiare.

ROSITA.

Y ¿qué! ¿no le gustan las obras del señor de Aganipe?

FABIAN.

Gústanle mucho; mas non le gusta dare por ellas diñeirus.

ROSITA.

Sí? Pues... Pues don Apolinar tratará en París, donde actualmente se halla, con otro editor.

FABIAN.

Non tratará. Dice mi amu que esas obras son suyas, porque él compróselas una por una al don Pulinar, y el don Pulinar sólo se reservó los derechos postúmos.

ROSITA.

Dice don Apolinar... desde allí donde está, se supone... que él ha corregido de manera sus obras, que ya son diferentes.

FABIAN.

Dice mi amu que lu diferente es de don Pulinar, la verdá por delante; pero que lo non diferente es de mi amu; y como lo diferente non se puede vender sin lo non diferente, es lo mismu que si non valiera nada, y non quiere dare un ochavu por ellu.

ROSITA.

Pero las obras de don Apolinar ganan mucho con las correcciones que les ha hecho.

FABIAN.

Pero mi amu despacha bien esos libros así cual están.

ROSITA.

Con las enmiendas los venderá mejor.

FABIAN.

Mas tendrá que hacer otra imprimidura, que le costará un monton de dublones; de modo que el don Pulinar áun debiérale dar una ayuda de costa á mi amu.

ROSITA.

Con que ¿quiere las obras y dinero encima?

FABIAN.

Pudiera querer; mas él se contenta con que se las regalen.

ROSITA.

Primero las haré yo ceniza.

FABIAN.

Haria usted muy mal, señurita. Guarde usted esos cartapacius donde non se apulillen, miéntras viva don Pulinar; y en muriéndose que se muera, mi amu se los comprará.

ROSITA.

Qué! las obras escritas ¿no valen dinero hasta que se muere el autor?

FABIAN.

Ah! señurita! usted no sabe el tratu que tienen he-

cho el don Pulinar y mi amu, conforme á la ley de propiedá luteraria.

ROSITA.

Qué propiedad de Lutero es esa?

FABIAN.

Non me atropelle usted; que voy á embarullare la mia licion. Es una ley que dice... ú parece que dice... que si un escribidor vende sus obras á un aditor, y despues de vendidas las gubierna y las recumpone, estas obras recumpunidas tienen el derecho de obras postúmas: derechu algu torcidu, que, si non lo disputan, puédelu disfrutar el autor en seguidita que le entierren; y, con toda seguridad, cincuenta años despues de difuntu (1).

(1) El art. 8.° de la ley de propiedad literaria principia diciendo: «Si las obras de que tratan los anteriores artículos fuesen póstumas, la duracion de los términos arriba fijados empezará á contarse desde el dia en que por primera vez hayan salido á luz.»

Quiere esto decir que las obras de un autor, que se publicaren despues de su muerte, serán propiedad de sus herederos por espacio de cincuenta ó de veinticinco años, segun las circunstancias de dichas obras, tiempo que se habrá de contar desde que el manuscrito fuere dado á la prensa; trascurridos los cincuenta años, pasan al dominio público. — Sigue el artículo 8.°, y concluye así:

«Para los efectos de este artículo se estimará póstuma una obra publicada durante la vida del autor, si despues se reprodujese con adiciones ó correcciones del mismo.»

Establécese en este párrafo que una obra publicada en vida del que la compuso, y hallada por sus herederos con enmiendas ó adiciones del autor al texto ya impreso, pertenecerá en propiedad á los herederos del difunto por espacio de veinticinco ó cincuenta años, contados desde que la imprimieren con aquellas variantes; en esto no hay duda ni dificultad; mas puede ocurrir lo siguiente. Un escritor vende á un editor (que es lo que generalmente se practica) una obra suya ó una porcion de ellas, en cuyo caso el editor adquiere los derechos que la ley de propiedad literaria concede al

ROSITA.

Hombre, usted está loco.

FABIAN.

Aténgume á la ley luteraria. Si don Pulinar hubiese muerto en ese desafío que le hizo marchare á París de Francia, los herederos de don Pulinar eran dueños de los malmutretus que yo he traido; y mi amu, que non quiere pleitus, los compraria porque non los atrapase un librero de Burusuélas venidu á Madrid, que le haria muy mala obra si los imprentulaba. Non ha muerto el don Pulinar: non los necesita mi amu, y mándame

autor, á saber, la facultad de imprimir la obra cuantas veces quiera durante la vida del vendedor, y veinticinco ó cincuenta años despues. Impresa la obra vendida, el autor, enseñado por la opinion pública ó por el tiempo, enmienda y mejora el texto publicado, y durante su vida no hace uso de aquel trabajo, al cual la ley de propiedad literaria no reconoce ninguna ventaja sino cuando, muerto ya el autor, la obra corregida se considera como póstuma, como no publicada. Ahora bien: este escrito, nuevo en parte y en parte viejo, vendido en parte y en parte no, ¿pertenece íntegro á los herederos del autor? No lo determina la ley, y la consecuencia es un pleito. El heredero del autor dirá al editor: «Imprima usted la obra en la forma primera que tuvo, que es lo que usted ha comprado; yo la imprimiré en la forma que despues recibió: la obra sin corregir es de usted; la corregida me pertenece.» El editor contestará al heredero, como Fabian aquí: «Yo he comprado una obra, de la cual usted va á reimprimir la mitad acaso: usted no puede disponer de esa parte, que es propiedad mia.» Si no se avienen, es imposible que el heredero imprima la obra corregida hasta que éntre en el dominio público, á los cincuenta años de muerto el autor: entónces la obra sin corregir ya no tendrá dueño; la corregida será, por espacio de otros cincuenta años, del heredero ú herederos del autor que á la sazon existieren. Como no es de presumir que el legislador haya tenido ánimo de conceder un derecho casi inaprovechable, casi irrisorio (porque las correcciones no han de imprimirse sueltas á manera de fe de erratas de un libro ajeno), debe creerse que las obras corregidas por el autor despues de enajenadas, quedan en efecto propiedad exclusiva de los herederos de aquel; pero convendria una aclaracion sobre el particular.

que los deje posare aquí hasta que Dios tenga á don Pulinar en la gloria. Beso á usted la mano, señurita. (Vase retirando.)

ROSITA.

El suelo te haria yo besar de un puntapié, si fuera quien...—Por ahí no, hombre; por el otro lado. Venga usted, venga usted. (Vase, guiando á Fabian.)

ESCENA VI.

DON APOLINAR.

Como yo estaba en Francia, segun ha dicho mi cuñada futura, no he debido salir á dar las gracias á mi editor en la persona de su sirviente. El buen don Remigio se habia explicado conmigo de tal manera, dias ántes de mi cuestion con Chinchilla, que yo contaba ya de cierto con esos 3,000 duros, de que á prevencion extendí recibo. Ya comprendo lo que será. Parece que habia llegado á Madrid un librero belga, encargado de adquirir obras del teatro español moderno, con objeto de imprimirlas para los Estados de América; lo sabria don Remigio, y por eso me dió á entender que se arreglaria conmigo; el extranjero se habrá marchado, y á don Remigio se le desvaneció tambien el deseo de gastar en mi coleccion.

ESCENA VII.

ROSITA.—DON APOLINAR.

ROSITA.

Me he detenido para recibir la *Gaceta*. (La pone en la

mesa.) — ¿Es verdad lo que sostenia ese bárbaro sobre la ley de propiedad literaria?

DON APOLINAR.

Sí, hija, es verdad. Con arreglo á esa ley, el autor que refunde sus obras despues de vendidas, no puede formar coleccion de ellas en tanto que vive; pero, segun el espíritu de un artículo, que es el 8.°, goza indisputablemente ese derecho, medio siglo despues de su muerte.

ROSITA.

Eso me recuerda una fábula de Samaniego en que se dice :

« Señor Galeno, su consejo alabo :
Al asno muerto, la cebada al rabo. »

DON APOLINAR.

Mudemos de conversacion, porque la materia no me divierte.

ROSITA.

No hay que apurarse; que si esa ocasion se ha perdido, otra se logrará. Yo quiero distraerle á usted leyéndole algo de su poeta favorito, Calderon de la Barca.— Aquí dentro tiene usted un recibo... Ah! ya sé : lástima que esté ya de más.—A propósito del señor Calderon... El altercado con don Cleto Chinchilla provino de la funcion para celebrar el nacimiento de ese poeta, ¿no es esto? Cuénteme usted lo que pasó.

DON APOLINAR.

La cuestion principió por ahí; pero luégo nos cor-

rimos á otro terreno... De Calderon hablamos don Cleto y yo en los términos que se merece.

ROSITA.

Era hombre que valia mucho : ¿no es verdad?

DON APOLINAR.

Es el mejor poeta dramático que ha producido España, lo cual equivale á decir que en su género es el más eminente escritor del mundo. Fué soldado y fué sacerdote; miéntras permaneció seglar, descolló modelo de caballeros; en la Iglesia resplandeció con los rayos de la virtud heroica : á los once años compuso la primera comedia, á los ochenta escribió la ciento diez y nueve, que fué la última : en el orbe literario nació gigante, creció coloso, envejeció sin decadencia, y de todos los escritores de su arte, solo él entre sus coetáneos mantuvo encadenada á la envidia. A Lope, creador de nuestro teatro, le disputaron varios ingenios el cetro de la monarquía escénica : don Pedro Calderon de la Barca, heredero de Lope, reinó sin competidor, como el sol en el ámbito de su esfera.

ROSITA.

Y ¿es de Calderon toda la funcion de esta noche?

DON APOLINAR.

No, solamente la comedia y la mojiganga.

ROSITA.

Qué significa eso de *mojiganga?*

DON APOLINAR.

En el teatro antiguo se llamaban así los entremeses con disfraces.

ROSITA.

Y ¿á qué llamaban entremeses? Porque yo tampoco lo sé.

DON APOLINAR.

No has visto sainetes?

ROSITA.

Sí; la *Casa de Tócame Roque* y aquel otro de *Los Zapatos.*

DON APOLINAR.

Pues el entremes viene á ser un sainete muy corto, que se hacia ántes, y esta noche se hará, entre los actos de la comedia.

ROSITA.

Y el *paso?*

DON APOLINAR.

En la esencia es lo mismo; un lance chistoso, desenvuelto en un diálogo de diez minutos de duracion: el paso fué la primera forma de nuestro arte dramático; fué verdaderamente el primer *paso* que dió la comedia en España.

ROSITA.

Con qué gusto veria yo la de hoy en el Príncipe!

DON APOLINAR.

Pues, ¿y yo! Y eso que la disposicion del espectáculo no me gusta del todo.

ROSITA.

Por qué?

DON APOLINAR.

Porque tras el felicísimo pensamiento de dar al pú-

blico una funcion tal como se hacian en el siglo XVII en España, no debia el teatro del Príncipe haber adoptado un término medio, que ni es la representacion de ahora, ni la representacion del teatro antiguo.

ROSITA.

Pues ¿cómo!

DON APOLINAR.

En primer lugar, no van á salir guitarras ántes de la loa.

ROSITA.

Y ¿á qué salian las guitarras antiguamente?

DON APOLINAR.

Equivalian á la orquesta de ahora.

ROSITA.

Pues teniendo orquesta, ¿para qué se necesitan guitarras?

DON APOLINAR.

Luégo, parece que la loa se va á representar á telon alzado.

ROSITA.

Habian de hablarla detras del telon?

DON APOLINAR.

Detras no; delante sí, que era donde se recitaban ordinariamente las loas (1).

ROSITA.

Allí no hay lugar para que luzca nada, sino los mecheros del gas.

(1) Cuando la loa consistia en un romance, dicho, como era preciso, por un solo autor.

DON APOLINAR.

La Dama Duende la van á poner con decoraciones.

ROSITA.

Con decoraciones se pone toda comedia.

DON APOLINAR.

Ahora sí, pero no en tiempo de Calderon. Las funciones que llamaban de apariencia ó de teatro, se exornaban con el aparato correspondiente; las comedias de capa y espada, como *La Dama Duende*, se representaban entre cortinas.

ROSITA.

¿Entre cortinas!

DON APOLINAR.

Cabalito. El teatro del Príncipe era un corral con unos corredores á los lados y el tablado enfrente: la parte superior de los corredores formaba los aposentos, palcos ahora; en la parte inferior estaban las gradas, que hoy son galerías; el sitio de las butacas lo ocupaba el patio, es decir, unos bancos bajos y estrechos, donde se mojaban los espectadores cuando llovia.

ROSITA.

No tenía techo el teatro?

DON APOLINAR.

El de los corrales, azul celeste.

ROSITA.

Ni siquiera habia un toldo?

DON APOLINAR.

Sí; pero ya ves de qué aprovecharia en lloviendo

como este año (1); para quitar el sol, vaya, serviria algo más. La escena tenía un dosel en el fondo, y cortinas por ambos lados, con los huecos precisos para la salida de los actores. Aquellas cortinas figuraban sala y caverna, cárcel y bosque, marina y calle, el cielo y la tierra. Para dar á entender que la accion de la comedia pasaba á otro sitio, se entraban los actores por un lado, y salian (ellos ú otros) por el opuesto: seña convencional de que estaban en otro punto. Con unas colgaduras de indiana, y con un alguacil delante de cada pilastra de la embocadura, debieran representar esta noche *La Dama Duende.*

ROSITA.

Para ciegos, ¡excelente funcion! Para un auditorio con vista..... (Llaman.) Ahora sí que son las señoras de casa. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON APOLINAR.

Pues, señor, de la coleccion de mis obras no hay que esperar un cuarto: dirijamos á otro lado la mira. La pobre Clarita, que habia ya consentido... Para desechar ilusiones... leamos la *Gaceta.* — (Lee.) «Correspondencia de nuestro periódico. En las inmediaciones de Behobia se ha suicidado un viajero que hizo sacar en Irun su maleta, la cual se halló intacta junto al cadáver. Reconocidos varios papeles, ha resultado ser el difunto el conocido escritor don Apolinar de Aga-

(1) El invierno de 1855 á 1856 fué lluviosísimo.

nipe...»—Jesucristo! Yo suicidado! En Behobia yo! ¿Qué es esto, Dios mio!—(Lee.) «Ha resultado ser don Apolinar de Aganipe, que salió de Madrid en la noche del 28 de Diciembre último, con el supuesto nombre de don Lúcas Lafuente.»—Ya lo comprendo. Este infeliz es sin duda alguna don Cleto Chinchilla, que llevaba mi maleta y mi pasaporte.—Clara!... ¡Doña Asuncion...! Deben haber entrado por la otra parte. (Vase.) Clara!

ESCENA IX.

ROSITA, FABIAN.

ROSITA.

Esta es ya la segunda vez que alzo el picaporte para usted, figurándome que venian mi madre y mi hermana.

FABIAN.

Non tenga usted miedu de mí.

ROSITA.

Yo no tengo miedo de persona viva ninguna; los muertos, sí, me asustan muchísimo.

FABIAN.

Lo que es yo non he muerto aún, que yo sepa: el que ha muerto es el pobre don... (Aparte. Detente, lengua.)

ROSITA.

Aquel tan feo, que vivia en mi colegio? No me le recuerde usted; que me parece se me pone delante. A qué vuelve usted?

FABIAN.

Yo sientu, par Dios mi alma, incomodar á usted; pero es empeño de mi amu. Topé con él al dublar la esquina... y tiene un baston de la Habana que se vence y non se quiebra, y puede quebrar la mejor custilla...

ROSITA.

Y ¿qué me importa á mí el baston de ese amigo?

FABIAN.

A mí, señurita, impórtame mucho. El díjume... yo repliqué... en fin, él mandóme que subiese corriendo á platicar con usted otra vez, ya que platiqué la primera.

ROSITA.

Pues yo no estoy ahora para pláticas: ¿oye usted?

FABIAN.

Encargóme mi amu que le preguntara á usted con muchísimu disimulu, con muchísima de la maña... (Aparte. Ay! Creo que estoy haciendu una barbaridad.)

ROSITA.

Pero, en fin, usted, ¿qué quiere?

FABIAN.

Diga, señurita, aquel papelon que recibió cuando yo salia, ¿era, non lo permita Dios, la *Gaceta*?

ROSITA.

Sí.

FABIAN.

Vírgen de Cuadonga! Y usted... ¿ha tenido usted la mala tentacion de leer la *Gaceta*?

ROSITA.

Nunca. Se la recogemos á un suscritor que está fuera; pero yo... ni áun la miro.

FABIAN.

¡Bendiga Dios la boquilla de pimientu que tal me dice! Usted es una niña de muchu saber y de buen corazon, y me va á perdonar una picardigüela.

ROSITA.

Picardigüela! A ver: sepamos cuál.

FABIAN.

Usted quisu que le diera el recadu que yo traia para la señora doña Mamá...

ROSITA.

Y ¿qué tenemos?

FABIAN.

Que yo, señurita... por gracia... por broma... por oir ese picu de oro, non respondí verdá.

ROSITA.

Pues ¿cuál era el recado de don Remigio?

FABIAN.

Cuál habiera de ser? Que él se quedaba con los derechos postrúmos de don Pulinar, dándole por ellos... estos sesenta mil reales.

(Los saca en billetes, desenvolviendo una cubierta de papel.)

ROSITA.

Sesenta mil reales!

FABIAN.

Véalos aquí... Billetes de banco.— Tómelos, tómelos para dárselos á la señora madre.

ROSITA.

(Aparte. Con este dinero se casarán don Apolinar y mi hermana, y me pondrán de largo con miriñaque.) Venga, venga.

FABIAN.

Haberá usted de darme un recibu que andará per ahí.

ROSITA.

Sí, aquí estaba. (Lo saca del libro.) Lléveselo usted.— Cargue tambien con ese legajo.

FABIAN.

Llévume el recibu, y tambien las postumerías. (Coge uno y otro.) — Quede cun Dios. — (Aparte. Que venga ahora á ufrecer mil y ducientos dublones el librero de Burrusuélas.) (Vase.)

ESCENA X.

ROSITA, y despues DON APOLINAR.

ROSITA.

No está en el despacho: se habrá ido por el pasillo de la derecha. (Sale don Apolinar.) Don Apolinar, don Apolinar, aquí tiene usted los sesenta mil reales que le hacian falta: don Remigio acaba de enviarlos con el gallego.

DON APOLINAR.

Acaba de enviarlos! Ese maulon acaba de leer la *Gaceta*.

ROSITA.

Fabian me preguntó si la habia yo leido.

DON APOLINAR.

Justamente. No podia ménos.

ROSITA.

Lo que extraño es cómo ha venido ese hombre tan pronto por las obras de usted, habiendo dicho que no volveria miéntras usted viviera.

DON APOLINAR.

Han cumplido su palabra el señor y el criado. No te asustes de lo que te voy á decir.

ROSITA.

Qué va usted á decirme?

DON APOLINAR.

No tengas miedo. Yo, Rosita, aunque parece que estoy vivo aquí donde me ves, he muerto en otra parte.

ROSITA.

Usted! Ay, Jesus! Dónde?

DON APOLINAR.

En la raya de Francia.

ROSITA.

Cómo?

DON APOLINAR.

De un tiro.

ROSITA.

¿Por... ¿Por... ¿Por...

DON APOLINAR.

Por mi mano.

ROSITA.

Pero ¿por qué?... Pero ¿cuándo? Quién lo dice?

DON APOLINAR.

Te lo digo yo, la *Gaceta* lo anuncia, y mi editor lo ha creido.

ROSITA.

Entónces, es verdad; si no, ese hombre no hubiera aflojado sesenta mil reales. Usted se ha hecho el vivo para asustarme por ser curiosa; usted es un muerto; usted viene del otro mundo: váyase usted de aquí. (Huye.)

DON APOLINAR.

Rosita!

ROSITA.

Apártese usted.

DON APOLINAR.

Ven, mujer, oye.

ROSITA.

Mamá! Que me coge un muerto! Clarita! Mamá! Mamá! Mamá! (Vase.)

ESCENA XI.

DON APOLINAR; luégo UNA SEÑORITA, UNA SEÑORA y DON CLETO.

DON APOLINAR.

Rosita! Muchacha!

UNA SEÑORITA. (Dentro.)

Apolinar! Apolinar!

UNA SEÑORA. (Dentro.)

Don Apolinar!

DON APOLINAR.

Son Clarita y su madre.

UN CABALLERO (Dentro.)

Señor don Apolinar!

DON APOLINAR.

Llaman desde el patio. (Va á abrir la ventana.)

EL CABALLERO. (Dentro.)

Baje usted el gaban y descambiaremos.

DON APOLINAR. (Asomándose á la ventana.)

Canario! Que es el difunto de Behobia! Jesus! ¡Don Cleto es!

DON CLETO. (Dentro.)

No se santigüe usted; el suicida no he sido yo, sino otro á cuyo cadáver arrimé la maleta de usted: ha sido una farsa para librarme de un apuro. Salga usted sin reparo; que ya no nos persigue nadie.

DON APOLINAR.

Don Cleto! ¿vive usted de véras?

DON CLETO. (Dentro.)

Pregúnteselo usted á su novia, á quien doy el brazo.

DON APOLINAR.

Mi sombrero... mis guantes... los billetes de don Remigio...

DON CLETO. (Dentro.)

Despáchese usted; que le aguarda el librero belga, y vamos á ir luégo al teatro del Príncipe.

DON APOLINAR.

Rosa! Vamos al Príncipe. (Vase.)

Sube el telon de foro, y aparece la compañía del Teatro del Príncipe: los actores que toman parte en la representacion de *La Dama Duende*, salen con los trajes que les corresponden en dicha comedia. Se recitarán las siguientes décimas:

DON FERNANDO OSSORIO.

De parte de don Ramigiu
Torno per acá y alviertu
Que aunque ese autor non ha muertu,
Queda el tratu sin litigiu.
En gracia de tal prodigiu,
Me encarga el amu tambien
Que pida á ustedes me dén
Algu de ruidu empalmadu,
Si es que Fabian ha parladu
Sus tres recadiñus bien.

DOÑA RAFAELA TIRADO.

Dice don Cleto Chinchilla
Que en la presente ocasion
Oro puro es Calderon,
Y la loa calderilla.
Si acierta aquel taravilla
En tal calificacion,
Logre de ustedes perdon
Quien, sin querer, les entrega
Un panecillo de pega
En dia de San Anton.

DON ANTONIO DE GUZMÁN.

Señores, una vejez
Os damos por novedad:
Ninguno ha visto en mi edad
Funcion como ésta otra vez.
A un ingenio de alta prez
Rendimos veneracion :

La benévola atencion
De tanta dama y galan
Implora el viejo Guzmán
Para el viejo Calderon.

DON JULIAN ROMEA.

«Vive Dios, que pudo ser!»
Exclama en *La vida es sueño*
Segismundo, que hace empeño
De reinar por su querer.
Calderon dijo al poner
Esta frase donde está:
«Rey ¡vive Dios! me alzará
De la escena Segismundo.»—
Y «¡vive Dios, grita el mundo,
Que lo fué, lo es y será!»

DON JOAQUIN ARJONA.

Si está seguro un joyero
De una pieza de valor,
Se la enseña al comprador
Sin alabarla primero.
Joya ilustre considero
Que deja á muchas atrás
La que á ver, público, vas:
Mostrémosla pues aquí:
Hable Calderon por sí;
Que no necesita más.

DOÑA TEODORA LAMADRID.

Asegúrase del Duende
(Yo en verdad ninguno he visto)

Que es ente que, por lo listo,
Se sale con lo que emprende.
Por si hasta mí no se extiende
Tan dichosa propiedad,
Con la indulgencia escuchad
Que es del entendido prenda,
Y lo que falte á la *Duenda*,
Súplalo vuestra bondad.

FIN DE LA LOA.

NOTA.

Se repitió esta Loa en el Teatro del Príncipe á 17 de Enero de 1861, precediendo á la comedia de Calderon, *Bien vengas, mal, si vienes solo,* refundida por el señor don Ángel María Dacarrete. Los papeles de la Loa estaban repartidos de esta manera:

DON APOLINAR. . . .	DON JOSÉ CALVO.
ROSITA.	DOÑA ELISA BOLDUN.
FABIAN.	DON MARIANO FERNANDEZ.
DON CLETO.	DON JUAN CASAÑÉR.
UNA SEÑORA.	DOÑA LORENZA CAMPOS.
UNA SEÑORITA. . . .	DOÑA PILAR BOLDUN.

En la comedia de Calderon representaban las señoras doña Teodora Lamadrid y doña Adela Álvarez.

En la escena VII de la loa, despues del elogio de Calderon, que concluye diciendo «reinó sin competidor, como el sol en el ámbito de su esfera», se sustituyó lo siguiente:

ROSITA.

¡Con qué gusto veria yo la comedia de *Bien vengas, mal*, que se representa en el Príncipe!

DON APOLINAR.

Pues, ¿y yo! Y eso que no me gusta que sea refundida.

ROSITA.

Qué quiere decir *comedia refundida?*

DON APOLINAR.

Comedia antigua, con algunas alteraciones para que el público la reciba mejor.

ROSITA.

Pues eso no me parece ningun disparate.

DON APOLINAR.

Es falta de respeto venir, al cabo de doscientos años, á corregir la plana á tan grande escritor.

ROSITA.

Y, doscientos años hace, ¿no se refundia comedia ninguna?

DON APOLINAR.

Oh! más que ahora, infinitamente más. Calderon mismo refundió várias; y, durante su vida, le refundieron, ó por mejor decir, le estropearon casi todas las suyas.

ROSITA.

¿Cómo se atrevian á eso!

DON APOLINAR.

Verás. Figúrate que Calderon escribia una comedia, esta de *Bien vengas, mal*, por ejemplo.

ROSITA.

Sí, señor : ¿qué?

DON APOLINAR.

Supon que la cedia, para que la representasen, á un jefe de compañía cómica, que eran los empresarios de entónces, y que el tal empresario le pagaba por ella 700 reales, que era el precio corriente.

ROSITA.

Gran dineral!

DON APOLINAR.

Pues por esa enorme suma el empresario se consideraba tan dueño de la obra de Calderon, que le añadia y le quitaba versos y lances á su gusto; y desfigurada de este modo, se la revendia á un impresor, el cual, con el nombre de Calderon al frente, se la daba á leer al público tan distinta de la que el autor escribió, que á veces, únicamente por el título podia conocerla.

ROSITA.

Y ¿sufrian eso los autores de antaño?

DON APOLINAR.

Tuvieron que sufrirlo, porque llevado á la justicia el negocio, decidieron los tribunales que el comprador de una comedia, como dueño de la compra absoluto, podia hacer con ella lo que se le antojara.

ROSITA.

De suerte que una comedia vendida era entónces una pella de barro, de la cual lo mismo podia el comprador sacar una imágen, que un barreño para fregar.

DON APOLINAR.

Precisamente, Rosa.

ROSITA.

Y la comedia de *Bien vengas, mal*, ¿tendrá tambien retazos antiguos de otra mano que la de Calderon?

DON APOLINAR.

Más ó ménos, tendrá como todas. Un amigo del gran poeta decia que don Pedro Calderon era el escritor más afortunado del mundo; pues como él no habia impreso por sí ni siquiera una comedia suya, y habia declarado solemnemente que se las habian impreso viciadas, era justo creer que todo lo bueno que tenian era de Calderon, y todo lo malo era obra de sus remendones.

ROSITA.

Pues si en esa refundicion de hoy han acertado á quitarle á la comedia lo malo, esto es, lo que no era de Calderon, la tal comedia más habrá ganado que perdido.

DON APOLINAR.

Y lo que le hayan puesto?

ROSITA.

Váyase por lo que le pusieron ántes.

DON APOLINAR.

Siempre la comedia es ya otra de lo que fué.

ROSITA.

Mire usted, don Apolinar: cuando usted principió á venir á esta casa traia usted melenas largas, y barbas más largas que las melenas, y uñas larguísimas: des-

pues se cortó usted el pelo y las uñas y se afeitó; y sin embargo, es usted la misma persona que ántes, á pesar de que le falta aquella pelambre y aquellas garras: una comedia de Calderon, peinada á la moda, creo yo que, como hija de un padre tan guapo, no dejará de mostrar la fisonomía de su papá. (Llaman.) Ahora sí que son ellas. (Vase.)

Al fin de la loa, don Mariano Fernandez recitó la décima de *Fabian*, doña Elisa Boldun la de *Rosa*, y despues se leyó esto que se añade:

DOÑA ADELA ÁLVAREZ.

Á CALDERON.

Soneto.

Con voz clamaste de dolor profundo,
Al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra *es la vida*, como el *sueño* vana,
Y es fantástico bien el bien del mundo.»
Pero girando tú claro y fecundo
Sol en los cercos de la escena hispana,
¿Cómo ilusion te pareció liviana
La fuerza de tu ingenio sin segundo?
Tú, desde el envidiado Manzanares,
Al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste
Respeto, admiracion, lauros y altares.
Grabe Madrid, para eternal memoria,
Bajo el que allí se ve título triste (1):
«Sueño todo será, verdad tu gloria.»

(1) Señalando el de *La vida es sueño* que se lee debajo del retrato de Calderon.

DOÑA TEODORA LAMADRID.

La nobleza proverbial
Del público matritense
Perdon á un yerro dispense,
Hijo de afecto leal:
Exige *Bien vengas, mal*,
Extremada perfeccion:
Si endeble su ejecucion
No corresponde al intento,
Recordad, pues viene á cuento,
Este del gran Calderon (1):
«Un ciego en Búrgos habia,
Rematado en su ceguera,
Que ni un elefante viera
Con sol claro á mediodía.
Vino entre niebla sombría
La noche de Navidad;
Y, rebosando piedad,
A misa de Nacimiento
Salió con hacha de viento
El ciego por la ciudad.
»Llegóse y le preguntó
Un estudiante sopista:
«Qué ves con luz y sin vista?»
Y el ciego le respondió:
«La luz no aprovecho yo,
Los que andan la calle sí;
Y, principiando por tí,
Ningun torpe me atropella;
Porque, sin ver yo con ella,
Con ella me ven á mí.»
Si ciego artístico amor

(1) Igual en el fondo se lee en el primer acto de *La cisma de Inglaterra*.

Nos infunde aliento vano,
Calderon va en nuestra mano,
Vertiendo su resplandor.
A quien merece mejor
El escénico laurel
Humilde tributo fiel
Rendimos, á ejemplo de otros:
No tropeceis en nosotros,
Por no tropezar con él.

FIN DE LA LOA.

LA HIJA DE CERVÁNTES,

LOA

PARA LA FUNCION REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE,

el dia 23 *de Abril de* 1861.

PERSONAS DE LA LOA.	ACTORES.
DOÑA ISABEL DE SAAVEDRA. .	Doña Teodora Lamadrid.
DON GARCÍA.	Don José Casañér.
DON BLAS.	Don Mariano Fernandez.
ALFONSO..	Don Pedro Delgado.
DAMA 1.ª	Doña Pilar Boldun.
DAMA 2.ª	Doña Elisa Boldun.
DAMA 3.ª	Doña N. N.

Caballeros, Damas, Pajes.

La accion pasa en Madrid, en Abril de 1616.

LOA.

El teatro, dividido en dos partes, representa, á la izquierda del espectador, un como cementerio provisional del convento de religiosas Trinitarias; en medio, la calle de Cantarranas, hoy de Lope de Vega; y à la derecha, la entrada á la calle de San Agustin. La cerca del cementerio tiene puerta á la calle de Lope. En el fondo de él algunas sepulturas de religiosas; más acá otras de seglares, en cada distrito una reciente. Una imágen á la derecha del proscenio, alumbrada con una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA y DON BLAS, embozados, aparecen en la calle.

DON GARCÍA.

Como os dije al salir de nuestro sarao, yo me quedo aquí.

DON BLAS.

Yo os acompañaré.

DON GARCÍA.

Mi criado Alfonso vendrá al instante.

DON BLAS.

Ya han dado las once, la noche es oscura, y ¡es tan sola esta calle de Cantarranas!...

DON GARCÍA.

Os aseguro que no me pesa, y que no necesito vuestra compañía por esta vez.

DON BLAS.

Tendréis por aquí galanteo. Vos teneis uno cada mes en distinto barrio. Al paso que vais pronto habréis recorrido todos los de Madrid. Ni la magnificencia del sarao para festejar las bodas del Conde de Santa Catalina, ni el asistir á ellas don Felipe III en persona, ni la hermosura de las damas, que resplandecen como soles en el estrado, os han detenido.

DON GARCÍA.

Tampoco os han detenido á vos.

DON BLAS.

Señor don García, yo os quiero confesar la verdad. Yo no soy rico, y vos no lo erais diez años há.

DON GARCÍA.

He sabido aprovechar ocasiones.

DON BLAS.

Eso quiero hacer yo. Vos estabais inmediato al Rey cuando preguntó al Duque de Lerma quiénes eran aquellas tres damas forasteras que se hallaban allí, y que S. M. no conocia.

DON GARCÍA.

Sí: y á fe que me dió golpe la contestacion del Privado. Dijo que la una era *la Gitanilla* de Cervántes; la segunda, *la ilustre Fregona*, y la última, *la Marcela* del Don Quijote.

DON BLAS.

«Señalado ingenio era Cervántes (prorumpió S. M.): el Señor le tenga consigo. Prometo que daria dos mil ducados por saber quién era Don Quijote y quién Sancho Panza.»—Ahora bien, señor don García, yo, aunque convidado á la boda del Conde, necesitaria ganarme siquiera la mitad de esos maravedises, y abandono el sarao para proponeros el adquirirlos entre los dos.

DON GARCÍA.

Pienso yo ahora en adquisiciones de más noble especie, señor don Blas; no obstante, si puedo contribuir á ese descubrimiento...

DON BLAS.

Podeis ciertamente, señor don García. El criado á quien esperais, ese criado que recibisteis por mi conducto, ¿no sirvió á la difunta hermana del difunto Cervántes?

DON GARCÍA.

No sé... Creo que sí. No lo he preguntado...

DON BLAS.

Pues ese hombre, de quien Cervántes hacia particular confianza, debe saber lo que el Rey desea. Interroguémosle vos y yo, sonsaquémosle y...

DON GARCÍA.

Norabuena, señor don Blas: yo le tantearé, y os dejaré que le exploreis á vuestro sabor cumplidísimamente. Pero ha de ser con una condicion.

DON BLAS.

Decidla, no os detengais, decídmela.

DON GARCÍA.

Que me habeis de dejar solo ahora, sin pretender explicacion sobre el motivo.

DON BLAS.

Á fe de don Blas Chozas y Cansán, que no os hable palabra. Buenas noches, señor don García.

DON GARCÍA.

Señor don Blas de Chozas y Cansán, guárdeos el cielo.

(Vase don Blas.)

ESCENA II.

DON GARCÍA.

Váyase á su choza el amigo Chozas y Cansán, porque iba estando ya cansadillo. ¡Al diantre le ocurre venir á entretenerme con las invenciones y pensamientos de Cervántes, cuando no vivo yo hasta saber cuáles son para conmigo los de su hija!

ESCENA III.

ALFONSO.—DON GARCÍA.

ALFONSO.

Es mi señor?

DON GARCÍA.

Yo soy.

ALFONSO.

Disculpado quedais con el señor Duque de Lerma:

lo que de parte vuestra le manifesté le dejó satisfecho en órden á vuestra salida del sarao.

DON GARCÍA.

Muy bien, Alfonso : tú eres discreto y valiente, y en mi casa has de hallar defensa, y áun desquite, de la mala suerte que te ha perseguido. Tú has sido soldado: ¿verdad?

ALFONSO.

Sí, señor: soldado, pretendiente infeliz, y pobre por naturaleza y gracia, como el que hoy han enterrado ahí en ese cementerio de las Trinitarias.

DON GARCÍA.

El que hoy ha sido enterrado aquí, ha sido pobre, porque era travieso. No te me parezcas tú á él.

ALFONSO.

Señor amo, los que servimos á señores, habiendo servido ántes al Rey, tenemos cierto privilegio de franqueza con nuestros amos. ¿Quisiera mi señor explicarme qué linaje de travesura mala era la del difunto señor Miguel?

DON GARCÍA.

El señor Miguel de Cervántes y Saavedra, para ser un triste agente de negocios, pecaba con exceso de atrevido y mordaz.

ALFONSO.

Señor amo, cien veces he oido en Madrid coplas satíricas del señor Conde de Villamediana, de Góngora, de Quevedo, de Espinel, de qué sé yo cuántos ingenios, que se despedazan unos á otros; de Cervántes, ni un

solo verso de este género se conoce. Al contrario, yo le oí decir muchas veces :

Nunca voló la humilde pluma mia
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y á desgracias guía.

DON GARCÍA.

Te parece floja sátira su Quijote?

ALFONSO.

Como no se queja el personaje satirizado...

DON GARCÍA.

Conoces tú al original del Quijote?

ALFONSO.

Vaya! como á mí!

DON GARCÍA.

Por quién sabes quién es?

ALFONSO.

Por el mismo Cervántes. De vuelta de mi campaña en Flándes, fuí escudero de la hermana del señor Miguel, doña Andrea, casada entónces con un italiano, hombre de negocios, no falto de maña. La familia de Cervántes era de corta hacienda; pero habian tenido para ir pasando. Cuando estuvo cautivo aquél, apuraron sus recursos para rescatarle : en cinco años no pudieron juntar los 500 escudos que pedia por él el moro su amo; y si no hubiera sido por los padres de la Trinidad, que completaron la suma del precio, entre moros acabaria. Su cuñado, el agente de negocios, murió; pretendió él una colocacion; la consiguió tarde

y mal, y la perdió pronto; era obligacion suya socorrer á su familia, que se habia sacrificado por él; tomó los negocios de su cuñado, para los cuales no era él á propósito, y le produjeron más disgustos que reales. Hombre maduro ya, escribió libros que han enriquecido á los impresores de España, Portugal y Flándes; al autor le han dado lo que dan en España, todo, ménos dinero: áun de la gloria merecida por el mejor le ha querido privar ese bergante de Avellaneda. Socorrido por el Conde de Lémos y el Arzobispo Sandoval, ha muerto con deudas y sin bienes: dos misas por su alma ha dejado en su testamento, porque su viuda no hubiera podido satisfacer la limosna de tres. Ya veis que sé medianamente la historia del manco de Lepanto, del cautivo de Argel, del autor del Quijote.

DON GARCÍA.

Tú conocerias tambien á su hija.

ALFONSO.

Doña Isabel? Ay! Bien la he conocido, señor!

DON GARCÍA.

Era despegadilla con los hombres: ¿no?

ALFONSO.

Hija natural de un padre desacomodado, conoció desde niña, que para ella el refugio de la clausura era lo que le estaba mejor.

DON GARCÍA.

No faltó quien la pretendiera.

ALFONSO.

Para esposa, no sé.

DON GARCÍA.

Al matrimonio se viene á parar por varios caminos.

ALFONSO.

Doña Isabel no sabía más que el de la parroquia. Alguno la quiso bien, y no se lo dijo.

DON GARCÍA.

Cuando visitaba á Cervántes yo, no te ví por su casa.

ALFONSO.

No estaba en Madrid: me fuí por... por librarme de un compromiso. Cuando volví, ya era monja doña Isabel. Ahí estaba ya sepultada en vida: ahí está sin vida sepultado su padre. ¡Dichosos ellos, que ya nunca se apartarán!

DON GARCÍA.

Alfonso, tú has errado la vocacion: naciste para misionero, y te hiciste soldado, y estás fuera de tu lugar. Á Isabel Saavedra le pasa lo mismo.

ALFONSO.

¿Que decís!

DON GARCÍA.

Á mí me enamoró desde que vivia en Valladolid, porque estaba muy linda.

ALFONSO.

Divina, señor!

DON GARCÍA.

La galanteé, no me hizo caso, no le hice yo de su desvío, se entró aquí monja, quizá por despecho, y me figuro que le ha pesado mucho despues.

ALFONSO.

Bien pudierais equivocaros.

DON GARCÍA.

Á qué te parece que te traigo yo aquí?

ALFONSO.

Señor, no lo sé.

DON GARCÍA.

Pues es á que me guardes la calle, miéntras hablo en ese cementerio con Isabel.

ALFONSO.

¿Con doña Isabel de Saavedra!

DON GARCÍA.

Con la hija única de Cervántes, cabal.

ALFONSO.

Pero, señor, donde yace el padre, pisando tal vez la tierra que oculta su cuerpo, ¡vais á hablar con la hija!

(Sale del convento al cementerio doña Isabel, se arrodilla, besa el suelo, y hace mudamente oracion sobre una sepultura.)

DON GARCÍA.

Isabel me ha llamado : vengo á ver qué me quiere.

ALFONSO.

¿Ella os ha llamado, señor!

DON GARCÍA.

Ella. Yo vine al entierro de Cervántes, porque no lo pude excusar. Entierro pobrísimo : los hermanos de la Órden Tercera y cuatro vecinos de esas calles de Francos y del Leon. Se dió tierra al cadáver y se mar-

charon todos : yo me quedé mirando las sepulturas de las monjas que han fallecido en ese convento. En esto se abre una puertecilla, y sale una hermosa mujer... cuyo traje no era precisamente de religiosa. Clavo la vista en ella, y al cabo de tres años de encierro conozco á Isabel.

ALFONSO.

Jesus!

DON GARCÍA.

«Señor don García (me dijo): en otro tiempo, contra mi voluntad, ibais á mi calle de noche: ¿querréis ésta venir aquí, porque yo os lo suplico?—Mandadme, Isabel, decidme la hora.—Entre las once y las once y media.» Quise acercarme; pero se entró como una exhalacion por la puertecilla. Yo, del entierro me fuí á la boda, y del sarao me vengo á la cita.

ALFONSO.

No sé qué pensar...

DON GARCÍA.

Yo pienso que va siendo tarde, y la sierva de Dios se descuida en venir á franquear esta puerta. (La empuja.) —Si está abierta ya!

ALFONSO.

Señor, no entreis.

DON GARCÍA.

Tú eres el que no ha de entrar : te pasearás por aquí sin llamar la atencion, y me acompañarás cuando me retire : á eso has venido. (Entra en el cementerio.)

ALFONSO.

Y ¡yo que adoré tantos años en esta mujer! (Vase.)

ESCENA IV.

ISABEL y DON GARCÍA, en el cementerio.

DON GARCÍA.

Isabel, aquí estoy como habeis mandado.

ISABEL.

Mandar... Os he pedido, por caridad, que vinierais: recordad mis palabras.

DON GARCÍA.

Salian de vuestra boca tan dulces, que las oí absorto, casi sin entenderlas.

ISABEL.

Dulces no podian ser en mi labio, cuando se ahogaba en amargura mi corazon.

DON GARCÍA.

Puedo yo consolaros?

ISABEL.

Sí, García, podeis. Un tiempo hubo en que me deciais que me amabais : ignoro si me hablabais verdad; pero vos lo dijisteis.

DON GARCÍA.

Yo os amaba, Isabel, deliraba por vos.

ISABEL.

Yo no podia amaros, yo no podia ser vuestra; no queria yo que mi marido se avergonzara de mi nacimiento. Yo me habia visto presa en Valladolid con mi padre, con mis tias ancianas y mi prima jóven: habian

dado muerte á un caballero junto á nuestra casa, y decíase que habia corrido aquella sangre por culpa mia. «Dios, que bendices á los que lloran! (clamé dia y noche en mi calabozo) muestra mi inocencia al mundo, y yo le abandonaré para vivir únicamente tuya.» El Señor cumplió mis deseos, y yo, aunque tardé y fuí vituperada por ello, cumplí al fin mi palabra.

DON GARCÍA.

Sin querer atender las mias.

ISABEL.

Las vuestras, confesadlo, no merecian más. Era pobre mi padre: mi madre, que vivia entónces, esperaba una corta herencia; entregó mi madre á este santo convento mil ducados por dote suyo, y, con la oferta de entregar otros mil por el mio, recibimos las dos el hábito.

DON GARCÍA.

Vuestra madre ¡vive con vos aquí?

ISABEL.

Vivia: ayer murió una hora despues que mi padre.

DON GARCÍA.

Gran Dios!

ISABEL.

Murió, y ántes de expirar suplicó á nuestra superiora que me retirara de la celda: me lo mandaron y obedecí.

DON GARCÍA.

Era justo excusaros la pena de verla expirar.

ISABEL.

Era para excusarme otra, García; otra, que poco des-

pues hube de recibir. Yo nací en Portugal, donde, como sabeis, abundan los judíos, conocidos y ocultos. Mi madre, así que me dió á luz, tuvo que ponerme al pecho de una mujer, de quien me recogió á los cuatro años. Era judía aquella mujer; y destinándome á su vana creencia, me negó el bautismo; y hasta ayer, poco ántes de morir, no lo supo mi madre. Esta mañana me dijeron que mi profesion era nula; esta mañana tuve que despojarme del hábito y vestir este traje: para ser esposa de Cristo, necesito ser cristiana siquiera.

DON GARCÍA.

¿Qué es lo que me decis!

ISABEL.

Me trasladaron de mi celda á ese cuarto, que ya no es clausura, y por eso he podido veros hoy. Á todo esto, la herencia, que de Portugal esperaba mi madre, no vino: debo los mil ducados del dote, y esta comunidad está pereciendo: el bocado de pan que den á una intrusa, lo necesitan para sí esas pobres religiosas, mártires de su fe: mi madrastra y mi prima no cuentan más que con la caridad del señor Arzobispo. García, dadme una limosna para permanecer en este convento, y callad lo que habeis oido; calladlo, por amor de Dios. (Se arrodilla.)

DON GARCÍA.

Alzad, Isabel: enjugad ese llanto; no hay para qué llorar. Mil ducados poca cosa son para mí: los recibirá la comunidad en amaneciendo.

ISABEL.

Derrame el Señor sus mercedes en vos.

DON GARCÍA.

Pero vos no estais bien aquí. Hija natural, sin el agua de salvacion aún, por la perfidia de una judía, necesariamente os han de mirar con cierta prevencion esas madres escrupulosas, y por fuerza vos habeis de sentiros entre ellas avergonzada. Es preciso que salgais de aquí.

ISABEL.

Aquí está mi padre, aquí está mi madre: ¿dónde quereis que vaya su hija?

DON GARCÍA.

Á una casa honrada, recogida, segura. Ahora sois libre: ya os han apartado de sí las que ántes eran vuestras hermanas: id un poco más léjos, donde reflexioneis despacio; y si luego os parece oportuno, volved.

ISABEL.

¿Eso es todo lo que me decis!

DON GARCÍA.

Esto, y que os amo cual á mi vida, más que nunca os amé. El claustro os desecha; dejadle vos: del hábito religioso os despojan; venid á vestir las galas que la suerte enemiga, tan injusta con vos, hasta hoy os habia negado.

ISABEL.

De galas hablais á quien es huérfana desde ayer? Mirad este sitio, respetad mi dolor.

DON GARCÍA.

Dejad hoy este sitio, y vuestro dolor os dejará mañana.

ESCENA V.

ALFONSO, en la calle.—DON GARCÍA É ISABEL, en el cementerio.

ISABEL.

Bien, García: id en cuanto amanezca, y avisad á mi madrastra que venga y me oiga. (Alfonso se acerca á la puerta y escucha.)

DON GARCÍA.

Isabel, entre vos y yo no hace falta vuestra madrastra.

ISABEL.

Hace falta un muro: aquí le hay más fuerte que el de una casa de hombre, porque ésta es de Dios. Yo no salgo de aquí. Salid vos, señor don García.

DON GARCÍA.

Con vos, al momento.

ALFONSO. (Aparte.)

¡Qué oigo!

ISABEL.

Con vuestras torcidas intenciones frustradas os iréis, no conmigo.

DON GARCÍA.

Isabel, seguidme.

ISABEL.

Apartad. (Alfonso entra en el cementerio.)

DON GARCÍA.

Nadie puede apartarme de vos.

ALFONSO.

Señor don García, ¡venid á vuestra casa!

ISABEL. (Asombrada al verle.)

Alfonso! Alfonso!

DON GARCÍA.

Un criado á mí!

ALFONSO.

Ya no lo soy vuestro, ni vos mi amo.—¿Qué quereis que haga con este hombre, señora!

ISABEL.

Rogarle que nos deje.

ALFONSO.

Dejadnos: os lo ruego con el sombrero en tierra y la espada en la mano.

DON GARCÍA.

Bien está, Isabel: me retiro como quereis: tal vez os pesará. (Vase.)

ESCENA VI.

ISABEL, ALFONSO.

ALFONSO.

Isabel!... Señora! Cuánto há que no os veia!

ISABEL.

Cuántos años, Alfonso! Y yo te he conocido al momento. Y te ausentaste sin despedirte de mí.

ALFONSO.

No pude, señora. Me hubiera costado tanto dolor!... Pero, ese vestido ¿qué significa?

ISABEL.

Una desgracia más... una vergüenza más en mi triste vida.

ALFONSO.

Algun castigo?

ISABEL.

Sí, del cielo. Mas no hay infortunio que no sirva para algo. Me has visto hablando con García: he podido hablar con él sin crímen: este vestido me lo consiente.

ALFONSO.

No os entiendo, Isabel. ¿Es verdad que le habeis llamado?

ISABEL.

Sí, Alfonso.

ALFONSO.

Por Dios, decidme para qué.

ISABEL.

Debo mi dote, que son mil ducados: he querido pedírselos á García...

ALFONSO.

Y él... él queria sacaros de vuestro convento. Si me lo hubiérais dicho seis dias há...

ISABEL.

¿Hubieras tú podido...

ALFONSO.

Más que eso me ofrecian, si me embarcaba para el Perú.

ISABEL.

Con qué objeto?

ALFONSO.

Con el de entender en unas minas, donde mueren á los pocos meses todos los que van... Puede que áun sea tiempo.....

ISABEL.

Alfonso! habias tú de vender tu vida?...

ALFONSO.

Por vos? ¿Cuándo mejor empleada! Y ¡por mil ducados! No los vale ella.

ISABEL.

Ofertas semejantes... no deben hacerse... ni pueden admitirse.

ALFONSO.

De mí jamas habeis aceptado nada. Aceptad ahora esos mil ducados.

ISABEL.

No, Alfonso, no huyas de mí otra vez. Tú no sabes... yo necesito preguntar á mi conciencia y al que la dirige... necesito que sepas...

ALFONSO.

Decid pues... decid.

(Don Blas cruza la calle, y llama á la puerta del cementerio.)

ISABEL.

Llegan á esa puerta... Ahora no.

(Entrase en el convento Isabel, y don Blas abre la puerta del cementerio.)

ESCENA VII.

DON BLAS.—ALFONSO.

DON BLAS.

Aquí está en efecto.—Amigo Alfonso, me alegro de tropezar con vos, como si me hallara un millar de ducados.

ALFONSO.

En qué puedo serviros?

DON BLAS.

Esta noche, ahí cerca, en la boda del Conde, se ha hablado de Cervántes con motivo de su fallecimiento, y se ha suscitado el natural deseo de saber si (como se sospecha) retrató á personas determinadas en don Quijote y en su escudero.

ALFONSO.

Oiga!

DON BLAS.

Sí. Yo salí del sarao con don García pensando en esto, y en que tal vez podriais vos decirme algo sobre el particular: me aparté de don García para buscaros, y no os hallé; y ahora he vuelto á encontrarme con él, y me ha dicho que os hallabais aquí.

ALFONSO.

Y ¿qué?

DON BLAS.

Mirad: yo soy amigo de saber estas cosas, que por otra parte no llevan consigo ningun particular interes. Pudierais vos decirme quién es don Quijote?

ALFONSO.

Sí, señor.

DON BLAS.

Repito que no tengo ningun interes, todo es una simple curiosidad... con prisa.

ALFONSO.

Pues como decian que el señor Miguel habia tratado de pintar en don Quijote al Emperador Cárlos V, yo se lo pregunté una vez, y me dijo que era una suposicion calumniosa.

DON BLAS.

Eso dijo, ¿eh?

ALFONSO.

Me aseguró que el tal don Quijote no era una persona sola, sino muchísimas; y ya veis que los Cárlos quintos no se cuentan por centenares.

DON BLAS.

Eso es verdad.

ALFONSO.

Sin embargo, no me satisfizo la respuesta del todo.

DON BLAS.

Ni á mí me llena.

ALFONSO.

Por eso le rogué que, siendo (segun afirmaba él) varios los don Quijotes, me hiciera la merced de indicarme siquiera uno.

DON BLAS.

Discretamente dicho. Y ¿qué? Os le nombró?

ALFONSO.

Sin nombrarle, tales señas me dió, que al momento le conocí.

DON BLAS.

Y ¿quién era? El Rey don Sebastian?

ALFONSO.

No por cierto.

DON BLAS.

Don Juan de Austria?

ALFONSO.

Ni Juan que se le pareciese.

DON BLAS.

El Duque de Lerma?

ALFONSO.

Ni duque ni conde, ni general ni alférez, ni sargento siquiera. Don Quijote de la Mancha era yo.

DON BLAS.

Vos!

ALFONSO.

Yo mismo. Yo, en primer lugar, soy manchego: del Quintanar, para serviros. Yo, de mozo, me hice soldado, con ánimos de ser general por lo pronto, y rey luégo, y emperador y arreglador del mundo; y no salí nunca de mochilero. En cada batalla creia que iba á ganar diez y siete banderas y un carro de oro; y no sacaba al fin sino porrazos y heridas. Me enamoré de una hermosa doncella, y nunca le dije que la queria; me llamo *Alfonso*, y ordinariamente me dicen *Alonso*,

con el apodo de *Cogíte*, porque de muchacho me cogian todos á la carrera. *Alonso* se llamaba don Quijote cuando tenia juicio, y de *Cogíte* se ha formado *Quijote.*

DON BLAS.

No es posible dudarlo: don Quijote sois vos. ¿Y Sancho Panza?

ALFONSO.

Con Sancho Panza sucede lo mismo: hay uno que es como el hermano mayor, y luégo entra una familia sin fin. Sancho Panza primero, segun me dijo el señor Miguel, es un pobre diablo, interesado y tonto, malicioso y crédulo, que se traga ruedas de molino cuando se le pone su interes por delante, y duda hasta del Evangelio en todo lo demas. Es un sujeto con dos apellidos, los cuales forman el nombre de *Sancho Zancas*, nombre que dió Cervantes al escudero de don Quijote sólo una vez, á fin de que pasara desconocido.

DON BLAS.

¡*Sancho Zancas*, decis! Aguardad un poco. Yo tengo los dos apellidos de Chozas y Cansán.

ALFONSO.

A ver, á ver... *Cho... zas... Can... san...* Diantre! El fin del uno y el principio del otro apellido vuestro, forman exactamente el nombre de *Sancho*.

DON BLAS.

Y con las letras de *zas* y de *can*, mudando de lugar la *c* con la *z*, resulta *Zancas*.

ALFONSO.

Don Blas de mi vida! Sancho Panza sois vos.

DON BLAS.

Y vos don Quijote!

ALFONSO.

Sois mi escudero.

DON BLAS.

Maldito lo que me agrada el descubrimiento!

ALFONSO.

No se lo digais á nadie, y no se sabrá: yo prometo callarlo, y don Quijote es hombre de su palabra.

DON BLAS.

Mal me sabria divulgarlo; pero no dejaria de convenirme que se supiera.

ALFONSO.

Ese es verdadero rasgo de Sancho Panza, que se avino á darse tres mil azotes, porque se los pagaban á real el par.

DON BLAS.

Queda mi curiosidad satisfecha; y aunque algo me escuece, no me pesa del todo. Que Dios os guarde, mi señor don Quijote.

ALFONSO.

Vaya mi Sancho Panza con Dios.

(Vase á la calle don Blas.)

DON BLAS.

(Aparte en la calle.) Sancho Panza se va derecho, aquí á la calle de San Agustin, á pedir sus dos mil ducados.

(Vase.)

ESCENA VIII.

ALFONSO.

Se va como hácia casa del Conde... se vuelve al sarao. — Aquel que viene del mismo punto, ¿no es don García? Se cruzan... se saludan : él es. ¿Qué tendrá que decirme Isabel? Le habrá dicho más á García? Esperemos. (Don García cruza la calle de Cantarranas, y entra en el cementerio.)

ESCENA IX.

DON GARCÍA.—ALFONSO.

DON GARCÍA.

Alfonso, oye.

ALFONSO.

Señor don García, os han mandado salir de aquí.

DON GARCÍA.

Con razon; y por eso vuelvo. No recuerdes lo que ha pasado, y escucha. Doña Isabel de Saavedra necesita mil ducados; me los ha pedido y los he negado.

ALFONSO.

Señor! ¿es posible!...

DON GARCÍA.

Procedí mal; pero ya lo hice, y ya Isabel no debe recibir esa suma de mí.

ALFONSO.

No : de quien ofende nada se admite.

DON GARCÍA.

Tú puedes ofrecérselos.

ALFONSO.

Vuestros, ni áun yo los quiero.

DON GARCÍA.

No los recibirás de mí. El Rey está ahí, calle de San Agustin, en la boda del Conde de Santa Catalina: el Rey ofrece dos mil ducados á quien le declare quiénes son los originales de don Quijote y de Sancho Panza...

ALFONSO.

Ah! yo lo sé por fortuna!

DON GARCÍA.

Ven conmigo, para que se lo digas al Rey en persona: yo te facilitaré que le hables.

ALFONSO.

Ahora sí que sois caballero!

(Vanse, y sale al cementerio doña Isabel.)

ESCENA X.

ISABEL.

Se fueron: voy á cerrar. (Cierra.)
Padres, que Isabel adora,
Mal os cuido, guardadora
De este fúnebre lugar.
Nunca pensé abandonar
El asilo que elegí:
Sin esfuerzo resistí
Los intentos de García;

¿Por qué Alfonso en este dia,
Por qué se aparece aquí?
No excitan mucha piedad
En el convento mis penas:
Ya sé lo que son cadenas,
Y no sé qué es libertad.
«Soltad, me han dicho, soltad
Vestidura impropia en vos»,
Y pusiéronme entre dos
Esta enlutada librea:
De la traicion de una hebrea
¿Qué culpa tengo ante Dios?
Entre dos tumbas la suerte
Me deja desamparada:
Del claustro al siglo arrojada,
Soy árbitra de mi suerte.
Alfonso, no he de perderte
Dos veces: de aquí saldré:
Con el agua de la fe,
La Corte huyendo enojosa,
Seré de un soldado esposa:
Mi madre ni áun eso fué.
Avellaneda, informado
De mi voto y de mi amor,
Escribió el cuento de horror
Del *Rico desesperado* (1).
Como del cielo inspirado,

(1) *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, capítulo xv: «Acordaos tambien, hijo, que me habeis oido decir cómo hasta hoy *ninguno dejó el hábito que una vez tomó de religioso, que haya tenido buen fin.*»

Estampó allí que el que ya
Con voto al Señor se da,
Y hábito viste y lo deja,
De sí todo bien aleja,
Y á fin desastrado va.
Ser del Señor he querido,
Y anulan mi ofrenda pia:
Santo velo ayer ceñia;
Profano me lo han ceñido.
Con mi Dios tengo cumplido:
Ya puedo sin sujecion
Ceder á la inclinacion
Que, rechazada y proscrita,
Murió, mas hoy resucita
En mi amante corazon.
Rigor de suerte cruel,
De que es razon que me asombre,
Me ha quitado hasta mi nombre:
No soy siquiera *Isabel.*
Afecto á mi padre fiel
Me vuelve á la vida de ántes:
Sin impulsos arrogantes
Que en el mundo muevan ruido,
Quede algo en otro apellido
Del sér que animó á Cervántes.
Revele yo con valor
Á las edades futuras
Los arcanos y amarguras
De un libro y un escritor.
Á salvo quede mi honor,
Que manchó lengua soez;

Y hecha justicia una vez,
Que en este sepulcro empieza,
Desdichas de la pobreza
No las pague la honradez.

ESCENA XI.

ALFONSO, en la calle.—ISABEL, en el cementerio.

ALFONSO.

Señora! señora! (Llamando quedo á la puerta del cementerio.)

ISABEL.

Eres tú, Alfonso?

ALFONSO.

Yo soy. Abrid. (Abre Isabel, y pasa Alfonso al cementerio.)

ISABEL.

A qué vuelves?

ALFONSO.

Á deciros que ya podeis contar con los mil ducados.

ISABEL.

Es posible! Á quién se los debo?

ALFONSO.

Al Rey, que estaba en el sarao por la boda del Conde de Santa Catalina. Me dijeron que deseaba saber quién era el original del Quijote; fuí á ver á S. M.; y cuando llegué, ya otro me habia precedido; pero sin fruto, por que no le creian; así que yo hablé, se acabaron las dudas. No podeis figuraros con qué singular atencion me oyó el Duque de Lerma en cuanto pronuncié mi nombre. Me preguntó si habia estado en Argel, y

cuándo y cómo habia venido... una porcion de cosas. En fin, S. M. ofreció mil ducados á mi precursor y otros tantos á mí; el Duque me dijo que me enviaria la libranza para cobrarlos, y una buena noticia; y no he querido que pase la noche sin daros ésta.

ISABEL.

Gracias á Dios, gracias al Rey y á tí, salgo de una deuda sagrada. La pagaré al momento; despues ¿cómo podré pagarte á tí?

ALFONSO.

Sacándome de una duda que me martiriza. ¿Por qué estais fuera de clausura? ¿Por qué vestís ese traje, que no es de religiosa?

ISABEL.

Porque ya no lo soy.

ALFONSO.

¿Cómo es posible!

ISABEL.

Porque han sido nulos mis votos.

ALFONSO.

¡Nulos, decís!

ISABEL.

Como si no los hubiera hecho.

ALFONSO.

De modo que vos... vos pudierais aún... vos, si quisierais, pudierais casaros.

ISABEL.

Sí.

ALFONSO.

Dios de bondad!... Pues yo tambien estuve... Yo quiza pudiera...

ISABEL.

Eres casado tú?

ALFONSO.

Ya no.

ISABEL.

Cómo! Lo has sido?

ALFONSO.

Sí.

ISABEL.

Dónde? Con quién?

ALFONSO.

En Argel, en mi cautiverio, con una mora.

ISABEL.

Una mora! Alfonso, yo creí que nunca te hubieras casado.

ALFONSO.

Desde que partı, no nos habíamos visto: no he podido deciros aún...

ISABEL.

Dí pronto, dilo todo.

ALFONSO.

Yo, por una tentativa de fuga, estuve condenado á muerte en Argel, como vuestro padre. Una mora, convertida á nuestra religion en secreto, me ofreció salvarme si le daba la mano.

ISABEL.

En tal peligro...—Aun en tal peligro... sé yo de alguna...

ALFONSO.

Aquella mujer estaba tan cerca de morir como yo un mal sin remedio le quitaba la vida.

ISABEL.

Prosigue.

ALFONSO.

Obtuvo mi perdon, me compró de mi amo, nos desposamos con el necesario secreto, y nos separamos en seguida. Queríamos huir de Argel á la noche siguiente: aquella misma falleció mi libertadora.

ISABEL.

En tus brazos!

ALFONSO.

Sin que yo la viese. Apoderáronse de su hacienda sus deudos, me embarcaron por fuerza, y me trajeron á las costas de España.

ISABEL.

En fin... eres libre...

ALFONSO.

Y sois libre vos.

ISABEL.

Alfonso, cuando te ausentaste de Madrid, ¿por qué te ausentaste?

ALFONSO.

Porque era pobre y amaba, y á la mujer á quien amaba no podia ofrecerle sino solo mi amor.

ISABEL.

En esta noche... en este sitio... donde tan poco há reposan mis padres... no me atrevo... no puedo preguntarte quién era tu amor.

ALFONSO.

Respetemos á los que yacen... Pero... pasarán dias...

ISABEL.

Saldré de esta casa...

ALFONSO.

¡Saldréis!... Oh! yo os diré entónces á quién amaba, á quién amo todavía, á quién amé y amaré siempre.

ESCENA XII.

DON BLAS, en la calle.—ISABEL Y ALFONSO, en el cementerio.

DON BLAS.

Alfonso! estais ahí? (Llamando á la puerta.)

ALFONSO.

Qué se ofrece? (Abre, y sale á la calle.)

DON BLAS.

De parte del Duque de Lerma, os traigo la libranza con otro papel. (Le da uno cerrado.) Tomad, y Dios os guarde.

ALFONSO.

Y á vos. (Vase don Blas, y Alfonso vuelve al cementerio.)

ESCENA XIII.

ISABEL, ALFONSO.

ALFONSO.

(Abriendo el sobre.) La libranza. Esto es para vos, Isabel. (Desdobla una carta.) Esto es para mí. (Lee.) «Noticias de Argel, recibidas hoy...» Santo Dios!

ISABEL.

Qué te dicen? Qué es eso?

ALFONSO.

¡Es esto verdad?

ISABEL.

Si es desgracia, no dudes... A ver: déjame leerlo. (Tómale el papel.)

ALFONSO.

Sí, leed : yo no puedo.

ISABEL.

(Lee.) «Noticias de Argel, recibidas hoy, han traido para vos una importante. Los moros, parientes de vuestra esposa, os engañaron al apartaros de ella; no murió; vive: con salud y parte de sus bienes... ¡está en Cartagena!» Jesus! Jesus, Dios mio!

ALFONSO.

Isabel! Quereis saber á quién amaba yo?

ISABEL.

Ya, ¿para qué?

ALFONSO.

Para que sepais ¡cuánta es mi desdicha!

ISABEL.

Por la mia la podré conocer.

ALFONSO.

¡Yo, que desde que os ví...

ISABEL.

No acabes, no lo digas... Vive tu esposa. Sal de aquí, sal. Vete á Cartagena.

ALFONSO.

No seais de García, no. Por Dios, Isabel, no seais de García.

ISABEL.

¿De García! Oh! no. Yo no saldré de aquí. Vuelve con tu esposa; yo volveré tambien á mi esposo.— Ruido suena de gente. Huye para siempre de mí.

ALFONSO.

Adios, Isabel... adios para siempre. (Vase.)

ISABEL.

(Cayendo de rodillas.) Padres, que la muerte ha unido, con vosotros morirá vuestra hija.

ESCENA XIV.

TRES DAMAS, CABALLEROS Y PAJES que las acompañan.— ISABEL.

DAMA 1.ª

(En la calle.) Han tocado á maitines: todas las madres estarán ya levantadas. (Entra en el cementerio, y síguenla cuantos vienen con ella.) Ah! Sois Doña Isabel de Saavedra vos?

ISABEL.

Sierva vuestra, señora.

DAMA 1.ª

Por don García Manrique sabemos que esta santa casa padece estrechez, y que desearía él socorrerla, partiendo con nosotras. Al salir de un sarao, venimos á ofreceros nuestras haciendas, en agradecimiento á la gloria que hemos recibido de vuestro padre. Yo soy la que ha inmortalizado con el nombre de *la Gitanilla*.

DAMA 2.ª

Yo soy *Constanza*, la de Toledo.

DAMA 3.ª

Yo soy *Marcela*.

ISABEL.

Oh, mis bienhechoras, que Dios bendiga! ¿Cómo os podré yo agradecer?...

DAMA 1.ª

Un favor os pedimos.

ISABEL.

Cuál, señora?

DAMA 1.ª

Decidnos, si verdaderamente la sabeis, la significacion del Quijote.

ISABEL.

Oidla, pues, ante la sepultura de Miguel de Cervántes.

En el libro que esta edad
Aun á comprender no alcanza,
Don Quijote y Sancho Panza
Compendian la humanidad.

El primero imágen es
Del ánsia de una pasion;
El segundo es la razon
Vencida del interes.
Loco don Quijote va,
Léjos de villa y aldea,
Pensando en la Dulcinea
Que el triste nunca verá.
Se rie de su señor
Sancho en su ruda malicia;
Mas le sigue, por codicia
De verse gobernador.
Mil con fin noble se entregan
Á febriles desvaríos;
Mil tambien, cautos y frios,
Mirando por sí, se ciegan.
En Sancho sus faltas note
Cada cual y en el hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
Tiene algo de don Quijote.
Él en su alucinamiento
Traba con gigantes guerra;
Y échanle de un golpe á tierra
Las aspas que agita el viento.
Emprendió sublime accion
Mi padre en Argel así,
Y abatió su intento allí
El soplo de la traicion.
Por eso, pues, al talento
Juntando experiencia suma,
Trazó el *Quijote*, con pluma

Que le prestó el escarmiento;
  Y con designio profundo,
Cervántes, en ese loco,
De sí mismo puso un poco;
Lo demas, de todo el mundo.
  Aquí el cimiento mirad
En que esa fábula estriba:
Ficcion, en parte, festiva;
Y en parte, amarga verdad.
  Si por las lenguas ingratas
Que el miedo al moro vendió,
Mi padre no conquistó
El reino de los piratas,
  Su pluma ganó á lo ménos
Para su patria un laurel,
Que durará más que Argel
En dominio de agarenos.
  Ya el pobre soldado está
Libre de enemiga saña:
Cante á Cervántes España;
Su hija le llorará.

FIN DE LA LOA.

EL AMOR ENAMORADO,

ZARZUELA MITOLÓGICO-BURLESCA,

EN TRES ACTOS EN VERSO Y PROSA.

PERSONAS.

VÉNUS.
CUPIDO.
SÍQUIS, ó HELIODORA, *princesa.*
SATURNO.
PLUTON.
LA MUERTE.
EL REY LICANDRO, *padre de Heliodora.*
ARISTEO, *rico labrador.*
TELEFRON, *jorobado.*
DÓRIDA, *aya de la Princesa.*

PUEBLO CRETENSE, LABRADORES, PESCADORES, MERCADERES, SOLDADOS, POBRES, MANCEBOS Y DONCELLAS, NIÑOS, TRITONES, SIRENAS, NINFAS, CÉFIROS, FURIAS, SOMBRAS, ESPECTROS, GÉNIOS, ETC.

La accion pasa en las islas de Creta y Chipre, y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Plaza del puerto de Gnoso, en Creta, con muelle y mar en el fondo. En el proscenio, á un lado, una estatua de Síquis ó Heliodora.

ESCENA PRIMERA.

PUEBLO CRETENSE, que rodea la efigie de SÍQUIS. Van sucesivamente acercándose á la estatua varios grupos de HOMBRES, MUJERES y NIÑOS.

CORO. (Leyendo la inscripcion grabada en el pedestal de la estatua.)

A Síquis Heliodora
Feliz bendiga Creta.
—La imágen es completa :
Vivo nos da el artífice
Aquí el original.
Princesa por linaje,
Y hermosa cual ninguna,
Sus gracias y su cuna
Son leve adorno al mérito
De su alma virginal.
Piadosa enjuga el lloro
Donde hay quien gima triste;
Modesta ropa viste,

Y es por librar al huérfano
Del hambre y desnudez.
El Rey, su padre anciano,
Le manda que nos rija :
Teniéndola por hija,
Rayos y trono Júpiter
Cediérale tal vez.

(Adelántase hácia la estatua un grupo de labradores, trayendo en las manos guirnaldas de rosas y coronas de espigas.)

LABRADORES.

Del campo que riega sudosa la frente,
Guirnaldas y espigas, humilde presente,
Le ofrece á su señora
El rudo labrador.

(Cuelgan las flores y las espigas en el pedestal de la estatua. Acércase á ella un grupo de pescadores con unas sartas de conchas y corales.)

PESCADORES.

Atados con ovas, marinos despojos,
Corales y nácar, lucientes y rojos,
Le ofrece á su señora
El ágil pescador.

(Cuélganlos. Avanza un grupo de mercaderes, dos de los cuales traen un vaso grande de plata.)

MERCADERES.

En urna labrada por mano distante,
Perfumes de Oriente la plebe mercante
Le ofrece á su señora
En seña de su fe.

(Ponen el vaso al pié de la estatua. Preséntase un grupo de soldados con un trofeo.)

SOLDADOS.

Las armas que trajo la hueste de Quío,
Rendidas á Creta, lidiando con brío,

Le ofrece á su señora
Quien brazo suyo fué.

Colocan el trofeo al pié de la estatua. Sale de entre la multitud un grupo de ancianos pobres, de viudas con niños de pecho, un ciego, un cojo y varios muchachos y muchachas de corta edad.)

LOS HOMBRES DEL NUEVO GRUPO.

Nosotros por ella gozamos la vida...

LAS MADRES.

Por ella del alma la prenda querida
Regala nuestro seno
Con ósculo infantil.

TODO EL NUEVO GRUPO.

Las vidas, princesa, con gozo te damos;
Cercando tu efigie, la tierra besamos:
El cielo en tí derrame
Venturas mil y mil.

LOS CINCO GRUPOS.

Las vidas, princesa, con gozo te damos;
Cercando tu efigie, la tierra besamos:
Prodíguente los cielos
Venturas mil y mil.

ESCENA II.

ARISTEO, con una vara de aguijar. — DICHOS.

ARISTEO.

Pueblo fiel, que á tu princesa
Rindes hoy este homenaje,
No desoigas el lenguaje
Que me inspira mi razon.
Labrador, celoso arranco

De mis tierras la cizaña :
Cuanto al bien del hombre daña ,
Lo persigo con teson.

CORO.

Sano juicio le acompaña :
Prevengamos atencion.

ARISTEO.

Culto dais á la hermosura ,
Y es tenida por su Diosa
La que fué liviana esposa ,
Y es del cielo deshonor.
De esa Vénus libertina
Rechazad el aliciente ;
Su belleza de serpiente
No se mire sin horror.

CORO.

Es muy linda la serpiente
Para verla con horror.

ARISTEO.

Heliodora , como Vénus ,
Es portento de beldad.

CORO.

Eso es verdad.

ARISTEO.

Cual Diana cazadora ,
Casta y pura es Heliodora ,
Sin su ceño y su desden.

CORO.

Verdad tambien.

ARISTEO.

Heliodora, como Astrea,
Imparcial y recta en juicio,
De la ley el ejercicio
Templa y mide con piedad.

CORO.

Todo es verdad.

ARISTEO.

Mujer de prendas
En grado tal,
Mejor que Vénus
Merece altar.
Yo corro al templo
De esa deidad:
Quiero su estatua
Despedazar.
Ésta, señores, (Señalando la de Heliodora.)
Que vale más,
Ésta pongamos
En su lugar.

UNOS.

Sí, traslademosla.

OTROS.

No, no: parad.
Vénus es Diosa.

ARISTEO Y LOS PRIMEROS.

Diosa de mal.
Brinque del ara,
Tráguela el mar:
De él ha salido,
Vuélvase allá.

LOS SEGUNDOS.

Quietos.

LOS PRIMEROS.

Partamos.

LOS SEGUNDOS.

Ántes mirad...

ARISTEO Y LOS PRIMEROS.

Síquis al templo,
Vénus al mar.

ESCENA III.

TELEFRON. — DICHOS.

TELEFRON.

Cretenses, ¿qué escándalo armais á dos pasos del templo, casi á las puertas del Real palacio! Y tú, Aristeo, ¿crees que por ser el ricacho de Creta, porque siembras de trigo la mayor parte de su terreno, puedes sembrar impunemente aquí tus especiotas abominables! Vaya! «Síquis al templo, Vénus al mar.» La Princesa, cuyo nombre oficial no es el de *Síquis*, sino el de *Heliodora*, ya sabe cuándo se celebran los sacrificios; y la Diosa á quien sirvo no necesita que se le anuncie la hora del baño. A ver si te vas á cuidar tus yuntas.

CRETENSE PRIMERO.

Quién es ése?

CRETENSE SEGUNDO.

No lo estás viendo? Un jorobado.

TELEFRON.

Soy Telefron, el purificador del santuario de Vénus, el jerofílace... vulgo sacristan.

ARISTEO.

El barrendero : sirviente dignísimo de la Diosa. Dí á estos ciudadanos quién fué tu padre.

TELEFRON.

No lo sé.

CRETENSE PRIMERO.

Y tu madre?

TELEFRON.

No lo quiero decir.

ARISTEO.

Ved ahí la cosecha que produce ese culto. Y cuidado que la familia ésta, de procedencia incógnita, ha cundido más que las malvas y las ortigas. ¿Dónde están los sacrificadores, tus jefes?

TELEFRON.

Han salido á pesca de doradillas : hay vacaciones.

ARISTEO.

Vacaciones! A ellos y á tí se os conceden perpétuas. Hoy acaba el culto de Vénus y las tareas de sus ministros.

TELEFRON.

Qué impiedad! Qué horrible sacrivenerilegio! ¿No temes la cólera de Citeréa?

ARISTEO.

Más es de temer su favor. No queremos adorar á quien da mal ejemplo.

TELEFRON.

Os va á convertir en cuadrúpedos, en pájaros de jaula, en pamplina para ellos quizá. En acudiendo á Júpiter, os hace polvo.

ARISTEO.

Pamplina! Júpiter, siendo justo, se avergonzará de los devaneos de su hija, la bella espumada.

TELEFRON.

¿Y si se embravece su esposo Vulcano, y os pone á freir en los hornos de Lémnos?

ARISTEO.

A ella es á quien debe poner á enfriar en el sótano de un castillo.

TELEFRON.

¿Y si desnuda Marte el estoque en favor de su amada?

ARISTEO.

A Marte le plantó ya por Apolo; Apolo tuvo que ceder el lugar á Baco, y á Baco le ha sustituido un simple mortal: con ése ya nos averiguaremos nosotros.

TELEFRON.

Yo, en nombre de la divinidad á quien ofendeis, amenazo á los habitantes de Gnoso con todos los rigores de la desgracia: guerra, peste, hambre, amigos tontos y amigas astutas.

ARISTEO.

Yo te prometo, en cambio, una zurra en liso, por

tu amor á tu ama.—Ciudadanos de Gnoso, azotemos á Telefron, si rehusa él azotar la estatua de Vénus.

MUCHOS CRETENSES.

Sí: ¡duro en el barrendero! (Desátanse algunos los cintos.)

TELEFRON.

Guardas de la ciudad! Socorro! Favor! ¡Vengan lanzas contra correas! Favor!

ESCENA IV.

EL REY LICANDRO, GUARDIAS, ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

LICANDRO.

Qué pasa aquí?

TELEFRON.

Oh, mi buen Rey! Vénus te ha encaminado al foro tan oportunamente. Mi Rey, estos descreidos, Aristeo á la cabeza de todos, atropellaban mi carácter sagrado. Estos iconoclastas quieren ultrajar el simulacro de Vénus.

ARISTEO.

Sí, queremos poner en su lugar éste de tu hija Heliodora.

LICANDRO.

No, hijos mios, no penseis tal; respetad á Vénus y á todos los dioses de cielo y aire, tierra y abismos, con el respeto que les guarda vuestra religiosa princesa. Algun daño padece ya, nacido seguramente de vuestro amor desalumbrado: no querais hacerle mayor, no querais atraer infortunios á la próspera Creta.

ARISTEO.

¿Qué daño puede producir á una reina el encendido amor de su pueblo! Si fuera el ódio...

LICANDRO.

Hijos, viéndolo estais: pasan los años, la princesa es núbil tiempo há, y ningun príncipe de las islas próximas ni distantes me pide su mano. Por vuestro cariño hácia ella, rehusais á Vénus los obsequios debidos; Grecia toda lo sabe, y toda Grecia teme, como yo, que el enojo de la Diosa caiga sobre nosotros un dia, y una catástrofe general envuelva sin distincion al monarca y al pueblo. Nadie osa compartir la suerte que, sin imaginarlo, preparais á Heliodora.

ARISTEO.

Vénus, á solas con su espejo, no dejará de conocer que tenemos razon. Si tu hija es más hermosa, natural es que lo digamos: no es cosa que nos obligue á secreto. Si no la pretenden los vecinos príncipes, démonos tú, ella y nosotros el parabien: la casarás con un cretense, que la querrá más que ningun extranjero, porque nosotros conocemos harto mejor sus preclaras virtudes.

CRETENSES.

Bien dicho! Bien!

ARISTEO.

Tres leyes principales rigen la isla: qué el hombre no ha de tener más que una mujer; que los padres han de mantener á sus hijos; que, ricos y pobres, han de ejercitarse todos en el trabajo. El culto de Vénus habia desvirtuado tan rectos principios, y aquí no se veian

más que maridos de muchas, mujeres de todos, hijos que no encontraban padres, y, á consecuencia de la molicie y la holgazanería, los campos eriales y los talleres desiertos.

CRETENSES.

Tiene razon. Eso es lo que ha pasado.

ARISTEO.

Tu hija, casi desde la niñez, manejó el huso y la podadera, los avíos del pescador y áun el tosco arado; y toda Creta quiso hacer lo que hacia una criatura tan agraciada y tierna. Tu hija, casi desde la niñez, recogió á los expósitos por las calles, y se quitó el pan de la boca para ellos: avergonzó así á los padres desentrañados, y se restableció la familia. Premió y honró las inclinaciones honestas, y se hizo moda en la juventud el quererse para casarse. Mujeres como Heliodora necesitamos, no como Vénus: natural es que se recomiende el ejemplo de la Princesa; y por esta razon queremos reunirnos al rededor de una estatua suya, y decirnos unos á otros: «Ésta es la regeneradora de Creta, la madre del pobre, la bienhechora de todos: ésta nos ha hecho amar la virtud y el trabajo: ¡viva Heliodora! Viva inmortal!»

CRETENSES.

Viva!

LICANDRO.

Eso puede realizarse en términos que no ofendan al culto. Para ventilar cuestion de tal magnitud hay que reunir el Consejo popular de la isla.

CRETENSES.

Sí, sí : ¡ el Consejo ! el Consejo !

CORO.

Viva Heliodora !
Viva inmortal !
Ella en el templo,
Vénus al mar !

(Vánse todos, ménos Telefron.)

ESCENA V.

TELEFRON.

El Consejo ! No hay en el Consejo quien no deba algun favor á Heliodora, de modo que viejos y mozos deliran por ella : pierde el pleito mi ama, y yo (que es lo más doloroso) mi apetitosísima jerofilácica posicion. Adios, dulces tortas, ricas frutas y gordos pichones de las ofrendas.—¿Cómo avisaria yo á Vénus de lo que pasa? Porque el tal Aristeo ha dicho la pura verdad : estos dioses, que se cuentan por centenas de miles, cuidan poco del mundo : uno por otro, la casa sin barrer. Los de cielo y tierra no se dejan ver de los corcovados; á los infernales no los quiero ver yo; los del mar parecen algo más abordables : alguna vez he columbrado por allí nereidas y tritones, á no que fuesen merluzas y atunes. Renuncio, pues, á la diosería de carne, y me dirijo á la de pescado.

(Tiende los brazos hácia el mar, en actitud de invocacion religiosa.)

Frescas deidades y resaladas
Del mar azul,

Hálleos benignas mi humilde y justa
Solicitud.
Yo en dar á Vénus cierta noticia
Tengo interes;
Vénus habita la isla de Chipre:
Bien lo sabeis.
Caro es el flete, y oro en mi bolsa
Nunca se vió,
Ni hay alma pia que me trasiegue
De mogollon.
Tiene mi viaje causa gravísima,
Trascendental:
Mucho á los dioses áridos y húmedos
Ha de importar.
Dadme una concha, de la que rápido
Tire un delfin;
Si áun la de Vénus cursa este piélago,
Puede servir.
Si hay ninfa ó ninfo que me acompañe,
No le irá mal;
Vénus á todos paga en moneda
Muy de tomar.

(Aparece en el mar un carro, hecho de una gran concha, con ruedas de aspas, tirado por delfines y acompañado de tritones y sirenas.)

Ya me escucharon : llega el vehículo.
Bien, ¡voto al sol! —
Gracias, amigos.— Tiemble esa herética
Turba feroz.
Buena os aguarda! ¡Chico es el soplo
Que voy á dar!
Ha de amargaros la cesantía
Del sacristan.
Vamos á Chipre. Carro magnífico,
Rueda veloz.

Aire, vosotros; aire en el cóncavo
Del caracol. (Pónese en el carro.)
Dame, Vénus, allá en tu cocina,
Plaza y pré de primer galopin;
Buscaré la mejor galopina...
Me querrá... Tararán, tararín!
Delfinitos, bogad con cuidado;
Que me pierde cualquier patapun:
Soy de plomo; jamas he nadado...
Si volcais... Tiburon, tiborun!

(Llévanle en el carro.)

Gabinete de Vénus en Chipre.

ESCENA VI.

CUPIDO.—Ninfas de Vénus.

CORO DE NINFAS.

Niño amoroso,
Tierno Cupido,
¡Qué alicaido,
Qué ceñudo, qué triste que estás!
Viendo tu pena,
Todas penamos,
Todas te amamos,
Y entre todas te quiero yo más.

CUPIDO.

Retiraos. Dejadme.

NINFA PRIMERA.

Pero dinos ántes por qué andas así.

CUPIDO.

Por esas noticias que nos trajo Mercurio.

NINFA SEGUNDA.

Lo de Minerva? Pues nosotras lo sabíamos ya.

NINFA PRIMERA.

La habíamos visto pasearse en Citéres con un moceton como un alcornoque.

CUPIDO.

¡La sabihonda, la concienzuda y esquiva Minerva, que resulta casada clandestinamente con un cíclope, chispero de mi padre! ¡La única hermosura notable del cielo, que se conservaba soltera! De las tres bellezas divinas, que pretendieron la famosa manzana de oro, Juno es mi abuela y Vénus mi madre: Minerva hubiera podido ser... Ya le diré yo cuántas son cinco á la Diosa de la lechuza. Tan lechuza es ella como su pájaro favorito.

NINFA PRIMERA.

Pero, ¿qué tenias tú que ver con Minerva?

NINFA SEGUNDA.

Qué nos quieres decir con eso?

CUPIDO.

Que estoy fastidiado, aburrido, furioso... que estoy harto ya de abastecer de amor á todo viviente, y quiero sentir en mi propio individuo la dulce herida que producen mis flechas. Quiero amar yo, quiero ser amado.

NINFA PRIMERA.

No te amamos nosotras?

NINFA SEGUNDA.

Miren el ingrato!

CUPIDO.

Y ¿qué! No quereis á otros un poco más que á mí? ¡Vaya con las tontuelas, que piensan engañar á quien les ha proporcionado acomodo! Mi corazon necesita darse bien dado, y no hay á quién. Las diosas, toditas reconocen dueño de presente ó futuro; las mujeres valen poco, y, para nosotros los inmortales, no duran nada. Es necesario que mi abuelo Júpiter cree una diosecita preciosa, destinada especial y exclusivamente para mi tálamo.

ESCENA VII.

VÉNUS. — DICHOS.

VÉNUS.

Niño, niño! ¿qué expresiones son ésas! ¿Tú piensas ya en esposa!

CUPIDO.

Madre, tú de ménos edad ya tenias marido.

(Las ninfas se van.)

VÉNUS.

Para qué quieres tú casarte?

CUPIDO.

Para poblar el universo de Cupidillos. Uno solo tiene demasiado qué hacer.

VÉNUS.

Esa falta se puede remediar sin tu auxilio.

CUPIDO.

Yo soy buen hijo, y debo descansar á mi madre.

VÉNUS.

Jubilándola! Degradándola! En fin, haciéndome abuela! Abuela yo, que soy la Diosa de la hermosura!

CUPIDO.

Y yo, que soy el Dios del amor, ¿he de pasarme con el simple título toda la vida? Sería absurdo, sería ilógico, ridículo y hasta inmoral.

VÉNUS.

Lo absurdo y lo ridículo es que apetezca amoríos quien ha de ser desgraciadísimo en ellos. El único amor verdadero que existe por sí, que es el de madre, que es el que yo te tengo, y tú no mereces por travieso y por malo, me obligó á consultar al Dios del Destino en tu cumpleaños primero: y á fe que estabas tan hermoso aquel dia, que me ahogaba el júbilo al estrecharte contra mi seno. Da un beso á tu madre, bribon.

CUPIDO.

Uno? Gran cosa! — Acerca el plato; yo me serviré.

(Besa á Vénus una porcion de veces.)

VÉNUS.

Basta, basta; que me vas á engañar. ¿Qué respondió el Destino? Te lo he repetido una porcion de veces. « Todos los dioses (dijo) viven sujetos á padecer alguna vez en el ánimo y en el cuerpo; el Dios del Amor pasará sus dias entre risas y juegos, miéntras no se rinda

al amor. Si ama, padecerá más que todos los dioses; padecerá en el espíritu el tormento horrible del desengaño; padecerá en el cuerpo un dolor agudísimo inexplicable, de que sólo tienen idea los hombres, un dolor de muerte que dure y no mate.» — Ahora bien, constándote esto, ¿cómo puedes pensar en amores!

CUPIDO.

Como que soy el Amor en persona, que se burla de los oráculos y desafía al Destino.

VÉNUS.

Trata de no insistir en esa manía, porque de lo contrario, te cortaré las alas y te encerraré con la Diosa de la Locura, que ya te ofreció sacarte los ojos. El Amor, ántes ciego que desengañado.

CUPIDO.

Desengañado... Sí... de tu cariño ya lo estoy bien.

VÉNUS.

Mi cariño no quiere ser ciego, sino previsor. Vamos, hijo mio, convéncete de mis razones, evita las infelicidades con que te amenaza la suerte, y libra á tu madre del susto perpétuo con que la tendria su nuera. Muchas pesadumbres me has dado; ese arco me ha herido qué sé yo cuántas veces, haciéndome derramar abundantes lágrimas...

CUPIDO.

De placer, madre.

VÉNUS.

Y de pesar, de arrepentimiento y vergüenza. Todo

te lo he perdonado; venirme con nietos no te lo perdonaria.

CUPIDO.

Y si fuesen nietas?

VÉNUS.

Ménos : alguna de ellas podria destronarme. Yo soy buena, Cupido; pero no me disputen el reinazgo de la hermosura, porque entónces me vuelvo tigre. Saturno se comia á sus hijos, temeroso de que le arrebatasen el cetro : no quieras que tu madre se asemeje á Saturno.

CUPIDO.

Almuérzame ahora mismo si quieres: para comer, todavía es temprano.

VÉNUS.

Habráse visto! Pues ¿no me hace reir aún el pícaro! Fuera de chanzas, yo necesito resplandecer sola en mi esfera; sola, Cupido, sola.

CUPIDO.

Mucho! Y por eso, yo he de eclipsarme solo tambien! En casa del herrero, cuchillo de palo. Por la fragua de mi padre me comprende el refran.

ESCENA VIII.

TELEFRON. — VÉNUS, CUPIDO.

TELEFRON. (A Vénus.)

A tus plantas, que venero
Por amor y por oficio,
Telefron, tu barrendero,

Corcovado en el servicio,
Desde Creta viene á darte
Fidedigno triste parte
De un suceso tremebundo,
Y hasta aquí sin ejemplar.

VÉNUS.

Barrendero sin segundo,
Cuenta el lance singular.

CUPIDO.

Lo que pasa en vuestro mundo
Más da risa que pesar.

TELEFRON.

Sabe, pues, que mis paisanos (A Vénus.)
Apostatan de tu culto;
Se proponen los villanos
Profanar tu sacro bulto;
Contra tí bufando todos,
No te nombran sin apodos;
Creta es hoy volcan rugiente
De fanática impiedad.

VÉNUS.

Qué locura! Pobre gente!

CUPIDO.

Qué grosera necedad!

VÉNUS.

Les irá perfectamente
Venerando la fealdad.

TELEFRON.

Ay, señora! Lo funesto
Del sacrílego atentado

Es que ponen en tu puesto
Nueva Diosa de contado,
Cara y talle muy decente,
Mejorando lo presente :
Divinizan á Heliodora,
Que hija es única del Rey.

VÉNUS.

¡Darme á mí competidora
De la ruin humana grey!
La vergüenza me devora.
Salto ya por toda ley.

CUPIDO. (Aparte.)

De mi madre sucesora,
Si lo alcanza en buena ley,
Ha de ser encantadora
La heredera de ese rey.

VÉNUS.

Mal quisieron
A esa niña
Los que en riña
Nos pusieron;
Pues airada
No hallo nada
Que mitigue mi rencor.
Pronto muera!...
—No. ¿Qué digo!
Tal castigo
No lo fuera.
Más la postro,
Si á su rostro
Se le roba su esplendor.

Calentura devorante
La despoje del cabello;
Marcará con hondo sello
La viruela su semblante;
Y en estando tal que asuste,
Cual fantástica vision,
Déle incienso cuanto guste
La cretense devocion.

CUPIDO.

Por mi parte
La dejara
Con su cara,
Garbo y arte;
Pero hiciera
Que gimiera
Sometida á vil pasion.
De un disparo
La encapricho
De un mal bicho,
Tonto y raro;
Y un amante
Semejante
Fin dará de su opinion.
La hermorura de una dama
Brilla ó no segun la emplea;
Si es indigno el hombre que ama,
Vale ménos que una fea:
No tendrá Heliodora templo,
Si clavándole mi arpon,
La enamoro, por ejemplo,
Del insigne Telefron.

TELEFRON.

Yo no me pico,
Pues

Gran pensamiento
Es.

VÉNUS.

Tráeme esa niña (A Cupido.)
Hoy :
Quiero yo verla.

CUPIDO.

Voy.

VÉNUS.

Si es como dicen...

CUPIDO.

Cá!

VÉNUS.

A un calabozo
Va.

CUPIDO. (Aparte.)

Si es tan bonita,
Yo
No te la entrego,
No.

(A un tiempo los tres.)

VÉNUS.

¡Pobre de ella, si conmigo
Puede en algo competir!
De las gracias que atesore
Se tendrá que arrepentir!

CUPIDO. (Aparte.)

Siento el pecho conmovido,
Como nunca le sentí.

Ya no flecho yo á la niña
Por amante baladí.

TELEFRON. (Aparte.)

Que Heliodora me quisiera
Fuera un golpe bien feliz.
Mas cuidado, no la encajen
Mi morral y mi nariz.

(Vanse.)

Selva : un peñasco en medio, y al rededor un lago.

ESCENA IX.

HELIODORA, que trae una rosa en el pecho; DÓRIDA.

DÓRIDA.

Detente, Heliodora : no puedo ya seguirte.

HELIODORA.

Hemos llegado al sitio.

DÓRIDA.

Para qué me traes á esta selva, señora? ¿Qué lago es ése, por el cual preguntabas?

HELIODORA.

Aya mia, mi buena Dórida, vé aquí la selva de Saturno, Dios del tiempo, que lo devora todo. Se dice que de aquel peñasco sale á veces el Dios : las aguas de ese lago, que han bañado sus plantas, han adquirido una facultad prodigiosa.

DÓRIDA.

Señora, tiemblo al figurarme el objeto de tu venida.

HELIODORA.

Sí, Dórida, sí. Congregado el Consejo, ha proscrito al instante la adoracion de Vénus. De esta temeridad á la otra no hay más que un paso, y necesito impedir que se dé. Esas aguas, consumidoras como el Dios que las ha tocado, convierten la juventud en vejez: yo voy á entrarme en ellas; voy á envejecer de repente mi cuerpo, y con eso desaparecerán los hechizos infaustos, que sacan á los cretenses de tino. Más vale ser vieja que blanco de la ira celeste, que orígen de los extravíos y las desventuras de un pueblo.

DÓRIDA.

Señora, suspende por breves instantes la ejecucion de ese cruel designio. Vuelvo á la ciudad, y allí participaré á todos lo que tratas de hacer: tu pueblo, indefectiblemente, por no privarse de tu juvenil presencia, renunciará á prestarte honores indebidos. Aguarda, señora; aguarda á que vuelva.

HELIODORA.

Bien, ve: yo te aguardo.

(Vase Dórida.)

ESCENA X.

HELIODORA.

Prometerán complacerme, y quebrantarán su promesa: para mi mal, para mi suplicio sin duda, se me prodigó este don aciago, que engendra en mis súbdi-

tos un entusiasmo lisonjero y sacrílego, defraudándome del afecto lícito de un esposo. Dulces ilusiones de mi vida en su oriente, cesad ya de halagarme: mi padre es viejo y es feliz: aceptemos la felicidad que goza el ocaso de la humana existencia.—¡Llegar á la vejez, sin amar!...

ESCENA XI.

CUPIDO, con el aspecto y traje de una pastora anciana.— HELIODORA, sin verle.

CUPIDO. (Aparte.)

Amarás, Heliodora; amarás y pronto. Desde las altas nubes te he visto y oido: para que ames viene á tí el Amor disfrazado.

HELIODORA.

Padre mio! Tú amas aún: sí, á tu hija y tu pueblo: conságrese únicamente mi corazon á mi padre y mi patria.

CUPIDO. (Aparte.)

Mio ha de ser ese corazon, digno de alentar en las regiones olímpicas. En esta rosa de mi pecho se oculta la flecha para el tuyo.

HELIODORA.

Oh! Si pudiera prescindir yo de las obligaciones de hija y princesa... Oh, Vénus! Entónces...—Calla, vanidad femenil, calla... y consúmese el sacrificio ántes que vuelva Dórida. Póstrese resignada la víctima.

(Se arrodilla.)

CUPIDO. (Aparte.)

¡ Víctima tú? Víctimas y templos mereces : el alcázar que destiné á Minerva, te lo dedico á tí.

HELIODORA.

Recibid, moradores del cielo,
De mi fe reverente la ofrenda:
Vuestras aras de injuria defienda
Voluntaria mi pronta vejez.
La brillante corona de luto
Que me ciñe mi trenza galana,
Cabellera se torne de anciana,
Y quebranten arrugas mi tez.

CUPIDO. (Aparte.)

Ni en la tierra jamas ni en el cielo
Vi hermosura que así me suspenda :
Fuera crímen dejar que la ofenda
Prematura la triste vejez.
Ya Cupido le rinde tributo;
Pierde Vénus aquí la manzana:
Hijo suyo, proclamo que gana
Heliodora de bella la prez.

HELIODORA.

Quiero ver en el agua temida
Mi beldad en su instante postrero :
Despedirme con lágrimas quiero
Del retrato que muestre de mí.

CUPIDO. (Aparte.)

Quiero abrir en su pecho la herida,
Manantial del cariño primero:
Que reserve solícita quiero
Su belleza divina por mí.

HELIODORA.

Acércome allí.

CUPIDO.

(Aparte. Acércome así.)
No llegues al lago,
Doncella garrida;
Te abrevia la vida,
Si baña tus piés.

HELIODORA.

Mi edad á la tuya
Conviene que baje,
Y en este paraje
Por eso me ves.

CUPIDO.

¿Hay penas acaso
Que al mundo te roben?

HELIODORA.

Peligro por jóven,
No siéndolo, no.

CUPIDO.

Desprecie peligros
Belleza tan rara.

HELIODORA.

Teniendo tu cara,
Conténtome yo.

CUPIDO.

Mis canas observa.

HELIODORA.

Son plata luciente.

CUPIDO.

Repara en mi frente.

HELIODORA.

No pierdo en trocar.

CUPIDO.

La luz en mis ojos...

HELIODORA.

Suavísima brilla.

CUPIDO.

En esta mejilla...

HELIODORA.

Deleita besar.

CUPIDO.

Con dulce lisonja
Me adula tu labio.

HELIODORA.

Me infieres agravio,
Te agravias á tí.

CUPIDO.

Los brazos me tiende,
Si hablaste sincera.

HELIODORA.

Pastora hechicera,
Yo nunca mentí.

(Se abrazan, y apártanse luégo vivamente, sintiéndose ambos heridos.)

LOS DOS.

Ay, cielos! ¿Qué dardo
Me clavas aquí!

CUPIDO.

Me has herido, niña hermosa ..

HELIODORA.

Me has herido, anciana hermosa...

CUPIDO.

No, que fuí yo...

HELIODORA.

No, no, yo fuí...

LOS DOS.

Son espinas de la rosa
Que en el pecho me prendí.

(Señala cada uno la suya.)

HELIODORA.

Es tu herida dolorosa?

CUPIDO.

Ya me halaga deliciosa :
Quiero sólo, niña hermosa,
Que te duela como á mí.

HELIODORA.

Otro abrazo con la rosa.

LOS DOS.

Otro con ella, sí.

(Ambos á un tiempo.)

HELIODORA.

Desde hoy á mis zagales
Confía tu manada :
Mi espléndida morada
Será tu habitacion.

La dulce madre mia
Ya en los Elíseos vive:
Por madre te recibe
Mi amante corazon.

CUPIDO. (Aparte.)

En alas de inmortales
De aquí saldrá mi amada:
Incógnita morada
Será su habitacion.
Cupido, madre mia,
Ya en Heliodora vive:
Sus bodas apercibe
Mi amante corazon.

CORO. (Dentro.)

Vedla, cretenses, vedla!

CUPIDO.

Quién viene allí?

HELIODORA.

Vienen por mí.

CUPIDO.

Me importa retirarme.

HELIODORA.

Búscame luégo, ¿sí?

CUPIDO.

Oh! Sí.
No he de apartarme
Nunca de tí. (Vase.)

ESCENA XII.

DÓRIDA.—HELIODORA.

DÓRIDA.

Amenaza inútil, señora. El Consejo paró en tumulto: el pueblo, sin atender á la voz de tu padre ni á los consejeros ancianos, azotó la estatua de Vénus, la hizo luégo trizas; dispúsose un triunfo, y vienen á buscarte. Pocos me han oido; caso, no me ha hecho ninguno: dicen que jóven ó vieja, para el que no ha de ser tu esposo, vales lo mismo. Desiste, pues, de tu propósito, hija mia.

HELIODORA.

He desistido ya. He visto aquí una pastora, que es anciana y es bella; y aunque su agradable vista me confirmaba al principio en mi intento, lo he abandonado luégo, no sé por qué. Mas no por eso he de admitir lo que no me toca.

ESCENA XIII.

ARISTEO; CORO; DONCELLAS y NIÑOS con palmas, flores y pebeteros; MANCEBOS, que traen unas andas en que llevar á la Princesa. — DICHAS.

ARISTEO.

En los altares
De la Diosa nacida en los mares,
Con rito sacro,
En lugar del que fué simulacro,

Y es polvo ya,
Colocada Heliodora será.

CORO.

¡Viva la amable jóven
Del alma pura!
¡Viva la soberana
De la hermosura!

HELIODORA.

Oh pueblo mio!
Tu lenguaje, tu empeño es impío:
Ciego en tu engaño,
Con tu daño preparas mi daño.
Ved dónde estais:
De Saturno la selva pisais.

CORO.

Diga el viejo Saturno
Si á tu figura
No se debe la palma
De la hermosura.

ARISTEO.

Esa litera
Con la silla de triunfo te espera:
Premio, no dudes,
Que merecen tus altas virtudes.

HELIODORA.

No, no. Partid.

CORO.

No sin tí.

UNA VOZ. (Dentro.)

Deteneos; oid.

ESCENA XIV.

En la roca del centro se abre un hueco, y en él aparece SATURNO.— Dichos.

CORO.

Saturno es quien nos habla.
Cielos! Qué asombro!

ARISTEO.

Yo le escucho tranquilo,
Mi aijada al hombro.

SATURNO.

Súbditos de Heliodora,
Dadle un adios eterno;
Tú bajarás ahora (A Aristeo.)
Vivo al profundo averno;
Y oscuro y borrascoso,
Princesa, tu destino,
Te anuncia por esposo
Un monstruo peregrino,
Monstruo que cielo y tierra
Turba con su poder,
Y hace al Olimpo guerra,
Y lágrimas verter.

HELIODORA.

Ay de mí! Desdichada mujer!

CORO.

Qué rigor! Desdichada mujer!

(Ciérrase el hueco.)

ESCENA XV.

HELIODORA, ARISTEO, DÓRIDA, CORO, ETC.

HELIODORA.

Ser dueño mio un monstruo fiero!
Sólo al pensarlo tiemblo de horror.
Mi sufrimiento no puede tanto:
Dioses, la muerte por compasion.

ARISTEO.

Ser dueño suyo un monstruo fiero!
No se me deje ver tal horror.
Antes me arrojen al hondo abismo
Donde entre fuego reina Pluton.

CORO.

Ser dueño suyo un monstruo fiero!
Venga á nosotros devastador.
Nuestra es la culpa, no de Heliodora.
Cambia, Saturno, tu prediccion.

ESCENA XVI.

CUPIDO, áun de pastora; CÉFIROS, sobre un grupo de nubes que baja hasta el suelo; FURIAS INFERNALES, que salen de la tierra entreabierta. — DICHOS.

CUPIDO. (Aparte.)

Céfiro blando, ven á Heliodora,
Ponla en mi alcázar deslumbrador.
Yo soy el monstruo: ser dueño mio
No es suerte digna de compasion.

CORO.

Gime la tierra... nubes de sangre
Lanzan el rayo devorador.
Ya triunfa Vénus... Creta perece...
Para nosotros no hay salvacion.

(Las Furias se apoderan de Aristeo, y se hunden con él : los Céfiros llevan á Heliodora á la nube, y se elevan con ella, desmayada ó adormecida : el Coro se dispersa en todas direcciones.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Los infiernos mitológicos. Punto medio entre el Elíseo y el Tártaro: se ve parte del uno y del otro por unos rompimientos, y entre vapores que se aclaran y se condensan alternativamente.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE MINISTROS DE PLUTON, Y DE SOMBRAS FELICES É INFELICES, en sus lugares respectivos.

MINISTROS DE PENA.

Almas de réprobos,
Padeced sin cesar y sufrid.

MINISTROS DE PREMIO.

Gocen sin límite
Para siempre los justos aquí.

RÉPROBOS.

¡Ay del que mísero
Cada instante quisiera morir!

JUSTOS.

¡Dad, gratos númenes,
Dad consuelos á tanto infeliz!

MINISTROS DE PREMIO.

Sombras benévolas,
Por inícuos en vano pedís.

MINISTROS DE PENA.

Nunca los crímenes
Merecieron mejor porvenir.

JUSTOS.

Con el vicio luchamos en vida,
Y en la muerte vencimos al fin:
Por las horas de triste amargura,
Bien eterno gozamos aquí.

RÉPROBOS.

En gozar disipamos la vida;
Goce amargo, de crímen al fin:
Breve fué la risueña locura;
Para siempre lloramos aquí.

(Á un tiempo.)

MINISTROS DE PREMIO.

Los que en lucha pasaron la vida,
Y en la muerte vencieron al fin,
Por las horas de triste amargura
Bien eterno disfruten aquí.

MINISTROS DE PENA.

Los que al justo le hicieron en vida
Que anhelára su próximo fin,
Abismados en triste amargura,
Para siempre sollocen aquí.

(Vapores más espesos cubren los huecos por donde se veia á las sombras.)

ESCENA II.

TELEFRON; UN MUERTO, en figura de momia egipcia.

TELEFRON.

Aquí? Cierto, aquí debe ser, que es el punto divisorio entre el Elíseo y el Tártaro: me hallo precisamente en el justo medio. ¡Tanto andar tras el justo medio en la tierra, y está en los infiernos tan á la mano! Difunto momio, avisa á Pluton, que Vénus en persona tiene que hablarle. (El Muerto contesta por señas.) Ah! ¿está ocupado? Bañándose tal vez... por el calor... ó por el hollin. — Bien, pues en despachando por allá, que se despache á venir aquí.

(Vase el Muerto.)

ESCENA III.

ARISTEO, con una vara de oro en la mano.—TELEFRON.

TELEFRON.

Aristeo! Hombre! tú en este sitio! ¡Cuánto me alegro! Qué mal te ha defuncionado tan de repente?

ARISTEO.

Vivo aún, Telefron amigo; vivo como tú.

TELEFRON.

Vaya, pues... otra vez será, como dicen los que se llevan chasco, y se conforman de mala gana.

ARISTEO.

Me trajeron á los abismos en pena de mis palabras contra Vénus, y me presentaron al tribunal de Mínos.

TELEFRON.

Y ¿á qué te echan? ¿Á cadena perpetua con la más horripilante de las arpías?

ARISTEO.

Libre y sin costas, barrendero famoso.

TELEFRON.

Te doy la enhorabuena, y me tomo el pésame.

ARISTEO.

Hay más aún: se me ha confiado la vara de Astrea, Diosa de la justicia, que me confiere un poder sobrenatural de grande extension.....

TELEFRON.

Para qué?

ARISTEO.

Para defender á Heliodora, si lo necesita.

TELEFRON.

Cosas oye uno, que no sabe cómo entenderlas! Aquí nos hallamos en el reino de la Muerte, donde las pasiones no tienen cabida; en el mundo de la verdad, donde no se permite engaño; en la mansion de la justicia, donde á cada uno se guarda su fuero. Á tí, que empuñas la inflexible vara de Astrea, recurro en pleito contra tí mismo. ¿Fué justo que me ofrecieses aquella azotaina cuando yo defendia los intereses de Vénus?

ARISTEO.

Atendidas las circunstancias, no hubo cosa más en razon.

TELEFRON.

Voto á Baco! Por qué?

ARISTEO.

Porque tú no defendias á la Diosa por amor á ella, sino por amor á las ganancias ilícitas que te proporcionaba tu empleo, de lo cual tengo puntuales noticias por varios labradores á quienes has estafado. Fué aquella amenaza tan merecida, que no me cabe duda en que se ha de presentar ocasion de realizarla cumplidamente.

TELEFRON.

Espero que no. Vivo ya más cerca de mi soberana patrona. He pasado á Chipre, y vengo desde allí ahora con ella.

ARISTEO.

Solo?

TELEFRON.

Solito.

ARISTEO.

Lo extraño. Son muchos los que trae Vénus á los infiernos.

ESCENA IV.

VÉNUS.—DICHOS.

VÉNUS. (A Telefron.)

Déjame sola con este hombre.

TELEFRON.

Es Aristeo, es ....

VÉNUS.

Si, mi enemigo. A él vengo á buscar.

TELEFRON. (Aparte.)

Busca al que la trata peor. Veo que diosas y mujeres todas son unas. (Vase.)

ESCENA V.

VÉNUS, ARISTEO.

VÉNUS.

Aristeo, tú eres contrario mio; pero dices verdad: encuéntrela yo en tí, ya que en otra parte no puedo hallarla. Dónde pára Heliodora?

ARISTEO.

No lo sé: á saberlo, me verias á su lado para defenderla de tí.

VÉNUS.

Dime siquiera cómo desapareció de entre vosotros.

ARISTEO.

Pronunciada la prediccion de Saturno, los Céfiros arrebataron á la Princesa, ocultándola en una nube.

VÉNUS.

¡Los Céfiros! Eso me lo habian ocultado; ya estoy en camino. Gracias, Aristeo, gracias... y franqueza por franqueza. Yo no sé dónde se halla tu Heliodora en este momento; pero mañana, de seguro, la tendré en mi poder. Si has de protegerla, parte á Chipre al momento.

ARISTEO.

Puedo partir y llegar al instante, merced á esta vara: es la de Astrea.

VÉNUS.

¡Ese castigo te han impuesto por tus desacatos á mi persona? No dirán que Vénus ha ganado á tus jueces. Bueno! Si ántes hubiera sido poco generoso en mí perseguir á Heliodora, ya es diferente; ya, contigo y con otro, tiene más defensores que necesita: puede entablarse una lucha igual. Me habeis escarnecido por ella; sólo en ella puedo vengarme de vosotros. La venganza es el placer..... de los dioses no, de las diosas: la de la hermosura debe amar el placer.

ARISTEO.

Placeres bellos ha de amar la hermosura, y únicamente es hermoso lo bueno. ¿Quieres que esta mano queme incienso en tus aras? Abandona las voluptuosas florestas de Chipre; recógete á las oscuras oficinas de tu esposo Vulcano; allí, junto á él, es tu puesto: limpiar el sudor de su rostro es más digno de tu preciosa mano, que agitar, léjos de él, bajo techos de arrayanes y rosas, ligero ventalle de perfumadas plumas.—Vénus, tú inclinas á tierra tus ojos divinos; la vergüenza tiñe tus mejillas y matiza tu frente: desde tu desposorio con el Dios del fuego no has sido nunca más hermosa que en este instante. Yo adoro ese rubor en tí: déjame adorar en otra el carmin puro de la inocencia. (Vase.)

ESCENA VI.

VÉNUS.

Estos hombres, con ser de una naturaleza tan sumamente inferior á la nuestra, dicen cosas á veces... que fuera mejor omitir. Pero en fin, me ha declarado hermosa con la vara de la Justicia en la mano.

ESCENA VII.

PLUTON.—VÉNUS.

VÉNUS.

Pluton amigo!...

PLUTON.

¿Qué te trae por estas regiones, donde impera la Muerte?

VÉNUS.

La Muerte misma: necesito una prenda suya. Allá arriba, en la isla de Creta, hay una mujer, á quien sustituyen en mis altares; quise verla, y mandé á mi hijo que me la llevara...

PLUTON.

Mal hecho: Cupido nó debe ser ya muy de fiar.

VÉNUS.

Me ha dicho que al intentar apoderarse de ella, le fué arrebatada por un poder superior al suyo.

PLUTON.

Cuando yo conocí á Cupido, mentia bastante; desde entónces bien habrá adelantado.

VÉNUS.

Acabo de saber que es Céfiro el que ha desaparecido con la doncella. Céfiro y toda su volátil familia son meros satélites de Cupido.

PLUTON.

De lo cual debemos inferir que tu hijo tiene en su poder á la niña, y que te hallas tú muy amenazada de nuera.

VÉNUS.

A fin de excusármela vengo aquí por la lámpara de la Muerte, para cuya luz nada hay escondido, y cuya quemadura lo destruye todo. Dame esa lámpara para descubrir á mi rival.

PLUTON.

Voy á traértela. (Vase.)

VÉNUS.

Telefron! Telefron!

ESCENA VIII.

TELEFRON. —VÉNUS.

TELEFRON.

Nos retiramos ya, señora? No sé qué gusto hallas debajo de tierra, pudiendo pasearte en Páfos ó Gnido por céspedes cubiertos de violetas entre laberintos de azahar.

VÉNUS.

He venido á buscar aquí lo que sólo en este sitio se halla.

TELEFRON.

Y ¿qué es?

VÉNUS.

La lámpara de la Muerte.

TELEFRON.

A quién vas á alumbrar con ella?

VÉNUS.

A tí te la voy á entregar.

TELEFRON.

Gracias. Tengo mal pulso : verteria el aceite.

VÉNUS.

Pues ve con tiento; que donde cae una gota del líquido fatal que alimenta la llama, si es cuerpo humano, le causa la muerte; si es cuerpo inmortal, abre en él una llaga horrible; si es campo, lo tala; si es edificio, lo convierte en escombros.

TELEFRON.

¡ Para despabilarla con las uñas, y limpiarse en el pelo!

VÉNUS.

Con esa lámpara vas á correr el mundo : en todas partes entrarás sin peligro; todo lo verás; y no te verá nadie, si tú no quisieres. Cuando hayas hallado el asilo de tu princesa, y descubierto quién es el monstruo que se le destina para consorte, llévame la noticia.

TELEFRON.

¿Y si el futuro monstruo, que es monstruo tambien de presente, me descubre á mí, y la toma conmigo?

VÉNUS.

Con una gota de la lámpara que le arrojes encima, le verás rendido á tus piés.

TELEFRON.

Rendir un monstruo de un candilazo! Y ¡no riño yo sin salir con las manos en la cabeza! Esta es la ocasion de lucirme. Apolo mató la serpiente Piton á flechazos, es decir á cierta distancia del bicho : yo me acercaré más á él; como ensalada me le aderezaré, por pitones que tenga. Y Heliodora no dejaria de agradecérmelo. Entre un monstruo y yo, natural sería que me diese la preferencia. Cásese provisionalmente con él, si es preciso, para cumplir con el oráculo; por mi cuenta corre dejarla viuda.

VÉNUS.

Y en fin, si Heliodora quedase aficionada á monstruos, nada más fácil que hacer uno de tí. Mejorándote un poco...

TELEFRON.

Pluton vuelve ya.

ESCENA IX.

PLUTON; LA MUERTE, con su lámpara; ESPECTROS, armados de guadañas y teas. — DICHOS.

LA MUERTE Y EL CORO DE ESPECTROS.

Con esta lámpara,
Lenta en arder,
Su triste víctima
La Muerte ve.
No hay muro sólido,
No hay puerta fiel,
Que á esa luz tétrica
Puerta no dé.

LA MUERTE. (A Vénus.)

La lámpara y los satélites de la Muerte se hallan á tu disposicion.

VÉNUS. (A la Muerte.)

Entrega la lámpara á este hombre.

TELEFRON.

Dispénsame, señora. De mano de la Muerte no quiero yo nada.

LA MUERTE.

Ahora no peligras, aunque te me acerques; más adelante, ya te haré mi visita.

TELEFRON.

No te incomodes: ando fuera de casa mucho... y si estoy, no recibo.

PLUTON. (Tomando la lámpara y dándosela á Telefron.)

Recibe de mi mano la lámpara. Con ésta nada habrá oculto para tí.

TELEFRON.

¿Nada! ¡Soberbia ocasion para averiguar si aquella vecinita de enfrente... si aquel vejezuelo moralizador... si aquel pollo tan arómatico!... Venga pues esa lámpara mortecina.

PLUTON.

Ten. (Da la lámpara: miéntras Telefron sigue hablando, Pluton y Vénus conversando aparte, se retiran poco á poco.)

TELEFRON.

Lámpara descomunal,
Cuyo reflejo civil
Salon y chiribitil
Baña triste por igual,
Yo, que en malicias abundo,
Porque harto motivo encuentro,
Voy á ver lo que hay por dentro
En cada rincon del mundo,
Y si hembra tanta y varon,
Que triunfan y resplandecen,
Son lo mismo que parecen,
O parecen y no son.
¡Qué de tapujos
Va á descubrir
El mecherito
De este candil!

(Vanse.)

Palacio de Cupido, de extraordinaria arquitectura y magnificencia.

ESCENA X.

HELIODORA, riquísimamente vestida y ataviada.

Qué pasmo! Cada estancia me parece más rica, más suntuosa que las que ántes he recorrido: ojos humanos, de seguro, no han visto nunca semejante magnificencia. Trasladada sin sentido aquí, manos invisibles me han abierto canceles y puertas, me han ataviado con galas, como yo nunca tuve, me han servido un banquete espléndido... Nadie se me presenta; y con solo un ademan que haga, me hallo complacida en cualquier capricho. Pregunto, responden... y á nadie veo y á nadie siento.—(Alzando la voz.) ¿Para quién fué construido este alcázar?

ESCENA XI.

NINFAS invisibles, que dejan oir su voz.—HELIODORA.

UNA VOZ.

Para Minerva.

HELIODORA.

Para una deidad! Para la Diosa de la sabiduría! Y ¿es Minerva su dueño?

MUCHAS VOCES.

Es Heliodora.

HELIODORA.

Y ¿quién me le regala?

VOCES.

Tu amante.

HELIODORA.

Y ese amante ¿carece de nombre?—A esta pregunta jamás obtengo contestacion.—No me negareis que es un monstruo.

UNA VOZ.

Recuerda lo que dijo Saturno.

OTRA.

Recuerda que en los oráculos hay siempre equívocos.

HELIODORA.

No es terrible? No mata?

UNA VOZ.

Muertes le atribuyen; pero infinitos le deben la vida.

HELIODORA.

Me asustará mucho cuando le vea? (Oscurécese el palacio.) Ay! ¿Qué es esto! Por qué me dejais en tinieblas?

UNA VOZ.

Para que no te asuste la presencia del monstruo.

OTRA VOZ.

Con él te dejamos.

MUCHAS VOCES.

Adios.

ESCENA XII.

CUPIDO.—HELIODORA.

HELIODORA.

Siéntole apénas...—Ay! Detente.
(Aparte. Yo desfallezco de pavor.)
Monstruo ignorado, sé clemente:
Habla de léjos, por favor.

CUPIDO.

Ya te obedezco: me desvío.
Calma, señora, tu ansiedad.
Omnipotente señorío
Logra en mi fe tu voluntad.

HELIODORA. (Aparte.)

Su habla benigna me serena:
Grato es el eco de su voz,
Al parecer sobrado ajena
De un infernal vestiglo atroz.

CUPIDO.

Dí, para hacer feliz mi suerte,
Cómo te puedo complacer.

HELIODORA.

Presa, querré se me liberte.

CUPIDO.

Quieres entónces perecer.
Vénus te busca vengativa.

HELIODORA.

Puedo yo aquí tener quietud?

CUPIDO.

Daño no temas que reciba
Tu inmaculada juventud.
No me permito aquí aposento;
Gruta distante me le da:
Sin tu licencia, ni áun el viento
Cerca de tí revolará.

HELIODORA.

Júralo.

CUPIDO.

El ara veneranda
Ésta será, que adoro fiel.

(Tómale y bésale una mano.)

HELIODORA.

Quítate de ahí! (Aparte. La mano es blanda.)
Quítate allá. (Aparte. La boca es miel.)
Monstruo con garras te supuse,
Diente feroz, cruel testuz.
La oscuridad mi error excuse.
Manda por mí que traigan luz.

CUPIDO.

Si me ves, mi poder se me acaba;
Si me ves, te hace Vénus esclava.

HELIODORA.

Sepa yo por lo ménos quién eres.

CUPIDO.

No se espantan de mí las mujeres.

HELIODORA.

Por lo mismo, declara tu nombre.

CUPIDO.

Yo soy bien y tormento del hombre.

HELIODORA.

El tormento conózcolo en parte.

CUPIDO.

De un peligro conviene salvarte.
Oh! y ademas...
Las coronas de ocaso y oriente,
Con aquella que aguarda tu frente,
Quédanse atras.

HELIODORA.

Yo no lo sé ;
Mas de reina desciendo á cautiva ;
De mi padre tu gusto me priva :
Quiero el por qué.

CUPIDO.

Heliodora, Heliodora,
Piedad reclamo :
En mi alcázar te tengo
Porque te amo.
Yo el órbe corro,
Yo el cielo escalo,
Curso ciudades,
Piso los campos ;
Mil bellezas he visto
Libre vagando :
Heliodora de libre
Me ha vuelto esclavo.

HELIODORA.

La heredera del trono
De un rey anciano,

Separada de un padre,
No da su mano.
Un monstruo el cielo
Me ha destinado;
Tú eres pulido,
Tú eres gallardo:
No me da tal esposo
Mi signo aciago:
Yo tu amor agradezco;
Pero es en vano.

CUPIDO.

Las palabras que oiste
Se te olvidaron:
Peregrino es el monstruo
Que te anunciaron.
Tú, que de gracias
Eres dechado,
Tú, de virtudes
Límpido vaso,
No has de ver una fiera
Siempre á tu lado:
Caprichosa la suerte,
Nunca lo es tanto.

HELIODORA.

Peregrino en efecto
Se te ha llamado,
Que es palabra de doble
Significado.
Monstruo y prodigio
Son dos vocablos
Que un mismo objeto
Muestran acaso.
Te supongo prodigio,

Único en grado;
Los prodigios á oscuras
No hacen milagros.

CUPIDO.

Si consigues curiosa
Ver mi semblante,
Mira bien que la vida
Pueden quitarte.
Deja ese ahinco,
Tu destino lo quiere,
Cede al Destino.

HELIODORA.

De curiosa me tacha
Mi oculto amante.
Si lo soy, desde ahora
Quiero enmendarme.
No te despido;
Pero estoy fatigada,
Y amo el retiro.

CUPIDO.

Enojada te advierto;
Dame una mano.

HELIODORA.

Hablaremos el dia
Que nos veamos.

CUPIDO.

Ay! hasta entónces...

HELIODORA.

Tu destino lo quiere.
Felices noches.

(Vase Cupido: en retirándose, se encienden por sí las lámparas del palacio.)

ESCENA XIII.

HELIODORA.

Curiosa! Nunca lo he sido; mas ahora lo estoy. ¡Curiosa! ¿Es curiosidad esta ánsia que siento de ver al monstruo peregrino, señor de este alcázar? Entónces, curiosidad furiosa es la mia, porque no pienso en más. Apénas me he acordado un momento de mi padre, de mi palacio... ¡Buen palacio es el mio, comparado con éste!—Ah! otra cosa de que no me acordaba. Hola! Invisibles!

ESCENA XIV.

NINFAS invisibles.—HELIODORA.

MUCHAS VOCES.

Señora...

HELIODORA.

Cerrad el palacio.

UNA VOZ.

Así se hará.

HELIODORA.

Retiraos de aquí; no quede nadie á mi alrededor.

UNA VOZ.

Es que puedes necesitarnos.

OTRA VOZ.

Señora, pudieras tener miedo.

HELIODORA.

A nadie quiero cerca de mí.

MUCHAS VOCES. (Todas á un tiempo.)

No nos cansa velarte. Si es nuestra obligacion. Todas nos quedaremos. Todas, con mucho gusto. Sí, señora, sí.

HELIODORA.

Silencio! Hasta que salga el sol, quiero estar sola enteramente: ¿lo habeis oido?

MUCHAS VOCES.

Bien, señora; muy bien está.

Obedientes haremos
Cuanto dispones.
Que te dé tu destino
Felices noches.

(Se repite este breve coro á várias distancias.)

ESCENA XV.

HELIODORA.

Parecia que se burlaban de mí, suponiendo que no he de reposar muy tranquila. A la verdad, inquietísima estoy. ¿Quién es este monstruo, que ya, segun los indicios, por lo feo no le debo temer? Su poder es mucho; su esfera, de semidios lo ménos; ¿por qué no he de verle? Porque el Destino me lo veda... porque puede Vénus atropellarme. Y ¿ha de ser Vénus tan injusta conmigo? Quiero hacer estas reflexiones al monstruo, que parece muy racional.—Hola!—Hola!—Esta vez no me oyen. ¡Si he despedido hasta mañana la servidumbre! Les agradezco poco la obediencia. Tengo mal humor; desde que entré aquí, me he conver-

tido en otra; mi juicio, mi genio, hasta mis modos han variado: destempla y sofoca este ambiente. Y ¡se han atrevido á comparar con una diosa esta débil mujer! —Pero ¿no habrá quien me facilite el medio de ver á ese monstruo?

ESCENA XVI.

TELEFRON, con la lámpara de la Muerte en la mano. — HELIODORA.

TELEFRON.

Aquí estoy yo, señora.

HELIODORA.

Telefron! Cómo has penetrado en este recinto?

TELEFRON.

Con esta lámpara se entra en todas partes, por bien que hayan atrancado las puertas. Las de este alcázar se resistian; yo te veia, y no podia penetrar en él; pero como tú has querido que pase adelante...

HELIODORA.

Quién te ha dado esa lámpara?

TELEFRON.

Me la ha dado... Señora, la verdad es que me la dió Pluton con su mano propia.

HELIODORA.

Pluton!

TELEFRON.

Sí, en los infiernos... Allí me he encontrado con

Aristeo... que te visitará, supongo yo, si sabe la casa... si le dejan entrar... en fin, si puede. —Tú no estás en lo que te digo.

HELIODORA.

Con esa lámpara, ¿podria yo ver al dueño de este palacio?

TELEFRON.

Al dueño y á las dueñas y al alcaide y al farolero y á todo el mundo. Habré yo visto poco esta noche! Ya conocerás á Truchimaulómenes, aquel abuelito de tan buenas costumbres, tan campechano, tan... Pues he descubierto que es un canalla: robó caudales y honras en otro tiempo, y ahora ¿sabes cómo restituye? Dotando huérfanas, hijas suyas desperdigadas. El moño de Láis, esa beldad célebre peloponesa, nació en region salvaje á ocho mil estadios de la que se peina con él. Dicen de la tal, que es tan necia y tan desmañada como buena moza; yo la declaro artista sublime: pinta admirablemente... sobre su cara. Pues ¿y el celebérrimo Tiquimistarco, esa notabilidad de sabiduría, de gusto crítico y de sal ática! Mucho oro y poca vergüenza constituyen su mérito: media docena de parásitos, que viven de su mesa, le adoban cada dia la racion de saber y chiste que luce en los pórticos.

HELIODORA.

Donde has entrado, ¿no te han sentido?

TELEFRON.

Si esta lámpara hace invisible al que la lleva en la mano derecha.

HELIODORA.

Sí? Dámela. Quiero conocer al monstruo con quien he hablado aquí.

TELEFRON.

Habiéndole hablado, ¿cómo no le has visto?

HELIODORA.

Estábamos á oscuras; no quiere darse á luz.

TELEFRON.

Feillo debe ser el pobre.

HELIODORA.

Oh! no lo creas. Las manos, por lo ménos, y los labios y la barbilla parecen de dama.

TELEFRON.

Pues cuando él se esconde, por algo será.

HELIODORA.

Y es muy dulce su voz, habla en todos conceptos muy bien.

TELEFRON.

Quiron hablaba como un retórico, y era centauro, hombre ingerto en rocin. ¿Estás cierta de que el monstruo clandestino pisa con dos piés, libres de otra pareja?

HELIODORA.

Yo apénas he sentido sus pasos.

TELEFRON.

No se le siente? Ya caigo; es un sireno anfibio, sin duda.

HELIODORA.

¿Qué dices!

TELEFRON.

Las sirenas tienen buena cara, lindos brazos y hermosa voz; de la cintura abajo empieza la irregularidad. Sirena macho te pronostico, princesa mia; sireno lampiño, ó con barbas, como el de la fuente de la Alcachofa (1): puede afeitarse.

HELIODORA.

Sería posible?

TELEFRON.

Sireno con una cola de medio estadio, cada escama como una hortera, cada pincho como una púa de puerco espin. Y lo peor es que las sirenas, sin distincion de sexo, cantan para atraer á los desprevenidos, y luégo se los comen. El monstruo de esta casa te va á

(1) Una fuente de la *Alcachofa*, con sirenas, que habria en Gnoso. En *El Golfo de las Sirenas*, drama mitológico de Calderon, se leen estos versos al fin, pertenecientes á la *mogiganga* de dicha fábula:

ALFEO.
¿Qué tierra es, que como en zarzas
En ella estoy?

MÚSICA.
La zarzuela.

ALFEO.
¡La Zarzuela!

MÚSICA.
Qué te espantas?

ALFEO.
¿No he de espantarme, si en este
Momento en Trinacria estaba?

MÚSICA.
Pues ¿quién le quita que sea
La Zarzuela de Trinacria?

devorar: mira que de los monstruos caseros, el casero monstruo es el peor.

HELIODORA.

Salgamos de dudas. (Toma la lámpara y se va.)

TELEFRON.

Satélites plutónicos, internaos.

ESCENA XVII.

LOS ESPECTROS, con guadañas y teas.—TELEFRON.

CORO DE ESPECTROS.

¡Nosotros detenidos
En ese umbral!
Oh furor!
La resistencia
Nos pagarán.
Así que recobremos
La luz fatal,
Oh furor!
Dueño y alcázar
Han de temblar.

TELEFRON.

Camaradas, dejando á un lado la cuestion de etiqueta, ya veis que yo he cumplido escrupulosamente mi encargo, y que me corresponde el premio ofrecido. Vénus prometió darme á la Princesa por esposa, en amansándola y desembelleciéndola un poco. Ella es tan linda... (Los Espectros vuelven á Telefron la espalda.) Ella es tan rica en gracias, que, por mucho que pierda, siem-

pre quedará allí una jerofilaquita decente. — Parece que mirais con ira esta soberbia fábrica. Esos gestos, qué quieren decir en sonidos articulados?

CORO.

La riqueza
Nos ofende,
La belleza
Nos enciende
En odio mortal.

TELEFRON. (Aparte.)

Familia social!

CORO.

Destruyamos
Cuanto vemos;
Donde estamos,
Donde estemos,
Que quede señal.

TELEFRON. (Aparte.)

Qué gusto brutal!

CORO.

La cretense
Maravilla
Nunca piense
Cetro y silla
De Diosa alcanzar.

TELEFRON.

Más bajo hay lugar.

CORO.

Viva en pena
Por curiosa,

Y en cadena
Vergonzosa,
Que aprenda á llorar.

TELEFRON. (Aparte.)

¡La van á matar!

CORO.

En recobrando
La luz fatal,
Dueño y alcázar,
¡Temblad, temblad!

(Vanse.)

Gruta que sirve de dormitorio á Cupido. Una cama adornada con flores un candelabro, una mesa, un cortinaje de púrpura, etc.

ESCENA XVIII.

CUPIDO; GENIOS, sirvientes de Cupido.

(El Dios da á uno de los Genios el arco y la aljaba, para que los ponga en la mesa; otros Genios arreglan la cama y la cortina, y echan olores en unos pebeteros con lumbre.)

CUPIDO.

Hoy Cupido se enamora,
Y hoy conquista su Heliodora.
Su desden y falso ceño
Son cariño no pequeño:
Solemnicen este dia
Los que en vasta monarquía
Me proclaman su señor.
Dénme alegres bendiciones
Los amantes corazones:

A la furia de los celos,
A las penas y desvelos
Y al engaño delincuente
Los arrojo eternamente
Del imperio del amor.
De Heliodora me retiro,
Sofocando algun suspiro;
Pero audaz el pensamiento
Me la muestra en su aposento
Miéntras duerme sosegada,
Regalándose la almohada
Con su cuello de marfil. (Échase en la cama.)
Sueños de oro encanten ésta,
Que me pongan manifiesta
La ventura que ambiciono. (Duérmese y sueña.)
Vénus dice: «Yo perdono.»
Llora el cielo de alegría.
Madre hermosa! Madre mia!
Mil abrazos! Mil y mil.

(Vanse los Genios.)

ESCENA XIX.

HELIODORA, con la lámpara. — CUPIDO, durmiendo.

HELIODORA.

Gruta distante dijo:
Ésta indicó, de fijo.
Cuál me palpita el pecho!
Allí descubro un lecho.
¡Qué es lo que voy á ver? (Acércase.)
Monstruo divino es ése!
¡Y él resistió que viese
Rostro que tanto hechiza?

Dará, si martiriza,
Tormento de placer.
Arco hay aquí y aljaba...
—Ciega de asombro estaba.
Ojos, con ánsia errantes,
¿Cómo no visteis ántes
Las alas del amor?
Yo de Cupido amada!
¡Yo por su esposa dada,
Cuando, la peña abriendo,
Vaticinó tremendo
Saturno destructor!
Del Dios al torpe bruto
Cobra el amor tributo:
Aman cipres y hiedra;
La diamantina piedra
Siente el amor en sí.
Y ¡él, que del mundo es alma,
Pone á mis piés la palma
Que ambicionaran diosas!
¿Cuál de las más dichosas
Puede igualarse á mí!
Pronta, mi bien, me tienes
A reparar desdenes;
Pero en dudar insisto
Que por haberte visto
Grave pesar te dé.
Amante cortesano,
Besásteme la mano,
Por disipar mi susto;
Yo con respeto justo
La tuya adoraré.

(Al besarle la mano, vierte involuntariamente la lámpara sobre el pecho de Cupido.)

CUPIDO. (Incorporándose.)

Ay, cielos! ¿Quién me mata?
Qué bárbaro dolor!

HELIODORA.

La lámpara he vertido,
La mecha le abrasó.

CUPIDO.

¿Qué has hecho, desdichada!

(Cae sobre la almohada.)

HELIODORA.

Perdóname! Perdon!

ESCENA XX.

ESPECTROS, por un lado; GENIOS, sirvientes de Cupido, por otro. — CUPIDO, HELIODORA.

CORO DE ESPECTROS.

Cumplido mira el fallo (A Cupido.)
Que Vénus te anunció.
Tus hórridos tormentos
Los debes á tu amor.

(Los Genios rodean y curan á Cupido: uno de los Espectros coge la lámpara y se va con ella.)

HELIODORA.

¿Qué mal así le deja
Sin fuerzas y sin voz?
¡Qué lámpara he traido!

ESPECTROS.

La Muerte la encendió!

HELIODORA.

La Muerte!

CUPIDO.

Qué suplicio!

LOS GENIOS.

Por tí padece un Dios.

HELIODORA.

Por él mi triste vida
En sacrificio doy.

GENIOS.

En vano al sordo cielo
Diriges tu clamor.

ESPECTROS.

Ven á los piés de Vénus:
Por tí nos envió.

CUPIDO.

De Vénus te hace esclava
Tu triste indiscrecion,
Y á mí tambien me priva
De ser tu defensor.

HELIODORA.

¡Mal haya aquel deseo
Que á verte me arrastró!
Aquel maldito alcázar,
¿Por qué no fué prision!

(Arruínase parte de la gruta, y deja ver á lo léjos el palacio de Cupido ardiendo.)

GENIOS.

Las llamas le devoran
De fuego vengador.

ESPECTROS.

Airada cumple Vénus
Tu ciega maldicion.

CUPIDO.

Sacadme de esta gruta,
La miro con horror.
Soñé la dicha en ella:
Fué loca presuncion.

HELIODORA.

Sacadle de esta gruta,
Llevadnos á los dos,
Llevadme donde muera
Pidiéndole perdon.

ESPECTROS.

A Chipre caminemos!
A Chipre con los dos.
Allí tendrá castigo
Tu loca presuncion.

(Los Genios se llevan á Cupido, y los Espectros á Heliodora; el palacio y la gruta se arruinan completamente entre las llamas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cárcel subterránea debajo del palacio de Vénus, en Chipre.

ESCENA PRIMERA.

HELIODORA, TELEFRON.

HELIODORA.

Acaba de importunarme ya, Telefron.

TELEFRON.

Óyeme, señora; óyeme por toda la caterva de los Inmortales en claustro pleno.

HELIODORA.

Déjame ya en paz; te lo mando.

TELEFRON.

Mandar!... y estás en una cárcel, en poder de una divinidad irritada que... Mandar! cuando quizá es más propio de tu situacion hacer mandas que dictar mandatos.

HELIODORA.

Pero, ¡es posible? ¿Quieren atentar á mi vida!

TELEFRON.

Quiere Vénus que no la estorbes. Yo he venido con ella á Chipre; no he parado hasta saberlo todo, y lo sé.

HELIODORA.

Qué sabes de Cupido?

TELEFRON.

Sigue sin novedad feliz.

HELIODORA.

Cielos piadosos!

TELEFRON.

Vénus ha llamado á Esculapio, y el Dios de la medicina ha declarado solemnemente que la llaga del Amor es muy grave, y que, por ahora, ni admite cura, ni alivio siquiera.

HELIODORA.

¿Ni áun alivio puede esperar!

TELEFRON.

« Pero, ¿no ha de hallarse remedio para este chico! », gritaba mi señora, hecha una bacante. «No he dicho tanto (repuso el celeste doctor): remedio hay; pero es tan violento, que yo por ahora ni áun quiero indicarlo; más adelante sabrás cuál es.» — Vénus rogó á Esculapio que se explicara; él se hizo el sordo, y se marchó sin cobrar la visita, recomendando ciertos baños ultramarinos de agua purísima, los de Solan de Cabras, cuya pureza es incontestable: nadie los ensucia, porque nadie se baña en ellos.

HELIODORA.

Y ¿qué suerte se me destina?

TELEFRON.

Tú eres hoy esclava de Vénus, y tu ama puede á su gusto disponer de tu vida; queda, sin embargo, un recurso para que recobres la libertad.

HELIODORA.

Quién te lo ha dicho?

TELEFRON.

Ella, y Aristeo, que se halla en Chipre con tu padre, á quien ha traido aquí por arte de birlibirloque.

HELIODORA.

A mi padre!

TELEFRON.

Sí : tiene Aristeo la vara de Astrea, con la cual, sin embargo, ni él ni el Rey pueden penetrar en tu calabozo, porque tu prision es justa pena de tu curiosidad; pero han podido enviarme para que te informe de lo que te conviene.

HELIODORA.

Y ¿qué piensa mi padre?

TELEFRON.

Que debes acceder á todo por salir de este sitio.

HELIODORA.

Y ¿á qué debo prestarme?

TELEFRON.

Verás. Parece que más allá del mar de la India, ya muy al Sur, hay una vastísima region llamada Gorgosia, que habitan negros, criaturas las más feas entre

las parejas de bípedos que se le desgraciaron á Deucalion.

HELIODORA.

Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

TELEFRON.

Ya lo comprenderás. La corona de los gorgosios es electiva; y cuando hay vacante, se confiere el poder al hombre y á la hembra más feos que se pueden hallar. Pero los gorgosios creen que son ellos el tipo de la hermosura, y que los feos son los demas: de modo, que allí no hay figura más chocante que una linda moza de tierra de blancos. Acaba de fallecer su Rey, que era un gitano tuerto, Rey cuya legitimidad habia sido muy disputada, porque su color se confundia casi con el de las bellezas indígenas; y anda hoy aquella gente al atisbo de un rostro feo, como el que en tí ha divinizado Creta por límite de la perfeccion humana. Si admites el cetro gorgósico, Vénus te deja libre.

HELIODORA.

Ya: se ha querido hacerme diosa de la hermosura, y Vénus en castigo quiere hacerme reina de la fealdad: uno y otro es injusto. La Princesa por nacimiento no se ha de ceñir corona de escarnio.

TELEFRON.

Tú, en realidad, te quedas cual eres; y, lo que es en Gorgosia, no has de parecerles á todos igualmente mal.

HELIODORA.

A quién he de parecerle bien?

TELEFRON.

Al Rey tu esposo, que es á quien te conviene agradar.

HELIODORA.

Y ¿quién habria de ser mi esposo?

TELEFRON.

Con perdon se oiga, yo.

HELIODORA.

¡Tú! No puedes tú reinar en Gorgosia.

TELEFRON.

Por qué?

HELIODORA.

Harás tú allí muy buena figura.

TELEFRON.

La ley de reemplazos reales de allí da la preferencia á los pretendientes de espalda... sublimi-promontórica.

HELIODORA.

Tu corcova es trivial, comun.

TELEFRON.

Me ha prometido Vénus robustecérmela de modo que nadie la puje.

HELIODORA.

Me obliga el Destino á casar con un monstruo.

TELEFRON.

Yo estoy en candidatura para una monstruosidad de primera categoría.

HELIODORA.

Mi esposo ha de gozar un poder tan grande, que le sea dado alterar la paz de la tierra y del cielo.

TELEFRON.

Vénus se propone que me nombre Júpiter Genio de la envidia, que es negociado todavía sin oficial, y abunda en expedientes. Donde la Envidia plante el pié, señal dejará.

HELIODORA.

Para genio rayas tú poco alto.

TELEFRON.

Señora, la envidia es baja.

HELIODORA.

¿Puede producir algun bien á Cupido, puede á lo ménos aliviar su dolencia mi destierro á Gorgosia?

TELEFRON.

El bien es para tí, porque de cautiva pasas á libre, á soberana de un estado veinte veces mayor que la isla de Creta.

HELIODORA.

Reinar en un corazon es lo que yo quisiera.

TELEFRON.

Princesa mia, corazon tengo yo.

HELIODORA.

Tan deforme como tu espalda. Mantenme la consideracion debida, si no por ser princesa, porque soy desgraciada.

TELEFRON.

Mira que si no eres esposa mia, esa loca de Vénus...

ESCENA II.

VÉNUS.—HELIODORA, TELEFRON.

TELEFRON. (Sin ver á la Diosa.)

Yo debo estarle agradecido, lo confieso; pero no puedo ménos de conocer que, si se emberrenchina, es capaz de sentar la mano...

VÉNUS. (Dando una recia bofetada á Telefron.)

Así!

TELEFRON.

Ay! (Disimulando el dolor.) Bofeton más hermoso no se ha plantado en carne humana.

VÉNUS.

¿Hermoso, eh!

TELEFRON.

Como dado por la Diosa de la hermosura. Huf!

VÉNUS.

Vete.

TELEFRON. (Aparte.)

Delante de los ojos me bailan todas las veintiuna estrellas del Escorpion. Huf! (Vase.)

ESCENA III.

Ninfas de Vénus.—VÉNUS, HELIODORA.

VÉNUS.

Venid, mirad al cabo
Rendida prisionera
La que llamarse nuera
De Vénus presumió.

Por ésta mis altares
Creta escarnece y pisa,
Y entre blasfema risa
Mi efigie destrozó.

CORO DE NINFAS.

¿Esta es la Diosa
De la belleza!
¡Esta? Bah! bah!
Poco envidiosa (A Vénus.)
Tal gentileza
Te dejará.
Ja! ja! ja! ja!
En Creta el gusto
Perdido está.

HELIODORA.

En Creta celebrada,
Y aquí de burla objeto,
Guardadme algun respeto
Por tantos que guardé.
Yo defendí las aras
De quien así me oprime,
Yo al Dios que arriba gime,
Por Vénus rechacé.

VÉNUS.

A ese desden fingido
Crédito Vénus da,
Si hoy el esposo admites
Que á proponerte va.

HELIODORA.

Yo desdeñé á Cupido,
Y es quien amor nos da:
No será bien que admita
Mano de un hombre ya.

VÉNUS.

Pérfida, tú le amas.
Tu alma penetro yo.

HELIODORA.

Mengua de Amor y tuya
Fuera decir que no.

VÉNUS.

Oh!

HELIODORA.

Cupido me vió,
Rindióme su fe,
Rigor le mostré,
Muy poco duró,
Su albergue busqué,
Mi vista cegó;
Su seno abrasé,
Ardiéndome yo:
Si Amor me pretendió,
¿Cómo no le amaré!
Ni yo podré,
Ni quiero yo:
Le adoraré,
Quiérame ó no.
Yo loca desoí
Consejos que me dió;
Penando está por mí
Quien nunca padeció.
Tu hijo debe aquí
Juzgar á quien le hirió:
Él con justicia sí,
Tú por venganza no.

VÉNUS.

Oh!
Saciar su enojo en tí
Vénus ayer juró:
Ya del castigo aquí
No te me libras, no.

CORO.

Oh!
Debió postrarse á tí,
Y audaz te provocó:
Da su sentencia aquí;
No haya clemencia, no.

VÉNUS.

Como esclava se la trate,
Contra el dueño rebelada.

HELIODORA.

Soy princesa.

VÉNUS.

Cautivada.

HELIODORA.

Hija tuya pude ser.

VÉNUS.

Hijo y siervo al duro azote
Sujetais de igual manera.

HELIODORA.

Si eres Diosa, ten siquiera
Sentimientos de mujer.

VÉNUS.

Dadle tiempo en que medite (A las Ninfas.)
Si el propuesto enlace admite;

Si se niega, vuestras manos
Con su sangre salpicad.
Mis estatuas atropella
Chusma vil que adora en ella :
Sufra el látigo en desquite
La bellísima deidad.

HELIODORA.

Santa, imparcial Astrea!
Tú á defenderme ven!
Cándida el alma mia
Siempre tu templo fué.

VÉNUS.

Llévenla, y al espejo
Llegue su rostro á ver :
Brille cual sol ahora,
Sombra le tornaré.

(Todas á un tiempo.)

CORO.

Doble el castigo suyo,
Doble merece ser :
Negra fealdad primero,
Vivo dolor despues.

VÉNUS.

Doble el castigo suyo, (A las Ninfas.)
Doble le quiero hacer.
—Fea serás primero, (A Heliodora.)
Vas á morir despues.

HELIODORA.

Puedes hacer que muera,
No que la mano dé :

Fino mi amor viviendo,
Ya es inmortal despues.

(Las Ninfas se llevan á Heliodora por un lado de la cárcel; Vénus se va por otro.)

ESCENA IV.

LICANDRO; ARISTEO, con la vara de oro.

LICANDRO.

Por aquí sonaban las voces : adelantémonos.

ARISTEO.

Allí van las Ninfas de la Diosa.

LICANDRO.

Arrebatan á mi hija !

ARISTEO.

La encierran en un calabozo.

LICANDRO.

Se dispersan por el subterráneo. Acudamos á libertar á Heliodora.

ARISTEO.

No temas ya por ella, Rey mio : cuando estos muros nos permiten la entrada, señal es de que Vénus ha cometido injusticia con su prisionera, y de que podemos prestarle ya todo el favor que le asegura la vara que empuño.

LICANDRO.

Pongámosla en libertad sin tardanza. Huyamos pronto de esta mansion temible : se respiran en la cárcel de Vénus miasmas de vicio.

UNA VOZ. (Dentro.)

Deteneos.

LICANDRO.

Quién viene á nosotros?

ARISTEO.

Es un jóven, al parecer doliente, desfallecido ..

LICANDRO.

Es el Amor.

ESCENA V.

CUPIDO.—LICANDRO, ARISTEO.

CUPIDO.

Yo soy; me arranco del lecho de los dolores para proteger á mi amada, cautiva aquí.

LICANDRO.

¿Tú amas á mi hija, señor!

CUPIDO.

Tu hija es el conjunto de las gracias y de la virtud humanas... Ay! la perfeccion completa no es dada al hombre. Una falta leve, una curiosidad harto disimulable, nos ha hecho infelices á Heliodora y á mí.

LICANDRO.

¡Puede ser infeliz un Dios?

ARISTEO.

¡Puede un Dios padecer?

CUPIDO.

Soy el Dios del amor; amor que no padece, no es amor verdadero. El Destino, tan pródigo en dotar á tu

hija, le exigia en cambio de una felicidad sin término una cauta reserva, jamas desmentida. Yo quise que me amara Heliodora; yo sembré el amor, y la irreflexion con él, en su pecho; quiso verme... y no me es dado ya verla más.

LICANDRO.

¿Cómo, señor!

CUPIDO.

Si la viese, no tendria valor para separarme de ella; si no la separo de mí, pierde la vida.

LICANDRO.

Ah, señor!

ARISTEO.

Yo puedo acaso...

CUPIDO.

Tú la custodiarás, Aristeo. A la orilla del Bétis habita un pueblo rico y alegre, bajo bóvedas de olivas y pámpanos, que acaricia el Favonio, que riega blandamente la urna de Íris, que respeta la tempestad. Ocupa el centro de aquella deliciosa comarca el jardin encantado de las Hespérides, morada envidiable de los príncipes de la Bética. Tú reinarás allí, Aristeo.

ARISTEO.

Yo, señor, yo!

CUPIDO.

Tú... con Heliodora.

LICANDRO.

No recobro á mi hija!

CUPIDO.

Para todos tiene amarguras un amor desdichado.

La hermosura, la existencia misma de Heliodora peligran, si no concede su mano á un hombre. Tú (À Aristeo) mereces la dicha de llamarte su esposo. Mira en Heliodora la mujer que ha hecho por primera vez amar al Amor.

LICANDRO.

Es mi hija, Aristeo.

CUPIDO.

Es la princesa más virtuosa del orbe.

ARISTEO.

Labrador poderoso, alguna vez he creido que esta mano avezada á la esteva podria manejar un cetro; que recibiria en ella la fe de Heliodora, ni áun he tenido atrevimiento para soñarlo. En los deleitables huertos de mi alquería descuella un rosal dedicado á Heliodora; jamas he tocado las flores de aquella hermosísima planta. Rey, si tú lo quieres, yo admito á la Princesa en depósito con el nombre de esposa; pero siempre será mi hermana... hermana no; reina y señora, el ídolo de mi adoracion, la rosa intacta de mis jardines. (A Cupido.) Tú, que eres Dios, consigue del Destino que mi alma se aparte del cuerpo ántes que la suya, para que al volar Heliodora al Elíseo, yo sea quien le abra las puertas de la eterna paz.

LICANDRO.

Ah! mucho ántes estaré yo aguardándola en ellos.

CUPIDO.

Heliodora viene ya libre: salidle al paso, noticiadle mis ruegos, mis órdenes... decidle que su salvacion suaviza mi llaga. Id ántes que la vea, id.

LICANDRO.

Vamos adonde, libre de temer por mi hija, se sacie de abrazarla su afligido padre.

(Vanse el Rey y Aristeo.)

ESCENA VI.

CUPIDO.

Renuncio á tí,
Mi dulce bien;
Amante Dios,
Feliz te haré.
Yo un año y mil
Veré correr,
Y angustia igual
Aquí tendré.
Sólo un remedio dicen
Que hay á mi mal cruel:
Tiembla de horror el alma
Sólo al pensar cuál es.
¡Morir por mí
Mi amante fiel!
Callad, cual yo,
Techo y pared.
Salvo y feliz
Mi ausente bien,
Yo este dolor
Bendeciré.

Una vislumbre de esperanza descubro en el cielo: volemos á él.

ESCENA VII.

TELEFRON.— CUPIDO.

TELEFRON. (Dentro.)

Carceleras de Vénus!

CUPIDO.

Esta es la voz de Telefron.

TELEFRON. (Dentro.)

Ninfas calaboceras, abrid esta jaula.

CUPIDO.

Comprendo lo que es. Aristeo ha querido que Telefron ocupe el lugar de Heliodora. —(Alzando la voz.) Sal: ya quedas libre.—Mayor castigo merecia; pero valga lo que se haya dispuesto en nombre de Astrea.

(Sale Telefron, convertido en una negra deforme, y con un vestido igual exactamente al de Heliodora.)

TELEFRON.

Doy las más expresivas gracias al que me... (Aparte.) Ay! que es el enfermo de la candilada! ¡Buena me ha caido encima si sabe que fuí yo quien llevó el candil!

CUPIDO.

(Aparte. Linda figura está!) Dime: ¿por qué gritabas?

TELEFRON.

(Aparte. Con este ropaje no me conocerá.) — Señorito... me hallé de repente encerrado sin saber cómo... y llamaba á mis compañeras para salir.

CUPIDO.

Buscándote vienen: en sus manos te dejo. (Vase.)

ESCENA VIII.

TELEFRON.

No me conoció : el Amor es corto de vista. Pero, señor, ¡ Telefron vestido de Telefrona! Yo ¡ tan negras las manos? ¡Cómo ha sido esto! ¿ Me habré vuelto loco de resultas del bofeton divino, y por un rasgo de demencia me habré ataviado así ! ¿Habré revuelto cisco? No, no; debe ser un obsequio de Vénus en indemnizacion de la manotada : los reyes gorgosianos, que tienen cútis de uva tinta, vestirán de mujer.

ESCENA IX.

NINFAS DE VÉNUS, unas con espejitos de oro en la mano, y otras con látigos. — TELEFRON.

CORO DE NINFAS.

Diosa cretense de la hermosura,
Tu rostro nuevo salga á la luz.
Oh, cuán horrible! Sólo ese traje
Muestra sin duda quién eres tú.
Mírate, mira.

(Várias Ninfas le presentan los espejos que traen.)

TELEFRON. (Mirándose y desconociéndose.)

¡ No hay tal vestiglo
Bajo la capa del cielo azul!

CORO.

Vénus en ésa muda tu cara.

TELEFRON.

Fuera yo loba con piel de atun.

CORO.

Esto eres, esto. (Presentándole los espejos.)

TELEFRON.

¡Mi protectora
Mujerizarme sin tus ni mus!
Bah! si me casa con mi Princesa!
No hay con espejos que hacerme el bú.

CORO.

Loca se finge! — Cede, señora;
Cede al Destino, dueño comun.
Darte un esposo Vénus pretende,
Rey de un imperio del mar del Sur.

TELEFRON.

Yo soy el novio, no soy la novia.
No es ésta mia voz de avestruz?

CORO.

Tú disimulas: ten más decoro.
No el nombre usurpes de un vil gandul.

TELEFRON.

Soy rey en ciernes.

CORO.

Eres cautiva.

TELEFRON.

No reventarais de un patatús!

CORO.

Di que te rindes.

TELEFRON.

Me insurrecciono!

CORO.

Ya no eres reina.

TELEFRON.

Soy hombre aún.

(Quita el látigo á una de las Ninfas, y emprende con ellas; vuélvense todas contra él, le atan las manos y le sujetan de los cabellos.)

CORO.

La temeraria se nos atreve!
Sienta y conozca su esclavitud.
Caiga el azote duro en su espalda!

(Golpéanle.)

TELEFRON.

Ay de la tapa de mi baul!
Ay! ay! Verdugas! Ay! me desdigo!
Doyme por hembra: *fœmina sum!*
No soy el novio; soy Heliodora!
Ay, que me matan! Huy! huy! huy! huy!

CORO.

Sufra el castigo: luégo en la plaza
De ella se mofe la multitud.
Rota la estatua vióse de Vénus: (A él.)
Hoy has de verte lo mismo tú!

(Llévanle y vanse.)

—

Jardin de Vénus y entrada á su palacio.

ESCENA X.

SATURNO, PLUTON.

SATURNO.

Loca está Vénus de ira, hijo Pluton.

PLUTON.

Completamente loca, padre Saturno.

SATURNO.

Ningun caso ha hecho de mis amonestaciones, tan cuerdas como corresponden al Dios del tiempo.

PLUTON.

Ya viste cómo me trató cuando yo le hablaba con la calma, la verdad y justicia propias del que rige el imperio de los difuntos.

SATURNO.

Intenciones me daban de echarle mi guadaña encima, y dejarla en el acto calva y rugosa como una nuez. La hermosura debe respetar al tiempo, que es temible contrario.

PLUTON.

Dirijámonos al Olimpo, ya que nos llama Júpiter, y que nuestras visitas están despachadas. Cupido se halla fuera de casa, y Vénus fuera de sus casillas.

SATURNO.

Para qué nos convocará Júpiter?

PLUTON.

Debe de ser para arreglar con el Destino la suerte de amor. Como Cupido padece tanto...

SATURNO.

Algo más hace padecer. Es un bicho malo.

PLUTON.

Travieso hasta no más.

SATURNO.

Aturdido, insolente...

PLUTON.

Cruel, escandaloso...

SATURNO.

No deja en paz á nadie...

PLUTON.

Ni á mozos ni á viejos. Es un monstruo.

SATURNO.

Así le he calificado yo, reproduciendo una prediccion del Destino.

PLUTON.

Por otra parte, da ratos muy buenos tambien.

SATURNO.

La verdad es que hace falta en el mundo. Miéntras yo no le conocí, aunque tuve hijos, no supe ser padre.

PLUTON.

Yo gastaba muy mal humor hasta que él me condujo á los campos donde vi á Proserpina.

SATURNO.

Es preciso hacer algo por él.

PLUTON.

Mi mujer me lo ha encargado mucho.

SATURNO.

Mas no hay que pensar en casarle con la tal Síquis, vulgo Heliodora.

PLUTON.

Sería un enlace muy desigual.

SATURNO.

Afrentoso para la familia.

PLUTON.

Allá en mi Elíseo hay un departamento muy lindo y oculto, destinado á las enamoradas infelices y hermosas : allí podria yo guardar á esa niña muy bien.

SATURNO.

Resérvaselo para cuando se muera. Todas las hermosas del mundo van á parar á tus dominios.

PLUTON.

Sí ; pero se dejan la hermosura en el tránsito.

SATURNO.

Heliodora ó Síquis viviria en mi planeta mucho más retirada. La sombra de mi anillo presta un encanto maravilloso á mis valles ; y tengo uno para mí, lo más poéticamente delicioso que puede pensarse. Yo se le cederia á esa muchacha sin dificultad.

PLUTON.

Vaya, padre, si tú la quieres, mejor es que se la lleve Cupido.

SATURNO.

Hijo, aplícate á tí mismo la observacion.

ESCENA XI.

VÉNUS, NINFAS. — SATURNO, PLUTON.

VÉNUS.

Pluton, aguarda. Atiéndeme, y perdóname que no te haya recibido segun mereces.

SATURNO.

Algo te va á pedir.

VÉNUS.

Sí : la lámpara de la Muerte otra vez.

PLUTON.

Para qué la necesitas?

VÉNUS.

Para apoderarme nuevamente de mi fugitiva rival.

SATURNO.

Con qué objeto?

VÉNUS.

Con el de libertar á mi hijo de su horrible dolencia. Esculapio me ha dicho por fin el único remedio con que la llaga de Cupido puede curarse.

PLUTON.

Cuál es?

VÉNUS.

El taimado corazon de Heliodora. Mi hijo lo sabía, y más ha querido padecer él sin término, que ponérsele á la vida breve de la que amó para su desgracia. El ha salvado de mi rigor á Heliodora, y no ha querido salvarse á sí.

SATURNO.

Ha obrado como corresponde al Amor.

PLUTON.

Tú ya careces de derecho contra Heliodora, una vez que se casa con un mortal.

VÉNUS.

Eso es decir...

SATURNO.

Que mi hijo te rehusa la lámpara. (Vase.)

PLUTON.

Mira si puedes apoderarte de Heliodora por otro medio. (Vase.)

VÉNUS.

Espera, óyeme, Pluton.

ESCENA XII.

TELEFRON, vuelto á su sér. — VÉNUS, NINFAS.

TELEFRON.

Déjale, señora; déjale ir al cielo, bendito del infierno: lo que él te niega, yo te lo proporciono. ¡Ay, mis costillas, ay!

VÉNUS.

Qué hay?

TELEFRON.

Causa para infinitos ayes. Tú has dicho... éstas han hecho... y á mí me han deshecho!

VÉNUS.

¿Cómo!

TELEFRON.

A zurriagazos. Los que tú recetaste, variaron de rumbo (supongo que por manipulacion de Aristeo), y han recaido en mi jorobada persona: tus Ninfas me han tundido el lomo con mano pródiga, figurándose que zarandeaban á tu cautiva: esto es lo primero que hay. Ay! ay! Luégo me sacaron á la vergüenza; luégo dió conmigo Esculapio, que me curó repentina y prodigiosamente, dándome á oler un átomo de sánalotodo; pero los prodigios atropellados no salen bien. Esculapio sostiene que estoy lo mismo, lo mismo que ántes de la azotaina; y á mí me duele el espinazo lo mismo, lo mismo, lo mismo que en el acto de recibirla. Permíteme siquiera un ay... un ay muy largo... Ay! ay! ay! ay! ay!

VÉNUS.

Pero todo eso...

TELEFRON.

Es el preámbulo de lo que te importa. He sabido por el susodicho padre Esculapio que para curar á tu hijo era necesario sacrificar á Heliodora.

VÉNUS.

Cierto.

TELEFRON.

Yo, como he perdido por ella un reino, y he recibido en cambio una zurribanda soberbia, tengo con Heliodorita coraje atroz, en virtud del cual he discurrido un medio para traértela en volandas aquí.

VÉNUS.

De qué manera?

TELEFRON.

De una muy fácil. Los Dioses celebran hoy conferencia extraordinaria en el cielo, al cual se dirigen desde todos los puntos de la tierra y las aguas. Éolo, el Dios de los vientos, iba á la junta con Esculapio... Son muy amigos el Dios de los vientos y el de la medicina: cura Esculapio muchos enfermos enviándoselos á Éolo á tomarle los aires.

VÉNUS.

Y bien! qué?

TELEFRON.

Llamé aparte á su divinidad Eólia, y le dije: « Númen airoso, tú pudieras hacer un gran favor á Vénus, que te lo agradeceria muy bien. — Con mucho gusto (contestó muy soplado): á la hermosura no le debe faltar el viento. — Pues manda á tus aquilones y vendabales (continué) que publiquen este pregon por todos los pueblos del orbe terráqueo: Preséntese á Vénus la princesa Heliodora, ó la isla de Creta será destruida por una borrasca. » — Comprendes la idea? En sintiendo tu prófuga el resoplido de la amenaza, la tienes en Chipre.

VÉNUS.

Y Éolo ¿se encargó...

TELEFRON.

De traerla franca de porte, y si no, de vaciar todo el Mediterráneo encima de Creta. Vaya! ¡les gustará poco á los vientos desatarse contra las islas! De contínuo las están azotando con las olas del mar. A propósito de azotes, mi raspa dorsal pide la palabra para una mocion... Ay! ay! ay! ay!

VÉNUS.

¿Crees tú que Heliodora será capaz...

TELEFRON.

De sacrificarse por su pueblo? Toma! y con gusto. Aprensiones de gente vana, de que se debe sacar partido. Ya que gustan de lo sublime, que se ejerciten en el género. Ay! ay! ay! ay! Reniego del doctor Esculapio, que me da por bueno cuando no puedo tenerme en pié. Voy á ver si hallo un facultativo de ménos ciencia, que me libre de este dolor.

ESCENA XII.

LA MUERTE, ESPECTROS.—VÉNUS, TELEFRON, NINFAS.

LA MUERTE.

Aquí está la Muerte, que libra de todos.

TELEFRON.

Pues hazme el favor de librarme de tu presencia.

VÉNUS.

La Muerte en mi alcázar!

LA MUERTE.

La Muerte con piés iguales, (A Vénus.)
Que al hombre vuelven ceniza,
Huella la choza pajiza
Y los palacios reales.
—Tus dias están cabales. (A Telefron.)
Fuiste vil perseguidor
De la virtud y el amor :
¡El Érebo te confunda!

TELEFRON.

Gori-gori tras la tunda!
Se ha lucido mi doctor. (Húndese.)

VÉNUS. (A la Muerte.)

Qué aguardas aquí ya?

LA MUERTE.

Otra más noble víctima. Esa que viene.

VÉNUS.

Heliodora!

ESCENA XIV.

HELIODORA. — VÉNUS, LA MUERTE, NINFAS, ESPECTROS.

HELIODORA.

Sí, Vénus, yo soy. La esclava fugitiva vuelve á tu alcázar para besar la mano que la oprimió. Al huir con Aristeo, vi que los tormentos que sufre el Amor traen angustiado al mundo, porque la dulce simpatía de Amor á todo se extiende. Las ninfas de los bosques y de las ondas, los hombres, las aves, las fieras, cuanto goza vida en la naturaleza, me ha dicho que el Amor

padece por mí, y que yo sola puedo hacer que cesen sus crueles padecimientos. Van á cesar: yo, con permiso de Aristeo, próximo á ser mi esposo, te ofrezco mi vida.

VÉNUS.

Tu vida!... tu vida por mi hijo! ¿Has oido el pregon?...

HELIODORA.

Cuál pregon?

ESCENA XV.

ARISTEO.—VÉNUS, LA MUERTE, HELIODORA, NINFAS, ESPECTROS.

ARISTEO.

Yo acabo de oirlo. Es éste: «Preséntese Heliodora en Chipre, ó Creta será sumergida.»—Ya es mayor tu gloria, Princesa: tu muerte libra tambien del exterminio á tu pueblo.

HELIODORA.

Muero por mi amante y mi patria! Oh! no es esto morir; es vivir para siempre.

VÉNUS.

Heliodora, tan noble rasgo te justifica, te reconcilia conmigo. Vénus te admira; Vénus, ruborizada en presencia tuya, confiesa que tú merecias dignamente ser hija de Vénus.

LA MUERTE.

El Destino, que puede más que tú, no lo ha dispuesto así.

VÉNUS.

Yo voy á implorar su indulgencia.

LA MUERTE.

Es inexorable : nada obtendrás. Tú has querido para Heliodora esa muerte de que ya te horrorizas.

VÉNUS.

He sido injusta.

LA MUERTE.

Por eso te castiga el Destino satisfaciendo tu inícuo deseo. Madre tú de Cupido, tienes, por su salud, que aceptar la oferta de esta heróica jóven: cesará de padecer el hijo, principiará á padecer la madre; como le abrasó mi lámpara, te devorará el arrepentimiento : siempre hace padecer una pasion violenta, siempre se padece cuando se comete injusticia.

VÉNUS.

No cometerás á lo ménos la de impedir que dulcifique los postreros instantes de esta infeliz.—(A Heliodora.) Entra en mi cámara; á mi cabecera hallarás la copa del sueño : el licor que da limitado reposo á los Dioses, da perpétuo descanso á las criaturas humanas. Bebe, y tu alma volará sin esfuerzo á la mansion de los espíritus sin mancilla.

LA MUERTE.

Beba, pues, y duerma: de mi mano recibirá la copa. (Vase.)

HELIODORA.

Diosa, que Aristeo consuele á mi padre... que he-

rede su reino. — (A los Espectros.) Guiadme vosotros. — (A Aristeo.) Ven tú á recoger el adios último para mi padre.

(Vanse Heliodora, Aristeo y los Espectros.)

ESCENA XVI.

VÉNUS, NINFAS.

VÉNUS.

Camina al sacrificio como pudiera ir una deidad á su desposorio. No perecerá el nombre de la valerosa doncella : yo transformaré su cuerpo en una constelacion celeste. Vístase de dolor el alcázar de Vénus ; enlútense mis Ninfas... yo misma quiero llevar luto por una mortal. — (Oscurécese el jardin : el palacio se vuelve negro.) A favor de mi vista de Diosa, veo que penetra en mi estancia... se coloca en mi silla, frente á la estatua de mi hijo... pide la copa... se la lleva la Muerte y huye... se levanta Heliodora con la copa en la diestra... con la izquierda se cubre los ojos... Oh! tambien yo necesito cubrir los mios.

ESCENA XVII.

HELIODORA, dentro. — VÉNUS, NINFAS.

HELIODORA. (Dentro.)

Tierno Amor, si en tu pecho divino
Devorante ponzoña vertí,
Cierre y sane tu herida la muerte,
Que á mi seno desciende por tí.
Acuérdate de mí!

VÉNUS.

Negras nubes la estancia invadieron...
Lo que pasa me ocultan allí...
Heliodora, Cupido te ama:
Yo te lloro por él y por mí.
Tarde te conocí.

CORO DE NINFAS.

Dulces ecos en torno resuenan,
Rosas llueven del alto cenit,
De alegría parece que gimen
El vergel y la esfera sutil.
Quién nos confunde así?

ESCENA XVIII.

ARISTEO. — Dichas.

ARISTEO.

Justo el Destino
Vuelve por sí.

VÉNUS Y CORO.

Qué es de Heliodora?
Di pronto, di.

ARISTEO.

Ya es Diosa, y al cielo
Voló desde aquí.

VÉNUS Y CORO.

¡Es Diosa Heliodora?

ARISTEO.

Sí, sí.

Un Dios llenó tu copa (A Vénus.)
De néctar celestial,
Y en vez de muerte á Síquis
Le dió inmortalidad.
Mandato fué del cielo
Por voto general:
Lloraba el cielo todo
Viendo al Amor penar.
La llaga que produjo
La lámpara fatal,
Sanó con dulce beso
La nueva Diosa ya.

VÉNUS.

Mi ódio tambien sanó:
Soy madre, no rival.
Quiero á mis hijos ver,
Quiero abrazarlos... Ah!

Aparece el Olimpo, y en él el coro de los Dioses. Cupido y Heliodora, divinizada y con alas de mariposa, se dan la mano ante el altar de Himeneo.

ESCENA XIX.

El coro de los Dioses, CUPIDO, HELIODORA.—VÉNUS, ARISTEO, ninfas.

CORO DE DIOSES.

De Síquis la virtud
El cielo coronó:
Por ella sube á ser
Esposa del Amor.

VÉNUS Y EL CORO DE NINFAS.

¡Honor á la mujer
Que es de la tierra honor,
Y hoy con divino sér
Esposa del Amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

Panticosa. — Biarrits. — Madrid.

1857.

CARTA

que escribe desde el otro mundo el peor poeta cómico del siglo pasado en España, con motivo de representarse hoy la mejor comedia española de su época. Por las señas dadas se comprenderá que la carta no puede ménos de ser de

DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

Yo, Comella, aquel fatal
Comella, que daba á luz
Un disparate mensual
Para el Príncipe ó la Cruz,
Ó los Caños del Peral;
Yo, que los campos Elíseos
Habito al fin, desde que
Mis pecadillos purgué,
Tiempo há, Madrileños, quíseos
Decir lo que hoy os diré.
Escribiendo mal y pronto,
Al público traje tonto
Con mi *Teresa en Landau*,
Mi *Federico en Torgau*,
Mi *Esclava de Negro Ponto* (1).
Padres bobos de familias,

(1) Se creia que esta comedia era de otro autor; pero cuando Comella mismo lo dice...

Madres de familia bobas,
Dieron prez á mis vigilias,
Aplaudiendo mis *Cecilias*,
Llorando con mis *Jacobas*.
La sociedad alta y fina,
Como la gente comun,
Se pasmó de mi *Cristina*,
Mi *Natalia y Carolina*
Y mi *Escocesa Lambrun*.
Cómico y lírico al par,
¡Cuánto no hicieron ganar
Mis óperas españolas!
Ellas se cantaban solas,
Señores, no es ponderar.
Pródigamente aplaudido,
Y mal pagado, segun
Costumbre de España ha sido
(La cual, dicen, ha seguido
Sin alteracion aún),
Señaló á mis glorias fin
Un mozuelo botarate,
Narigordo y chiquitin,
Que fué joyero y abate:
Don Leandro Moratin.
Éste, sin hacer misterio,
Me retrató ce por be
Con superior magisterio
En aquel Don Eleuterio
De su comedia, *El Café*.
Púseme yo furibundo
Al verme tratar así.

Me desquité (1)... me morí...
Él tambien salió del mundo,
Y encontrámonos aquí.
  Como todo lo miramos
Ya sin pasion los difuntos,
Pronto nos reconciliamos.
Lo que es ahora, tomamos
Los dos chocolate juntos.
  Union tan rara y tan bella,
Que quien ponga duda en ella
Debe dejarse enterrar,
Y venir á merendar
Con Moratin y Comella.
  En el Diario leí
Que hoy (2) en escena poneis
La hermosa comedia, *El Sí*
De las Niñas, que yo ví
Estrenar el año seis:
  Obra de gusto exquisito,
Si no de sublime genio,
Proclamada á voz en grito
Como la mejor que ha escrito
El buen *Inarco Celenio*:
  Obra que por el autor
Fué y es á la vez mirada
Con júbilo y con dolor,
Como que le fué inspirada

(1) En *El Abuelo y la Nieta*, obra dramática donde introdujo Comella un abate de malas mañas, al cual, contra la intencion del autor, nadie halló semejanza con Moratin.
(2) 10 de Marzo de 1851.

Por un malogrado amor.
  Esa hechicera Paquita
Se llamaba y era así,
Bella, amable... regordita...
Ya con nosotros habita:
La tengo enfrente de mí.
  Tambien la tal Doña Irene
Retrato al natural es,
Y ¡qué semejanza tiene!
Mas esto ya no conviene:
Voy á la comedia pues.
  Sin bautizo y sin entierro,
Sin mono, urraca ni perro
Que haga de primer galan;
Ó madre y niño en encierro,
Transidos de hambre y sin pan,
  Con una decoracion
De bien poco relumbron;
Sin trajes ricos, vejete,
Versitos de sonsonete
Ni chistes de bodegon;
  Entusiasmo sin igual
Excitó en las jerarquías
Todas de la capital,
Durando veintiseis dias,
Parando en el Carnaval.
  Éxito inmenso, inaudito,
Que de un reves fué ocasion:
Vedó su continuacion
Aquel tribunal bendito
De la Santa Inquisicion.

Muy bien hecho, ¡voto á san!
¡Tizonazo al perillan
Que, horrorizando almas pías,
Dijo que eran *chucherías*
Los santos de mazapan!
Pero despues ocurrió
Lo que ya la historia escribe.—
La España se transformó;
La Inquisicion pereció,
Y *El Sí de las Niñas* vive.
Porque así triunfa el talento;
Así al error da castigo
El tiempo justo, aunque lento:
Yo escribí cien obras; ciento
Se sepultaron conmigo.
No así Moratin: su nombre
Cada vez cunde mayor.
¡Loor, eterno loor
Al que tan bien pinta al hombre,
Para volverle mejor!
Él enseñó á la vejez,
Él honró la ancianidad,
Él condenó, recto juez,
Á eterna ridiculez
La pedante vanidad.
El estafador tembló
De su voz grave y severa,
Y de sí se avergonzó
La hipócrita zalamera
Cuando su imágen miró.
Él al paterno poder

Línea trazó decorosa,
Él defendió á la mujer:
—Su mision no pudo ser
Más noble ni más hermosa.
  Duramente me trató;
Mas (con orgullo lo digo)
Mi honradez reconoció.
Le alabo, y fué mi enemigo:
Pocos hacen lo que yo.
  Modelos de arte y buen gusto
Dejó; pero con derecho
Le dirá el crítico adusto
Que no es útil siempre y justo
Seguir su camino estrecho.
  Con poetas de otra edad
Moratin sus glorias parte;
El ingenio, aunque es verdad
Que necesita del arte,
Vive de la libertad.
  Y gloria de su nacion
Será el insigne varon,
Que logre juntar al fin
El genio de Calderon,
El arte de Moratin.

Leida en el Teatro del Instituto.

EN LA INAUGURACION

DE LA

ESCUELA CENTRAL DE AGRICULTURA,

ESTABLECIDA

en la Real Casa de campo llamada *La Flamenca.*

Al rico y al pordiosero,
A la hermosa y al galan
Sustento y abrigo dan
Labrador y ganadero.
Del redil y del granero
El tesoro bienhechor
Esparce en su alrededor
Raudal de vida fecundo :
Son providencia del mundo
Ganadero y labrador.

¿Por qué mirar con desden
Al que arte profesa tal !
—Por ser estimado mal
Quien vende barato el bien.
—Pero tus quejas deten,
Clase abatida hasta aquí :

De haberte olvidado así
Nuestra patria se avergüenza,
Y hoy con ventaja comienza
La justicia para tí.

Hoy del polvo te alzarás
En que tu humildad yacia;
Mas tambien desde este dia
De tí España exige más.
Con la ciencia adornarás
Tus usos de antigua fecha:
Mire el que siembra y barbecha
Que está ya bien demostrado
Que juntos libro y arado
Multiplican la cosecha.

Prueba ofrecerá segura,
Que tanta verdad abone,
La campiña ésta, en que pone
Su trono la Agricultura.
Cual rompe la nube oscura
Vívido el rayo del sol,
Matizando su arrebol
Árdua cima y honda cuenca,
Radiará de *La Flamenca*
Bien para el suelo español.

En él la divina mano,
Que hoy se nos retira escasa (1),

(1) Lo habian sido mucho las cosechas de aquel año y los dos anteriores.

La copa vertió sin tasa
De su favor soberano.
Clima feliz, rubio grano,
Frutos con dulce sazon,
Reses de fardo y timon,
Reses de aprisco y de guerra,
Dote de la hispana tierra
Fueron siempre y áun lo son.

Hágase un dia valer
Esta abundancia sin par:
Tener y no aprovechar
Equivale á no tener.
Bebió del Guadiana ayer
La oveja cuyo vellon
Hoy en distante region
Hace rico al hábil dueño:
¡Logre el pastor extremeño
Lo que ha logrado el sajon!

Ostenta con ufanía
Su célebre vino el Rhin;
Es fuerza que tenga fin
Esa injusta nombradía.
Las cepas de Andalucía
Rinden jugo superior:
Adelgazad su vigor,
Traiga sin riesgo el placer;
Echadle un poco á perder,
Se le tendrá por mejor.

Más trabajo os costará
Del bruto amansar la casta,
Que espanto, al bajar el asta,
Al leon de África da.
Víctimas reciba ya
Más pingües el matadero,
Y el yugo del carretero
Más altas cervices ate:
No es de sentir, si combate,
Que no peligre el torero.

Principios ciertos y claros
Vais á difundir, señores;
Pero á luchar con errores
Necesitais prepararos.
Por ignorantes reparos
No os dejeis alucinar;
Formad en particular
Empeño de convertir
Al que no deja vivir
Ni arboleda ni tallar.

Por librar de merma el trigo,
Echa el incauto en las llamas
El álamo cuyas ramas
Dieron al gorrion abrigo.
Mas al voraz enemigo
Verá en su techo anidar.
Sobra en España lugar
Para selva y para mies:

Yermarla de árboles es
Agua á las fuentes robar.

Sin ellas mueren los prados
Que dan al ganado vida,
Y es la labranza perdida :
No hay labranza sin ganados.
A cabañas y sembrados,
Al colmenar y al verjel
Llevad con exámen fiel
Cuanta mejora es precisa.
Marcha hoy el saber aprisa:
Marchad á la par con él.

En su estado natural
Produce el espino adusto
Mezquina baya sin gusto,
Que ni áun la pica el zorzal.
Ingertadle con peral,
Y el fruto mejor tendréis.
Alumnos, esto hallaréis,
Si á la rústica experiencia
Vástagos nobles de ciencia
Con tino aplicar sabeis.

Y la patria os deberá
Su más preciado tesoro.
Que busque el minero el oro :
Con el oro os buscará.
Y cuando vuelvan acá
Los que hoy nuestro suelo ven,

Y justa alabanza dén
Al claro cielo de España,
Clamen con sorpresa extraña:
«Su campo es cielo tambien.»

Y cuando quiera el viajero
Saber quién pudo tornar
Granja hermosa el tomillar,
La ciénaga abrevadero,
Un nombre dirá el vivero,
Otro el taller de la miel,
Otro el guía del corcel
Recio, gallardo y veloz;
Y España en sola una voz
El de la augusta Isabel.

Leida en *La Flamenca*, el dia 28 de Setiembre de 1856.

EL VIAJE AL PINDO.

Viaje al Pindo, tonadilla
Propia de la Navidad,
Compuesta para teatros
De casa particular.
Personas, las nueve Musas
Antiguas, y veinte más,
Hijas de las dos hermanas,
Fantasía y Novedad;
Un Poeta, una cuadrilla
Pastoril ó pastoral,
Y otros varios individuos
Que no es preciso nombrar.
Decoracion, el Parnaso,
Casa pobre; hay un corral
Con bardas de cambroneras,
De que falta la mitad:
Asnos que dentro se meten,
Las derriban al brincar.
Es de noche, y hace un frio
De exquisita calidad;
Olor á besugo asado
Perfuma el aire glacial,
Y de liras y zampoñas,
Que resuenan á la par,

Un majadero de almendras
Lleva majando el compas.
Las Musas, como es ya tarde,
Tienen gana de cenar,
Y la hambrecilla entretienen
Cantando en la soledad :
« ¡ Gloria á Dios en las alturas
De la esfera celestial,
Y paz en la tierra al hombre
De piadosa voluntad! »

Llaman.— Quién es?— Un poeta.
(Sobresalto general.)
—Si dice que no ha cenado,
Que no pase del zaguan. —
Coro de silencio, pieza
Fácil de vocalizar.
—No abren aquí?— Somos niñas,
Y no está en casa papá.
—Pero oigan siquiera ustedes.
— Pues diga con brevedad.

—En Madrid esta noche
Soy convidado,
Casa antigua de Abrántes (1),
Calle del Prado.
Ay, Musas mias!
El convite me cuesta
Mil agonías.
Musical academia

(1) Habitacion del Excmo. Sr. Marqués de Molins.

Forma el convite,
Y al que no musiquiza,
No se le admite.
De esta manera,
Si no canto ni toco,
Me quedo fuera.
De tañer la zambomba
Tomé lecciones,
Para entrar en aquellos
Ricos salones.
Un compañero
Me ha birlado la plaza
De zambombero (1).
Dicen que entre las nuevas
Obras de Apolo
Un rabel se distingue,
Que toca solo.
Dadle alquilado,
Y esta noche se estrene
Cerca del Prado.

Duda, confusion, consulta.—
Se le da ó no se le da?—
Se le alquila ó se le presta?
—Señoras, determinad,
Que son ya más de las once,
Y tengo mucho que andar.—
Erato, dásele tú.
—Voy por él... Mas ¿dónde está?

(1) El Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros.

—Yo no le tengo.—Tampoco
Yo.—Si no lo encontrarán?
—Si Apolo se lo ha llevado!!!
—Hay mayor fatalidad!
Bastaba que yo viniera,
Para que echara á volar.
—Consuélese usted, buen hombre;
Que todo se arreglará.
De instrumentos desechados
Hay lleno en casa un desvan;
Para usted, de los mejores
Henchiremos un costal,
Y usted verá si consigue
Que alguno llegue á sonar.
—Pague Dios, castas doncellas,
Á ustedes la caridad.
—Vaya enhorabuena usted
Á su funcion musical.

(La Musa Talía entrega al poèta un saco de márraga lleno de chismes, que suenan como talega de sartenero. Éntrase Talía en la casa, y quédase acechando por un ventanillo. El poeta desata el costal, saca una trompeta, y le toma felizmente la embocadura: como estaba el instrumento bien enseñado, las primeras notas salen magníficas. Los Faunos y las Ninfas del bosque (ó sean los gañanes y las mozuelas de por allí) acuden al són, trayendo numerosa comitiva de perros, que no han hecho colacion todavía. Toca el poeta y declama alternadamente, á usanza de comedia antigua ó de pregonero: dos estilos que se parecian bastante. Dice, pues, el poeta:)

POETA.

Esta es, noble Calíope, la trompa
Con que los grandes hechos preconizas:
Cobre en ella mi voz fuerza que rompa

Las columnas del aire movedizas.
Dice un refran sin elocuente pompa
Que más dias habrá que longanizas...

(Aquí aulla un mastin y ladran diez.)

Longanizas! Jesus! Vienen á cuento!

LOS PASTORES. (Caritativamente.)

Vuelva usted al costal ese instrumento.

(Obedece el poeta con resignacion, y en seguida coge y prueba una flauta, y dice:)

POETA.

Dulce avena de Erato,
Ven á mi labio tú, que los amores
En són difundes grato;
Y consagra al Señor de los Señores,
Y orna en ofrenda pía,
El reverente amor del alma mia.
Dejad vuestros ganados,
Los que morais en el repuesto ejido;
Dones de fe colmados
Al Rey llevad en el portal nacido
Entre el buey y el jumento...

TALÍA. (Desde el ventanillo.)

Costal pide tambien ese instrumento.

POETA.

Talía, por compasion,
Aunque siempre me rehusas
Tu festiva inspiracion...

TALÍA.

No la implores de las Musas;
Haz que hable tu corazon.

POETA.

Dios niño, vos que venis
Á salvar á los mortales,
Poned término á los males
Que padece este país.
Por sus culpas le afligis,
Y las llora con afan:
Los que lloran, cerca están
De volver á la virtud:
Niño Dios! pan y quietud!
Vírgen Madre! paz y pan!

25 de Diciembre de 1856.

Á LA SEÑORA

DOÑA ATHENÁIS IRULETA DE PASTOR,

EN LA NOCHE DE SU DESPOSORIO.

Segun noticias que dan
Libros en que docto afan
Usos raros averigua,
Fecha tiene muy antigua
La verbena de San Juan.
Conformes todos en esto
De lo antiguo, y no en el cuánto,
Cada cual sigue su testo;
Mas la funcion, por supuesto,
No es más antigua que el Santo.
Desde antaño celebrada
Con más ó con ménos ruido,
Tambien es verdad sentada
Que esta noche siempre ha sido
Noche al amor consagrada;
Pues con fe cándida y pía,
Por todos nuestros mayores
Dos siglos há se creia
Que esta noche decidia
La suerte de los amores;

Y con deseo impaciente,
Y dando motivo á riñas
De mamá, padre ó pariente,
Practicaban muchas niñas
La ceremonia siguiente.
Tendida la cabellera,
Del cuello bajando al talle,
Pasaban la noche entera
En cuarto donde se oyera
Lo que hablaban por la calle.
Gran estruendo en ella habia,
Y era artículo de fe
Que al oir la vocería,
Tener en agua debia
La niña el izquierdo pié.
Quietas como inerte leño
En el puesto convenido,
Se estaban allí sin sueño,
La patita en el barreño,
Y muy atento el oido,
Repitiendo sin cesar
Cada cual con gran fervor:
«Yo me quisiera casar.
¿Qué novio me piensa dar
San Juanito el Precursor?»
En esto, en conjunto vario
De cuerdos y de beodos,
Por las calles en rosario
Iban mil, gritando todos
Los nombres del calendario,
Y epítetos á la par

De vituperio ó loor,
Como Fernando, Gaspar,
Mozo, viejo, hombre de mar,
Feo, rico, jugador.
  El primer nombre que oia
La curiosa que escuchaba
Con el pié en el agua fria,
Por de cónyuge aceptaba,
Y acaso acertar solia.
  Segun era mala ó buena
La condicion del nombrado,
Tal era por de contado
La noche de la verbena
Para la del pié mojado.
  Alguna pegaba un brinco,
Viendo frustrado su ahinco;
Y alguna con sencillez
Casarse creyó con cinco,
Pregonados á la vez.
  Esta noche sin reposo
Tú acabas de oir aquí
El nombre ya de tu esposo;
Pero ese nombre amoroso
No era nuevo para tí;
  Ni en tu oido ha resonado,
Casualmente abandonado
Al eco repetidor;
Oístele de un Prelado
Que invocaba al Redentor.
  La mano de tu elegido
Juntó con la tuya hermosa,

Y de Dios os ha traido
Bendicion para la esposa,
Bendicion para el marido.
Mi parabien admitid,
Y el de todos, él y tú,
Y que sienta, permitid,
Que entristeciendo á Madrid,
Te nos vayas al Perú.
Prospéreos nuestro Señor
En éste y pais extraño,
Y prendas tengais de amor,
Que compongan un rebaño,
Delicia de su *Pastor*.

25 de Junio de 1858.

Á LA GUERRA DE ÁFRICA.

DÉCIMAS

LEIDAS EN EL TEATRO DEL CIRCO EN LA NOCHE DEL 25 DE ENERO DE 1860.

«Vinieron los sarracenos,
Y nos molieron á palos;
Que Dios ayuda á los malos,
Cuando son MÁS que los buenos.»
—Así dice, por lo ménos,
Una copla, urdida mal;
Pues, en exámen formal,
Nos ofrece su remate
Un blasfemo disparate
Y una mentira historial.

Para más negro desdoro
Del Rey, galan de la Cava,
Con mayor hueste contaba
Que el ejército del moro.
De pasmo y vergüenza el lloro
Fué que España derramó
Cuando el árabe pisó
La corona indo-germana,
Y lidiando una semana,
Por siete siglos reinó.

España, á su gloria fiel,
Al África necesita
Ir á pagar la visita
Que se entró aquí de tropel.
Esa Mauritania infiel,
Ántes, de los godos era;
Y pues la fe verdadera
Ya la bañó con su luz,
Adore otra vez la cruz
En la española bandera.

¡Ni en las almenas de un fuerte
Mirar le dejaba el sol
El rifeño al español,
Sin fulminarle la muerte!
Ceuta, cambiada la suerte,
Respirará sin afan.
De allí vino el musulman:
De allí partirá el cristiano;
Su triunfo, tarde ó temprano,
Los que vivan lo verán.

¿No dicen los corifeos
De una calumnia insolente,
Que el África propiamente
Principia en los Pirineos?
Los africanos trofeos
Que amontona cada dia
La española valentía
Ver dejan ya bien de bulto

Que ha de ser la voz de insulto
¡La conquista en profecía!

¡Sea á nuestros héroes dada
Gloria en la empresa á que van,
Y pronto brille en Tetuan
Nuestra enseña de Granada!
Deja la española espada
Los campos de sangre llenos;
No alzan ya los agarenos
Cabezas fieles en palos:
¡No les ayuda el ser malos,
Aun siendo MÁS que los buenos!

SIETE DE FEBRERO DE 1860.

Á LA TOMA DE TETUAN.

Da el estampido el cañon...
Madrid se levanta apriesa...
— ¡Ruge lamiendo su presa
El castellano leon!
Ya es Tetuan de los que son
Los MÉNOS en la campaña:
Póstrase el moro en su saña,
Y triunfa la cruz arriba.
¡Dé todo español un VIVA
Al Ejército de España!

217

Á LA ENTRADA TRIUNFAL

DEL

EJÉRCITO DE ÁFRICA.

11 DE MAYO DE 1860.

Esos son los que envió
España á vengar su afrenta,
Esos los que en lid sangrienta
La victoria coronó.
No vuelven todos, ay! no.—
Madre, que al cielo bendices,
Hijas y esposas felices,
Que veis á vuestros valientes,
Besad las tostadas frentes,
Besad más las cicatrices.

Granizo y plomo ha llovido
Sobre esas fuertes falanges,
Y el voraz monstruo del Gánges
Por el moro ha combatido.
¿Cuál es el héroe tenido
Por mayor que los demas?
¿Dónde va el que deja atras
La gloria y valor de Aquíles?

Los héroes aquí son miles :
Lo son todos á cual más.

¡Honor se dé y alta prez
Á los bravos campeones,
Que, ya triunfando en Bullones,
Hicieron temblar á Fez!
En tierra extraña esta vez
Nietos yacen de Guzmán :
Provoque otra el musulman
Vuestros invictos aceros,
Y los muertos compañeros
De tumba mejorarán.

Les pesa la arena impía
Que huellan árabes potros,
Y al despediros vosotros
Tembló su osamenta fria.
Tal vez ya saben el dia
Que han de ver nuestro pendon,
Y dicen en ronco són
Que yerbas agita y ramos :
«Hoy para despues tomamos
De esta tierra posesion.»

EN EL ÁLBUM DE ELADIA.

Cada vez, Eladia hermosa,
Que esos tus luceros dan
Una mirada á las rejas
De la casa donde estás,
Que de Esposas del Señor
Claustro fué treinta años há,
Y escuela es hoy de mancebos
Que á niños han de enseñar,
¿No ves un jardin, que, ahora,
En este mes de San Juan,
De bellas flores te ofrece
Riquísima variedad?
Pues bien, si las flores amas,
Como las debeis amar
Las que sois, cual eres tú,
La flor de la humanidad,
¿Cuándo á entretejer guirnaldas
Al verjel descenderás?
Irás en el verde Mayo,
No en la yerta Navidad.
Vendrá el adusto Diciembre,
Y el triste Enero vendrá,
Y arrebatará esas galas
El soplo del vendaval.

Cubierto el rosal de nieve,
Sepultado el arrayan,
No irás á pedir entónces
Flor al mirto ni al rosal.
« No es tiempo de flores éste
(Cuerda para tí dirás):
No exijamos de Natura
Lo que ella no ha de prestar. »
—No exijas, Eladia bella,
De mí flores de otra edad:
Mi ingenio, jardin helado,
No produce flores ya.
Ricos ramos te daria
Mi rendida voluntad
En la florida estacion,
Que ya miro muy atras.
Tarde vienes: mustias hojas
Quedan sólo por acá,
Y aunque pocas y marchitas,
Cuesta el cogerlas afan.
Mas no hacen falta á la frente
Que ostenta con majestad
Guirnalda cuyo verdor
Inmarcesible será.
La puso en tu frente bella
Quintana, el vate inmortal,
Y flores por él cogidas
No se marchitan jamas.

EPÍSTOLA DE DON QUIJOTE,

en rancio lenguaje caballeresco,

ENDERESZADA AL MUY RESPECTABLE PÚBLICO MATRITENSE.

Caballeros é donceles,
Dotos rancios é noveles,
Damas, ya grandes, ya chicas,
Regalonas doncellicas,
E vos, la de aguja y plancha,
E tú, que adobas jigote:
Vos escribe Don Quijote
De la Mancha.
Honrais con farta razon
Al perínclito varon,
Cuyo bulto de metal
Reverencian por igual
Congreso é Medinaceli (1),
Cuando, quitado el bonete,
Saludan á Cide Hamete
Benengeli.
Agora, si al caso faz,
Yo vos demandara en paz
Que, otra vegada, la fiesta

(1) Los que residen ó han estado en Madrid saben que la estatua de Cervántes, que adorna la plaza de las Córtes, tiene á la izquierda el palacio del Congreso, y á la derecha el de los excelentísimos señores Duque y Duquesa de Medinaceli.

Para Cervántes aquesta,
Que noble intencion descubre
De que Madrid le remiembre,
Se le ficiera en Setiembre,
No en Otubre.
Cierto que hoy, dia que es
Nono del deceno mes,
Cervántes el afamado
Fué en Alcalá baptizado;
Mas, por negligencia grave
(Que suplir quisiera yo),
Cuál fué el dia en que nasció,
Non se sabe.
Pero habedes certidumbre
De que era estonce costumbre
Cristianar á los infantes,
Llevando ya en fajas ántes
Dias, no en corta porcion;
Y de veintiocho fué
A la pila de la fe
Calderon.
E como el santo del dia
En que el pequeñuelo abria
Sus parpadicos al sol,
Daba nombre al español;
Y en el baptismal papel,
A Cervántes pertinente,
Hay el nombre solamente
De Miguel;
Veintinueve del pasado
Debió ser el señalado

Con el fausto nacimiento :
Dia en que el magin atento
El nombre topa de aquel
Santo Arcángel eminente,
Que firió la impía frente
De Luzbel.
  E que non me llevo chasco
Piensa el Bachiller Carrasco,
E, demas del Bachiller,
Sancho Panza, su mujer,
Mi Cura, home gravedoso,
El rapista de mi aldea,
E mi sin par Dulcinea
Del Toboso.
  Importa empero un ardite
Que á Cervántes felicite
La aficion con que venís,
Hoy, dia de San Dionís,
U esotro, pasado ya :
Como es del mérito paga,
Cuando-quiera que se faga,
Bien está.
  Non cuenta España scriptor
De lauro merescedor,
Que á Cervántes aventaje ;
Non es de ninguno ultraje
Proferir en noble canto
Que la su gloria consigne :
«¡Nadie cual el manco insigne
De Lepanto!»
  Por él en Orán é Flándes,

En las lomas de los Andes
E las playas de Luzon,
Don Quijote y Sancho son
Conoscidos por do vamos:
Nos nombran en el camino,
Y al caballo y al pollino
Que montamos.

El orbe señala entero
A mi Duque y mi ventero,
Al bien malparado Andres,
Al bizco infame Gines,
Maritórnes, tuerta é fea,
El hábito de Luscinda,
E las trenzas de la linda
Dorotea.

Cervántes vida nos da,
Que dura é perdurará
Miéntras fiel quede una mano
Persignante en castellano;
E quede ó no: — bien lo fundo;
Que si acontesce tal mengua,
Ya nos ha dado su lengua
Todo el mundo.

Mísero mi autor vivió,
Y en mi figura pintó
Su malandanza cruel:
Por poco es dueño de Argel;
Y en la patria que fulgura
Con luz por él encendida,
Tuvo pobre, ya perdida,
Sepultura.

Yo, pues, el famoso Hidalgo,
Vos pido, por lo que valgo,
Que al valiente en la campaña,
Rey del ingenio de España,
Digais con voces amantes,
Que en bronce la fama escriba:
¡Eterno el renombre viva
De Cervántes!

Leida en el Teatro de la Zarzuela en la noche del 9 de Octubre de 1861.

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

ROMANCE.

FEBRERO DE 1562.

En un humilde aposento
De una posada en la Corte,
Forastero y forastera
Se dicen castos amores.
Mujer y marido son,
Jóven él, y ella más jóven :
Lágrimas vierte la dama,
Y pide perdon el hombre.
«Matábanme, Félix mio,
Mis celosas aprensiones...
Cuando aprensiones las llamo,
Yerro á propósito el nombre.
Sin avisártelo, vengo
De Astúrias á que me informes
Qué tan cierto es que en Madrid
Ofendes á tu consorte.
No ha de amarte más que yo
La que tu fe me soborne;
Y algo por bella me debes,
Y algo por discreta y noble.»

Suspendió aquí la quejosa
Las tiernas reconvenciones,
Porque en el rostro el deudor
Le dió con la paga entónces.
Fatigada la viajera,
Y siendo bien que repose,
La lleva Félix en brazos...
Dios les bendiga la noche.

25 DE NOVIEMBRE DEL MISMO AÑO.

Devocion me merece
San Lope obispo :
Lope quiero que sea
Nombre del niño.
—Pónle dos, pónle,
Por mi amor y tu gusto,
Félix y Lope.

1573.

Bajo el rústico dintel
Del Corral de la Pacheca,
Cisneros el comediante
Habla con Félix de Vega.
«Pasmado (le dice) estoy
De que haya en edad tan tierna
Quien ya en sus cuatro jornadas
Componga en verso comedias.
Once años cuenta Lopico,
Y pasos encuentro en ésa,

Que no los tiene mejores
Virués, ni Juan de la Cueva.
De amor y de celos hay
Dos asombrosas escenas:
¿Cómo adivina un muchacho
Lo que no es dable que sienta!
—De amor y celos nació
(Modesto el padre contesta),
Y amor y celos retrata
Por él su naturaleza.»
Llegaba Lopico en esto
Con los chicos de una escuela,
Cañas cabalgando todos,
Pisando recio en las piedras.
Por bandera en otra caña
Llevaba un cartel de iglesia,
Y al pasar por el teatro,
Batió Lope su bandera.

1635.

«Úsase un dicho en Madrid,
Curiosa prima Dolores,
Que allá sin duda ignorais
En las indianas regiones.
A lo más bello y mejor
En cualquier género y órden,
Ya no se llama *excelente;*
Dicen todos que es *de Lope.*
Cosas de Lope se llaman
Libros, espadas, sermones,

Joyas, telas, cuanto tiene
Gran brillo, mérito y coste.
De Lope son los tocados
Que el gusto nuevo dispone,
Las justas de ingenio dignas,
Las ruidosas diversiones.
Las villanas de Aranjuez
Que venden ramos de flores,
De Lope dicen que son
Rosas y claveles dobles.»
Así á una doncella linda
Cortesanas instrucciones
Daba, al entrar en Madrid,
Cierta señora en su coche.
De Cádiz la trae consigo,
Para que á su lado goce
Lo que en Méjico ganó
Su padre, que Dios perdone.
Tomar la calle de Francos
Pretende el automedonte;
Mas el paso le embaraza
Tropel de gentes enorme.
De las calles convecinas,
Ya despacio, ya de golpe,
Desembocan sin cesar
Mozos, viejos, ricos, pobres,
Placeras, dueñas, beatas,
Soldados y sacerdotes;
Sólo se ve luto, y manos
Con amarillos blandones.
No hay en la calle pared,

En cuyos huecos no asomen
Apiñadas las cabezas
De compasivos mirones.
La cruz de San Sebastian
Por entre la turba rompe :
Cánticos de muerte suenan,
Claman las lenguas de bronce.
No se ve féretro aún ;
Saldrá, si en marcha se pone
La muchedumbre que llena
Puerta, zaguan y escalones.
Hácia la iglesia por fin,
Se mueve la prieta mole,
Revueltas las cofradías,
Vacilando los pendones.
Pasan y pasan y pasan
Grandes, familiares, monjes,
Cómicos, freiles, poetas...
Quién hay á quien tantos honren?
La primita mejicana,
Diestra en aprender lecciones,
Prorumpe : «Si no es de rey,
Entierro es éste *de Lope.*»

Acertaba la niña :
Lope, el famoso,
Va de ocho capellanes
Llevado en hombros.—
«Sanchez! Maestro!
Decid á esta indianita
Quién era el muerto.»

El señor Sanchez, persona
Muy conocida en Madrid,
Zapatero es de aguadores
Y de gente baladí.
Aficionado á la farsa
Desde la edad infantil,
Con pan y comedia vive,
Cómicamente feliz.
Por jefe le reconoce
La turba mosqueteril
Que en el Príncipe y la Cruz
Mueve á menudo motin.
Más de un galan le ha doblado
La engarrotada cerviz,
Enviándole presentes,
Que él desdeñó recibir.
De un novel ingenio cuentan
Que visitándole, á fin
De que estrenándose en tablas,
No se le mostrara hostil,
«Mancebo (saltó el Maese),
Justicia os haremos: id,
Id en paz, si es tal la obra
Que yo la pueda aplaudir.»
Entróse en el coche Sanchez
Como en ganado país,
Y al paso que el duelo siguen,
Habla á las damas así:

—«Nace el hombre con deseo
De ver y oir cuanto pueda;

Lo que en propio sér no viere,
Codicia verlo en comedia.
Pide el escribirla bien
Alto ingenio y muchas letras,
Alma, inventiva y gracejo,
Que Dios á pocos dispensa.
Farsas en España, ya
Divirtieron á mi abuela :
Para entónces no eran malas,
Para despues no eran buenas.
Salieron al fin á luz
Dos, tres, seis y una docena,
Que asombraron á Madrid,
Sevilla y España entera.
En paseos y en saraos,
En las plazas y las tiendas,
Nadie á la sazon trataba
Más que de la farsa nueva.
«¿Quién ha escrito *El verdadero*
Amante? —Lope de Vega.
—Y *Las Amazonas?* — Lope.
—Y *El molino* y la *Aristea?*
—Lope.—Y la *Abderite?* — El mismo
Lope, y el *Vamba* y la *Angélica*,
La Melindrosa, *El Maestro*
De danzar, *La Montañesa*,
Lo cierto por lo dudoso,
Psíques, *Muza*, *El Turco en Viena*,
Los milagros del desprecio,
El pleito de Ingalaterra,
Amar sin saber á quién,

La Dama boba, *La siega*,
Los enredos de Celauro,
La Serrana de la Vera,
El mejor Alcalde el Rey,
Peribañez, *Las Batuecas*,
El remedio en la desdicha,
El cerco de Orán, *La Estrella*
De Sevilla...— Señor! ¿cuánto
Escribe ese hombre? — Unas treinta
Comedias al año... » Luégo
Compuso más de cincuenta:
Cincuenta y cuatro nos daba
Desde cuaresma á cuaresma;
Y esto ¿cuándo! cuando ya
Pasaba de los sesenta.
Dos dias, y en cada uno
Doce horas de tarea,
Veinticuatro de bufete
Con otras tantas de huelga,
Tiempo bastante le fueron
Para llevar á la escena
De *La noche de San Juan*
La fábula placentera.
Con prisa igual más de ciento
Produjo su fácil vena,
Y há tres años que contaba
Cabales mil y quinientas.
Esto, amén de cuatrocientos
Autos y de diez poemas,
Y romances infinitos,
Canciones y cantilenas,

Los sonetos á puñados,
Los epigramas por gruesas,
Epístolas, no sé cuántas,
Y ocho en fin ó diez novelas.
Y este hombre comió y durmió,
Y santificó las fiestas,
Y estudió filosofía,
Cánones, historia y lenguas.
Y este hombre trató mil gentes;
Que no hay nacion en la tierra
Que no enviase á Madrid
Persona que á Lope viera.
Del Padre Santo en la Corte,
Del Gran Señor en presencia,
Con vítores resonó
El nombre del gran poeta.
Grande, sí, porque de España
Reprodujo la grandeza:
Cuanto hay bello y grande aquí,
Sus farsas nos representan;
Y no con frase trivial,
Ni en rima pobre y grosera;
Garcilaso y Castillejo
Brillan á la par en ellas.
¿Qué español no quiere ser
Aquel galan, que él diseña
En *Las flores de Don Juan*,
Flores de oro, no de seda!
¿Quién pudo sin llanto ver
A la divina Isabela,
Que allá en Irlanda padece

La más lastimosa fuerza!
Por templar al padre airado,
Que un hijo de amor desecha,
Esclava de su galan,
Suspira celosa Elena.
Corona Sol *merecida*
Ciñe de cónyuge honesta:
Porque un rey de amarla deje,
Sus brazos al fuego entrega.
Ley natural hace al hombre
Amar á su compañera;
Lope la pone en altar,
Y al pié del altar nos lleva.
Teatro español tuvimos
Ántes que Lope naciera;
Mas era teatro en cuna,
Y áun era español apénas.
Él le dió forma y valor
Y sello que nunca pierda:
Si hombre como yo lo ve,
Marcadas tendrá las señas.
De Lope el arte aprendieron
Cuantos en él se le hombrean,
Tirso, Rojas, Alarcon,
Y el que hoy su laurel hereda.
De autores hablar no quiero,
Que usando mi oficio medran:
Zapatos remiendo yo,
Y ellos á Lope remiendan.
Pródigo maestro, á mil
Cortada dejó la tela:

Desperdicios de su pluma
Son gala de ciento ajenas.
El Fénix de los Ingenios
Le han llamado; no lo aciertan:
El fénix de sí renace,
Y un Lope no se renueva.
No da Dios tan á menudo
Tanto ingenio y tales prendas.
Flaquezas en Lope vimos;
Ejemplar vimos la enmienda.
Galan, soldado con brio,
Dulce humor y habla discreta,
Gran defensor de las damas,
Pagáronle el defenderlas.
Dos veces casado fué;
Dos hijas casadas deja,
Una bien, otra mejor:
Monja vive aquí á la vuelta.
Hija de culpa nació
La hermosísima Marcela;
Dios ángel volverla quiso,
Que gloria del padre fuera.
Sacerdote él veintiseis
Años, y en clausura estrecha
Catorce ella ya, virtud
Á siglo y á claustro enseñan.
Jamas de labios de Lope
Salió palabra soberbia,
Jamas la envidia en su pecho
Vertió su ponzoña negra.
Con su ingenio iban al par

Su bizarría y modestia :
Quien no le trató por gusto,
Le buscó por conveniencia.
Ved esos pobres que gimen,
Siguiendo la turba densa :
Padre era de todos él,
Y pobre por ellos era.
Mas ya se paran allí...
Las Trinitarias son ésas...
De frente á una celosía
Veis que el ataud presentan...
Sor Marcela de San Félix,
Tras la celosía puesta,
Á dar á su padre va
La despedida postrera.
Las manos al ataud
Tiende amante una profesa.
Ella es! ella es! la hija santa
Del gran *Frey Lope de Vega.* »

Silencio reinó profundo,
Mudas las campanas quedan,
Beberse quieren los ojos
El eco flébil que esperan.
« ¡ Santos del Señor (se oyó),
Cuyas virtudes excelsas
La fe celebró de Lope
Con rima imperecedera!
¡Vos, *Apóstol de las gentes*,
Penitente *Magdalena*,
Roque, *Diego*, *Nicolás*,

Casilda, Julian de Cuenca!
¡Vos, *Cardenal de Belen*,
Vos, *Ángel de las escuelas*,
Brígida, Isidro, Agustin,
Y vos, mi Madre *Teresa!*
Con vosotros ha vivido
El alma de Lope tierna:
Recibidla en brazos, hoy
Que al pié del Eterno vuela.
Recibe tú, padre mio,
De este mi dolor la ofrenda:
Sin corazon para el mundo,
Me mata por tí la pena.
Padre! Adios! Del viaje largo
Descansas en paz perpétua;
Y en vez de laurel caduco,
Ciñes corona de estrellas.
Yo lloro, y eres feliz!
¡Bendita la mano sea,
Que gloria te da en el cielo,
Tras gloria tanta en la tierra! »

A 25 de Noviembre de 1860 se inauguró el sencillo monumento mural que se ve en la fachada de la casa donde Lope murió. Leyó en aquella solemnidad este romance, años ántes escrito, mi querido amigo el señor don Manuel Cañete.

EL CINCO DE MAYO,

ODA

TRADUCIDA DE LA QUE ESCRIBIÓ EN ITALIANO ALEJANDRO MANZONI
Á LA MUERTE DE NAPOLEON.

Murió.—Cual yerto quédase,
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano,
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.
La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cárdeno
Polvo de su camino
Pié de mortal imprímase,
Que le semeje ya.
Le vi en el trono fúlgido,
Y fué mi lengua muda;
Cayó, se alzó, y postráronle
Por fin en lid sañuda;
Y al recio grito múltiple
Voz no añadí jamas.
Vírgen de injuria pérfida
Y encomio lisonjero,

Mi Musa cuando súbito
Se oculta el gran lucero,
Rinde á la tumba un cántico,
No efímero quizas.
  Del Alpe á las Pirámides,
Del Rhin al Guadarrama,
Lanzó tras el relámpago
Él la celeste llama:
Hirió de Scila al Tánaïs,
Y de uno al otro mar.
  Si esto fué gloria, júzguelo
Futura edad; la nuestra
Humíllese al Altísimo,
Que dilatada muestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.
  El zozobroso júbilo
Que un gran designio cria,
Los indomables ímpetus
De quien reinar ansía,
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar,
  Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripcion y alcázares,
La fuga y la victoria:
Se vió dos veces ídolo,
Dos pereció su altar.
  Dos siglos combatíanse
Cuando su voz oyeron,
Y á él como á ley fatídica

Sumisos acudieron :
Callar les hizo, y árbitro
Sentóse entre los dos.
  Y de honda envidia y lástima
Objeto en su caida,
Cerrada en breve círculo
Desperdició su vida,
Odio y amor sin límite
De sí dejando en pos.
  Envuelve y hunde al náufrago
Ola que alzándole ántes,
Dejaba que en el piélago
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
Tierra distante de él.
  Así abismaba al héroe
Tanto recuerdo amargo :
El de historiarse impúsose
Mil veces el encargo,
Y mil cayóle inválida
La mano en el papel.
  Mil veces, ay! al tétrico
Fin de inactivo dia,
Bajas las ígneas órbitas,
Brazos con pecho unia,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.
  Y vió las tiendas móviles,
Y armas la luz volviendo,
Y el galopar belígero
Valles henchir de estruendo,

Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.
  Quizas, ay! de la pérdida
Rendido al desconsuelo,
Desesperó; mas próvida
Mano llegó del cielo,
Y á la region vivífica
Piadosa le llevó,
  Donde floridos tránsitos
Ofrece la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio sin fin se alcanza,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.
  Bella, inmortal, benéfica
Fe, por do quier triunfante,
De un nuevo triunfo alégrate:
Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
Nunca se doblegó.
  Libra los restos flébiles
Tú de injurioso acento:
Dios que alza y postra, dándonos
Tribulacion y aliento,
Ya solitario el túmulo,
Al lado vigiló.

FIN.

ÍNDICE.